FRAY MOCHO



"GUINDAS"

N.° 718
26.1.1926.



FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 26 de enero de 1926 — Núm. 718

EL ACCIDENTE

Por P. Berthelier



Porque era el mayor o tal vez por alguna otra razón menos confesable, la señora Breux había preferido siempre su hijo Pedro al menor, Santiago.

También el destino parecía preferir a aquel muchachón sano, fuerte e inteligente, cuyos trece años se desarrollaban sin el menor tropiezo. Santiago era enfermizo, débil, pero una firme voluntad le sostenía y, gracias a ella, alcanzaba en el estudio, ya que no en los ejercicios en los que eran necesarias fuerzas y destreza, mejores resultados que su hermano.

Un sábado, al volver del colegio, Pedro sacó del bolsillo un revólver.

—Mira—dijo a su hermano.—Me lo ha dado el tío Enrique.

—¿Está cargado? — preguntó Santiago.

—¡No!... Ya vas a verlo...

Y para convencer a Santiago, que tenía algo de miedo, Pedro hizo funcionar el gatillo dos o tres veces. A la cuarta, su hermano, más seguro, se inclinó para examinar el arma.

De pronto, un relámpago, una detonación, y un cuerpo que cae a tierra...

Loco de terror, Pedro tiró el revólver y echó a correr pidiendo socorro.

A sus gritos acudieron la madre y la sirvienta. Levantaron al niño, que tenía el rostro lleno de sangre. Pedro, llorando, explicó:

—Estábamos jugando...; yo no sabía que el revólver estuviera cargado...

Felizmente, Santiago sólo estaba herido. La sirvienta, que había ido a buscar auxilio, volvió con el médico.

Este examinó atentamente la herida.

—No hay peligro—dijo al fin.—La bala ha pasado rozando cerca de la sien. Podremos evitar que el ojo izquierdo quede inútil; pero el pobre niño quedará desfigurado para toda su vida.

—

Efectivamente; el infeliz Santiago fué desde entonces un motivo de irrisión. La herida, al cicatrizarse, formó un pliegue rojizo que se extendía desde el párpado hasta la oreja, dando al rostro una contracción extraña. Muchas veces, en la calle, veía a la gente darse vuelta asombrada y aquellas miradas, que tenían tanto de burla como de compasión, eran para el pobre niño un suplicio. En el colegio, sus camaradas le llamaban "el tuerto", "la careta", "el mono", con esa inconsciencia infantil que sólo ve en un defecto físico un motivo de broma.

Conforme pasaba el tiempo, Santiago se volvía más huraño, más triste, más sombrío.

—Santiago está insoportable — decía la madre.

Y el padre agregaba:

—Debes corregirte de ese mal humor constante, hijo mío. Lo que ha ocurrido es una gran desgracia, indudablemente, pero no es justo que hagas a nadie responsable de ella.

Poco a poco, en los comentarios que siguieron al accidente, se habían modificado sensiblemente los hechos, y a la primera versión había substituído otra en la que Santiago aparecía como el único culpable.

—Fué una torpeza, una estupidez —declaró un día el padre a unos amigos;—¿a quién se le ocurre acercar la cara a un revólver?

Pedro había contribuido hábilmente a falsear los hechos, echando a su hermano toda la culpa.

Al principio, Santiago protestó. Pero luego, viendo el tácito acuerdo que reinaba entre su hermano y sus padres, guardó silencio. Su expresión de tristeza se acentuó aún más y vivió en su casa como un extraño.

Se decidió que Pedro siguiese la carrera de médico. En cuanto a Santiago, ¿qué iba a hacer con aquella cara tan estrafalaria?

—No es culpa mía si la tengo—había replicado violentamente el muchacho.

Y el padre, mirándole con severidad, repuso:

—¿Tienes valor aún de acusar a tu hermano?

Entró Santiago de escribiente en una notaría. Su hermano empezaba estudios más serios, y era todo un buen mozo a quien se disputaban las muchachas.

Sin quererlo, sufría Santiago con aquellos triunfos. La cicatriz que le desfiguraba le impedía acercarse a ninguna de aquellas jóvenes bonitas y coquetas, que al hablar de él, decían:

—No es horrible; es ridículo.

Por su parte, Pedro estaba molesto en presencia de su hermano. Su conciencia le reprochaba todo el daño que le había hecho, y este reproche excitaba sus nervios hasta ponerlos en horrible tensión. Tenía las obsesión de aquella cicatriz rojiza; la veía hasta en sueños; era su pesadilla. ¡Ah! ¡Si pudiera verse libre de ella!

Una noche hubo entre los dos hermanos breve disputa. Exasperado, Pedro gritó:

—¡Creerás que es muy agradable vivir al lado de semejante monstruo!... ¡Me repugnas!

Santiago, ciego de furor, se precipitó hacia Pedro; éste huyó en dirección a la escalera. En el primer escalón lo alcanzó su hermano. Durante unos segundos lucharon cuerpo a cuerpo; luego, Santiago resbaló, cayó hacia atrás y fué rodando hasta el pie de la escalera.

—

Murió a los dos días. Sus padres, muy afligidos, decían:

—Como no veía bien... ha tropezado y ha caído... Pedro fué el primero en socorrerlo... ¡En fin! Es preciso resignarse... Santiago está mejor así... ¡El pobre era tan desgraciado!

Caricaturas de Sanguinetti



Doctor Horacio Casco, recientemente elegido presidente del Concejo Deliberante de la capital federal.



ILUSION

POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Indudablemente, no hay nada como el bicarbonato desleído en alcohol para limpiar los objetos de plata. Cierto que es preciso apretar un poco; pero el resultado es infalible. Gabriela estaba persuadida de ello. Dijéranlo, si no, las dos bandejas y el centro de mesa que la ocuparon toda la mañana, sin tiempo ni aun para peinarse. Y en seguida de comer, a emprenderla con los floreros del gabinete y la escribanía del despacho.

Un portazo hizo interrumpir a Gabriela su labor. ¿Quién habría salido? Tocó el timbre, para preguntárselo a la muchacha.

—Es el señor, que se va—contestó ésta.

Quedó Gabriela un poco preocupada. ¿Es decir que Paco se iba a la calle sin despedirse de ella? Un olvido, sin duda. Limpiando los floreros se distrajo. Quedaban bien, casi mejor que las bandejas. Sin discusión, el arreglo de la casa es el entretenimiento más grato para una mujer.

El timbre de la escalera la volvió a la realidad. ¡Dios mío, si fuera una visita!... Aun no había tenido tiempo de arreglarse: no es posible hacerlo todo... Escuchó. Hábil y prudente, la muchacha conducía hacia el saloncito a la que llegaba—pues dama era, a juzgar por la voz, conocidísima por cierto...

—¡Por aquí, Fabiana! Contigo no hay etiqueta.

—¡Gabriela queridísima!

Se abrazaron. Veíanse por vez primera después de larga temporada.

—¡Qué guapetona y qué elegante, Fabiana! En cambio, yo... Me has sorprendido en plena limpieza... Como tengo confianza contigo, por no hacerte esperar.

—Confianza tienes de sobra, y yo también. Y haciendo uso de ello, te pregunto: ¿Por qué estás así?

Gabriela sonrió, un tanto avergonzada.

—Mujer..., ya ves: estaba de limpieza. Sin saber cómo, se me hizo tarde. Yo soy muy minuciosa, muy detallada.

—Sí, todo eso está perfectamente. Pero ¿qué le parece a tu marido?

—¿A mi marido? Supongo que le parecerá bien, aunque nada me ha dicho. ¿En qué cosa mejor puedo emplear el tiempo?

—En cuidar tu persona; en cultivar tu belleza, en renovarla.

—¡Fabiana, por Dios! Eso es impropio de una mujer casada.

—No lo creas. Ese es el error de muchas, que lo pagan caro, muy caro, a veces con la infelicidad de toda su vida... Es demasiado frecuente tu modo de pensar. Casi todas las mujeres, al casarse, cierran el piano, se aflojan el corsé y se encargan los zapatos tres números más grandes que los que usaban de solteras. Parece que el matrimonio es el término del viaje, siendo, en realidad, la estación de partida. Mantener la ilusión del novio es relativamente fácil contando con el señuelo de la fruta vedada. Conservar el entusiasmo del marido es difícil, muy difícil, y constituye un arte a cuyo estudio toda mujer, por egoísmo, debiera dedicarse con empeño.

—Eso es coquetería, Fabiana.

—Que lo sea. La coquetería es santa cuando se emplea con buen fin. Y ¿qué fin mejor que la dicha conyugal?

—Sin embargo, la casa...

—Eso es importante, pero no tanto como lo otro. Más se fijará tu marido en la aspereza de tus manos que en el brillo refulgente de la orfebrería. Créeme: abandona la gamuza y cómprate un pulidor para las uñas.

—Pero, mujer, siquiera los sábados...

—Tampoco. A las brujas las pintan con una escoba y trabajando en sábado. Yo no sé si será un símbolo. Y, sobre todo, con tomar una criada más, tienes resuelto el problema con muy pocas pesetas al mes.

—Pero si puedo ahorrarlas...

—Probablemente, te saldrá caro el ahorro.

—Hablas con una seguridad...

—La experiencia, hija mía, la experiencia. Mejor dicho, la observación. Por fortuna, he sabido escarmentar en cabeza ajena. Pero ¡se ven tantos casos entre la gente que una conoce!... Vamos a ver: ¿qué vida hace tu marido?

—La que todos los hombres, poco más o menos.

—Detalles. ¿Sale por la mañana?

—Es claro. A la oficina. Vuelve a las dos, para comer.

—Perfectamente. Dime si no tienes tiempo de limpiar la casa mientras tanto y sentarte a la mesa hecha una preciosidad. Prosigamos. ¿Sale por las tardes?

—Sí, todas. Va al café y de paseo, con algún amigo.

—Malo. ¿Y por las noches?

—También. Al círculo o al teatro.

—Peor. Probablemente, hemos llegado tarde.

—Pero, mujer, si yo no advierto en él nada pecaminoso... Si nunca falta a las horas de comer, ni mucho menos a las de dormir...

—¡Estaría bueno!

—Si yo misma le animo para que viva de este modo... ¡Cuántas veces quiere llevarme al teatro, y yo, por no vestirme, no acepto!

—¡Qué disparate!

Hay una leve pausa. Gabriela, que está cavilosa, exclama de repente:

—¡Ay, Fabiana!

—¿Qué te ocurre?

—Que acaso tengas razón. Paco se ha cansado de mí.

—¿Por qué lo dices?

—Lleva muchos días displicente conmigo. Hoy se ha marchado a la calle sin despedirse. Minetras comíamos, me ha dicho que acaso venga esta noche un poco tarde... Y cuando me hace esta advertencia viene a las tres de la madrugada...

—¡Lo ves! ¡Lo ves!

—Sí, sí; procuraré enmendarme. Desde mañana...

—¿Por qué desde mañana? Desde ahora mismo. Corre a darte un baño. Mientras, yo te buscaré la ropa interior más bonita que tengas. Del peinado también me encargo. Pero ¿no te has enterado aún de que se llevan patillas? Anda, anda, calamidad. Y un vestido sencillito, pero agradable. ¡Jesús, lo que vas a tener que agradecerme!

———

Cuando llega Paco pidiendo la cena, Gabriela hace labor en el gabinete. Con el rabillo del ojo observa al intruso, en cuyo rostro cree advertir un agradable gesto de sorpresa.

—¿Qué es esto, Gabriela? ¿Has salido?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Como te veo tan compuesta...

—¡Bah! Un poco limpia nada más. Tenía sin estrenar estos zapatos, y me los he puesto para que se amolden al pie. Lo demás lo conoces de sobra. No sé por qué te sorprende.

—Pero, oye, oye, el peinado... ¿Tienes peinadora?

—¡Qué disparate! Estuvo Fabiana y, bromeando, me peinó. ¿Te gusto así?

—Naturalmente... Yo no sé que te encuentro hoy...

—Un poquito más arreglada; esto es todo. Y, hablando de otra cosa, ¿quieres que cenemos ya? ¿No decías que hoy tienes prisa?

—Bueno, sí, verás... Como tener prisa, claro que la tengo... Pero, después de todo... Oye una cosa: ¿quieres que te lleve al teatro?

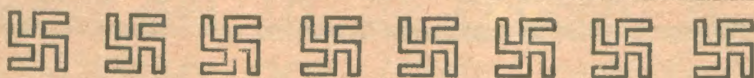
—¿No he de querer? Con mil amores. Ya ves, no tengo más que ponerme el abrigo...

———

A la mañana siguiente, Gabriela encargó a la doméstica que hiciese las diligencias oportunas para buscar otra muchacha.

—¡Pero, cómo, señorita! ¿Es que no está usted contenta conmigo?

—No, no es eso... Es que en adelante ayudaré muy poco. Si acaso, por las mañanas, mientras está en la oficina el señor...



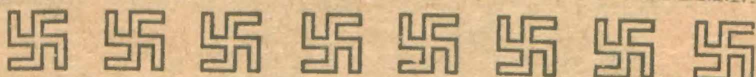
Campanas del recuerdo

Campanas del recuerdo, estáis llamando
dentro de mi alma en esta noche bruna
que se mira la luna
en el estanque!... Cuando
la paz se extiende sobre el campo obscuro,
y cesan los murmullos en los nidos,
porque me recordáis los tiempos idos
frente a las nebulosas del futuro!

Campanas del recuerdo, en el cerrado
templo de mi alma derramáis mil sones,
y despertáis mis vagas ilusiones
sobre el lecho de lino del pasado!

Campanas gemidoras, ¡oh! campanas
que me hacéis evocar horas de encanto,
¿por qué la vida con su desencanto
mató mis sueños y aumentó mis canas?
Y sin poder tornar a lo perdido,
con la serenidad que me hace fuerte,
me señaláis un lecho, allá en la muerte,
y un paréntesis negro en el olvido!

Félix R. Vilallac



Abecedario, alfabeto

Ambas voces significan lo mismo, si atendemos a los elementos que las componen; pero el "abecedario", hecho por el bajo latín, es un nombre vulgar, mientras que el "alfabeto", que nos trae a la memoria el clasicismo ático, ha penetrado en el lenguaje culto. Así decimos: "el "abecedario" de la cartilla, el "alfabeto" del sánscrito", siendo absurdo decir: "el "abecedario" del sánscrito, el "alfabeto" de la cartilla".

El "abecedario" pertenece a las escuelas rudimentarias; el "alfabeto" pertenece a la erudición.

Un ignorante aprende el "abecedario"; un sabio estudia la filosofía del "alfabeto".

El "abecedario" es una especie de rutina, en que trabaja exclusivamente la memoria; el "alfabeto" es un misterio de la palabra humana y una historia de todos los pueblos de la tierra, que hacen impotente la ciencia de los más grandes eruditos.

En una palabra, el "abecedario" se aprende, el "alfabeto" no se acaba de aprender.

Para el "abecedario" basta el niño; para el "alfabeto" no basta el hombre.

¡¡ASALTANTES!!, *por Rojas*



—Tu madre no hubiera tenido precio para asaltante de bancos.
—¿Por qué dices eso?
—Porque no hago más que meterme contigo en el baño y en seguida se pone a gritar: ¡Arriba las manos!

—¿No cree S. E. que la banda de asaltantes debe ser una banda internacional?
—Vea, amigo: a mí no me interesa más que la banda presidencial.

—¿Y dice usted, capitán, que no podemos salir de aquí?
—No, señor. ¿No ve usted que nos hemos metido en un banco?
—¡Qué lástima que usted no sea como los asaltantes que entran y salen de los bancos cuando se les da la gana!...

—Yo soy más modesto que los que han asaltado el Banco de la Provincia, en San Martín. Yo me contentaba con un banquete.

—Ese que va por allí, como es amigo de don Hipólito, tiene una banca bárbara.
—Pues que no se descuide mucho, no sea que un día le asalten la influencia...

Parisinas

El hombre que ha robado un beso

POR CEFERINO R. AVECILLA

Henos ahora en presencia del escándalo sensacional. Un escándalo que acaba de producirse en Lyón; pero con tanto estrépito, que invade París. El final de este escándalo—un final enrojecido con una laguna de sangre en la que nada la muerte—es lo que ha abierto las puertas del castillo de los honorables señores de Gillet a la avidez de los curiosos. Sin el último capítulo, la aventura a que nos vamos a referir podría incorporarse a las del baroncito de Faubles o a las de Casanova el abate. Pero nuestro siglo impone los finales sangrientos. Al acabarse el XVIII dejó de ser el amor una cosa frívola y agradable. Los románticos del XIX envenenaron el mundo. El amor cambió de máscara de modo definitivo en la comedia inacabable del mundo. Entre las hojas de la flor del último madrigal, sereno y perfumado como una sonrisa, asomaba la punta luminosa de un puñal fino y agudo como la lengua de una víbora. Luego, su mordedura ha envenenado todos los amores.

En Lyón existe una grave aristocracia comercial, cuyos árboles genealógicos tienen de seda las raíces y las ramas y las hojas. Productores y manufactureros y comerciantes viven y se suceden de generación en generación como arañas de una tela enorme, tejida con los hilos de seda de su industria. El dios lar de cada familia es un gusano. Tiene por ara y tabernáculo su propio capullo. Al laurel y al roble del triunfo les ha substituído la morera.

En este mundo extraño y resplandeciente, que despierta en nosotros la evocación de las figuras de un pañuelo de Manila o las de un biombo japonés en un escaparate de nuestra calle de Espartero, hay dos familias que gozan de una particular preeminencia. La familia Gillet y la familia Seux. El último retoño de la familia Gillet es mademoiselle Denise. Tiene menos de veinte años. Es bellísima. Bellísima, como corresponde a su juventud y a su riqueza. En cuanto a monsieur Seux, tiene un hijo muy joven también. Fuerte y sano, porque cultiva en los deportes sus músculos y su salud. Se llama Luis. Los franceses, que merced a una amplitud de percepción estética desconocida para nosotros, saben descubrir las bellezas masculinas, aseguran que Luis Seux es muy guapo. Pues bien: afrontemos esta afirmación, bajo tal garantía, muy repetable después de todo, dejando a salvo nuestras incomprensiones.

Y he aquí los personajes del dramático escándalo.

Un día, la fatalidad puso a Luis frente a Denise Gillet. El bravo mozo hubo de anamorarse de la linda muchacha con la terrible violencia de su juventud. ¿Correspondió Denise Gillet a la pasión que había despertado? Este es uno de los enigmas del drama. Posiblemente, el enigma fundamental. Lo que de cierto sabe es que Luis Seux perdió el reposo en el torbellino de su apasionamiento. Y un buen día—o un mal día quizá...—hubo de pedir a monsieur Gillet la mano de Denise.

Pero monsieur Gillet rechazó la solicitud. Sea porque, a su juicio, la familia Seux no tiene seda suficiente en sus blasones, o sea por otra razón aún desconocida, ello fué así. Luis Seux abandonó el palacio de los Gillet hondamente abatido. En sus ojos sentía el peso enorme de las lágrimas que obstinadamente intentaron precipitarse por las mejillas. La existencia de Luis Seux hubo de ensombrecerse. En sus abatimientos brotó la desesperación, madre del heroísmo. Acaso quiso luchar contra sí propio, para huir de sus propias condenaciones. Quizá se abandonara a la caricia de los propósitos más absurdos. ¡Quién sabe! Lo único cierto es que de su íntima tragedia acaba de surgir el escándalo en el que ahora hierven las sederías de Lyón.

Hace pocas noches, un grito de mademoiselle Denise rasgó el silencio del palacio de los Gillet. La madre de mademoiselle Denise, que duerme en una estancia contigua a la de su hija, se puso en pie. Subió a la galería. Abrió la puerta de la alcoba de mademoiselle Denise. Encendió la luz. Y ante sus ojos, dilatadísimos por el espanto, vió que Luis Seux besaba apasionadamente a mademoiselle Denise, que, según se dice, quiso defender su boca con una admirable tenacidad.

A los gritos de madame Gillet acudieron todos los habitantes del castillo. El jardinero, un hijo del jardinero, un ayuda de cámara, una institutriz y el propio hermano de mademoiselle, que agitaba en el aire una maza de *golf*. La maza cayó pesadamente sobre la cabeza de Luis Seux. El enamorado, abatido, hubo de rodar por el suelo. En este punto, madame Gillet, imperiosa, irrebatible, cruel, dijo a un criado:

—¡Mate usted a ese hombre!

Y sonó un tiro. La sangre de Luis Seux manchó las ropas de la cama de mademoiselle Denise; las paredes del dormitorio de mademoiselle Denise. Acaso la carne de mademoiselle Denise. Luego, la justicia acudió al castillo. Luis Seux fué llevado a un hospital. El pobre está agonizante. Y en las breves treguas de su lucha con la muerte repite de manera obstinada, implacablemente:

—Es mía la culpa. Yo quise verla por última vez. ¡Es que la amo tanto! Entré en el castillo como un ladrón. Rompiendo el cristal de una vidriera. Yo soy un ladrón que he robado un beso.

Pero, a lo que parece, no hay ninguna vidriera rota. Es posible que Luis Seux haya pasado a través del cristal al modo divino, como un rayo de sol, sin romperlo ni mancharlo.



LA CASUALIDAD DESCUBRE A LOS GRANDES CRIMINALES

Una síntesis de los crímenes más sensacionales de los últimos tiempos y de la forma inopinada en que se descubrieron

La casualidad descubre la mayor parte de los crímenes misteriosos. Ella es la que viene siempre en auxilio de la policía. Se pueden citar muchos casos. Sin ir más lejos, el del crimen horrendo cometido por Leopoldo Natham y Richar Soch, jóvenes estudiantes, hijos de dos de las más distinguidas familias de Chicago.

Su incomprensible e insospechada crueldad de asesinar a un compañero de estudios, al pobre Frank, también vástago de una gran familia, sólo por el capricho de verlo morir, no se hubiera descubierto nunca, dada la condición de los criminales y lo desorientante de su delito, si no hubiese sido por una casualidad.

A Leopoldo se le cayó, sin que se dieran cuenta, por lo trágico del momento, ni él ni su cómplice, el estuche de los anteojos, precisamente entre la hierba manchada de sangre debajo del túnel del ferrocarril donde enterraron el cadáver de su pobre víctima.

Este estuche fué encontrado por uno de los vagabundos, a quienes por frecuentar aquellos lugares se detuvo como posibles autores del asesinato, y él fué la clave del descubrimiento de los autores que fueron condenados a cadena perpetua.

Otro caso es el de Adolfo Smetgner, fabricante de embutidos en Chicago, quien asesinó a su mujer.

Para hacer desaparecer el cadáver, lo introdujo en una de las grandes cubetas en que fabricaba embutidos, tratando de disolverlo con ácidos.

Así creyó haberlo logrado; pero la casualidad quiso que no se disolviesen, ni la corona de oro de un diente de la difunta, ni unos pequeños huesecillos de uno de sus tobillos, por cuyos insignificantes detalles fué descubierto el asesinato y condenado su autor a presidio, donde murió miserablemente.

Reciente es el caso de Wawen Lincoln, horticultor, quien asesinó a su esposa, Lina Shoup, y su cuñado, Byron Shoup. Quemó los cadáveres en el horno de su granja y las cabezas las rodeó de una masa de cemento y piedras, igual al concreto que se usa en la construcción, formando con tan macabros materiales un gran bloque, que con barbarie inaudita utilizaba para arrancar la puerta del alambrado de su finca, por donde entraban y salían los carros.

Antes de que las sospechas de la peonada y del vecindario, por la desaparición inesperada de aquellos dos seres, pudieran tomar cuerpo y dar lugar a las indagaciones de la justicia, se preparó una ingeniosa coartada.

Se presentó él mismo al juez, acusando a su mujer y a su cuñado de mantener relaciones ilícitas, y de haber huído después de haber pretendido asesinarlo para robarle el dinero.

La policía se puso en juego; pero no pudo, como es natural, dar con los fugitivos.

No contento con esto, obtuvo el divorcio de su mujer; se le concedió, fundado en su propia denuncia, que la justicia creyó verdadera, lo mismo que el vecindario, que lo compadecía en su desgracia...

Pero, sin duda, la conciencia no lo dejaba tranquilo y decidió desaparecer él también de aquella granja que llevaba en colonia, y que para él tenía tan horrendos recuerdos.

Con frecuencia tenía que remover el bloque de concreto en que estaban enterradas las cabezas de sus víctimas.

Para agenciarse dinero con qué levantar el campo, ideó escribir a los padres de su mujer, que vivían muy lejos y estaban ignorantes de todo, una carta, en nombre de ésta y simulando su firma, pidiéndoles plata para poder escapar, ¡oh bárbaro cinismo!, del encierro en que la tenía sumida su marido, que le hacía objeto de malos tratos.

Los padres se lo mandaron; pero, amantes de su hija, remitieron la carta a un amigo de Chicago, cerca del cual estaba Aurora, pueblo en que se desarrollaron los hechos, para que se enterase de la situación en que estaba su hija y procurase ampararla.

Al mismo tiempo el criminal escribía por cuenta propia a un antiguo amigo, pidiéndole plata, que también le fué remitida.

Pero, ¡la maldita casualidad!, las dos cartas estaban escritas en la misma máquina y con la misma cinta verde.

Requerido por la justicia el criminal, ante esta prueba abrumadora, confesó los hechos y fué electrocutado.

He aquí otro hecho, descubierto por la etiqueta de un traje:

Leo Koretz, gran maestro en el arte de la estafa, que con los más fantásticos proyectos industriales, como el del aprovechamiento de las aguas del río Bayano para fuerza motriz, había sutilizado a distintas personas muy cerca de trece millones de dólares en Chicago, decidió quitarse de en medio por haber explotado ya el centro de sus operaciones dolosas y trasladarse a Halifax, en el Canadá, donde con la abundante plata que llevaba logró hacerse notar inmediatamente y entrar en los círculos de las personas distinguidas.

Bullía; triunfaba; ya ni se acordaba de Chicago, ni del "negocio" del río Bayano, por el cual se le había abierto un proceso.

Vivía en una espléndida casa, tenía magníficos automóviles y llamaba la atención por su elegancia en el vestir. Y esta elegancia fué la que lo perdió.

Koretz, como es natural y ya habrán supuesto los lectores, usaba en Halifax un nombre falso, puesto que estaba reclamado por la justicia de Chicago, y además, su nombre verdadero había dado la vuelta al mundo en los diarios al narrar su maravillosa estafa.

Pero tuvo la inadvertencia de mandar a su nuevo sastre un traje hecho en Chicago para que se lo planchase, y el sastre vió con sorpresa, en la etiqueta, el nombre de Leo Koretz.

Russel T. Scott, que fué gerente de una sociedad bancaria con treinta millones de capital, en Canadá, y que recientemente subió al patíbulo en Chicago a causa de un sórdido crimen, fué capturado por el insignificante detalle de un número de teléfono escrito con lápiz.

Scott, completamente arruinado en Canadá, por su vida disipada y sus grandes dispendios en el juego y con las mujeres, se trasladó a Chicago en busca de fortuna, pero ésta no le ayudó, y prosiguiendo el camino de su degeneración llegó a ser un vagabundo.

Robó un gran negocio de droguería y en el local apareció muerto el sereno y también un abrigo que Scott había dejado abandonado en su fuga.

En ese abrigo había una llave, en cuya chapa metálica se leía el nombre de un hotel y el número de la pieza a que pertenecía.

Llegados los policías allí, vieron en un memorándum el número de un teléfono.

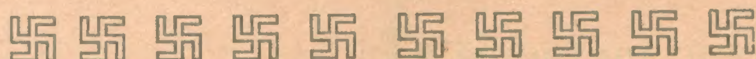
Visitaron la casa a que pertenecía el aparato, y unas horas después caía Scott acompañado de una mujer tan depravada como él, en poder de la policía. Confesó su robo y asesinato y subió al patíbulo.

Y así una porción más. Con razón ha dicho el célebre detective William A. Pinkerton, en su libro titulado "El ojo": "El criminal nunca se descubre, si no deja una pequeña huella detrás de sí. Muchos crímenes misteriosos se descubren. Pero siempre el crimen tiende a ocultarse."

DE AGUSTIN ALVAREZ

La palabra no hace la cosa; los millones de envidiosos y despechados, los millares de enconados y de rabiosos que salmodian todos los días la máxima sobre el perdón de las ofensas, v. gr., están muy lejos de saber, los desgraciados, que el despecho, la envidia, el rencor y el odio son autoinfecciones del espíritu cien veces más dañosas para el que las lleva en el alma que para aquellos contra quienes las lleva. Tales máximas pasan por las entendederas del común de los hombres como los cocos del Paraguay por los estómagos del buey, que sólo digiere la pulpa amarilla que les sirve de corteza, y que luego se recogen en canastos, del corral, y se venden en los almacenes para los muchachos, que los quiebran y comen la pulpa interior blanca, que ha atravesado incólume el tubo digestivo de la bestia, como pasan las oraciones por el alma del usurero y del hipócrita.



MAÑARA Y SU LEYENDA

Por ALBERTO INSUA

Al concluir la visita del Hospital de la Santa Caridad, de Sevilla, la hermana que acompaña a los visitantes entrega a éstos un plieguecillo impreso. Apenas transpone el zaguán de la santa casa, el viajero dirige una mirada curiosa—y devota—a la portada del plieguecillo. Ve una reproducción en litografía del retrato de Mañara por Valdés Leal, del retrato en que tiene apoyada el caballero su siniestra mano sobre una calavera, y en seguida lee: "El venerable siervo de Dios, D. Miguel Mañara, fundador del Hospicio y Hospital de la Santa Caridad, de Sevilla." Este es el rótulo. El contexto del plieguecillo empieza así:

"Este ínclito siervo de Dios nació en Sevilla el día 3 de marzo de 1627, en la casa señalada actualmente con el número 23 de la calle de Levíes, siendo bautizado el mismo día en la parroquia de San Bartolomé. Sus padres, nobles, ricos y virtuosos, se esmeraron especialmente en darle una educación cristiana, por lo que jamás dió motivo con su conducta para que se le atribuyan ciertas aventuras y tropelías imputadas anteriormente a personajes legendarios."

El lector se dice: "Es la refutación de la leyenda de Mañara, la interpretación ortodoxa de su vida." En efecto: el testimonio del jesuíta Juan de Cárdenas, contemporáneo de Mañana y biógrafo del mismo, se presenta en primer término. Teólogo inteligente y moralista clásico, muy admirado por San Alfonso de Ligorio, ¿cómo poner en duda sus afirmaciones? El padre Juan de Cárdenas dice que durante su matrimonio procedió siempre Mañara "cristiana y cuerdamente."

Después, el anónimo y discreto redactor del plieguecillo acumula pruebas históricas del buen concepto que gozaba Mañara en la sociedad de su tiempo. En el año 1851, el Cabildo de Sevilla informa favorablemente su propuesta para provincial de la Santa Hermandad, cargo que ejerce, "con gran celo e inteligencia", durante quince años.

"Llevaba trece de vivir contento y satisfecho al lado de su querida consorte—sigue afirmando el autor del plieguecillo,—cuyas virtudes y prendas personales iba aquilatando por días, cuando en 1661, encontrándose en su señorío de Montejaque, le sorprendió su muerte, y esta inesperada desgracia y el no haberle dejado sucesión causáronle tal desengaño, que resolvió dejar el mundo y "abrazar vida más ajustada."

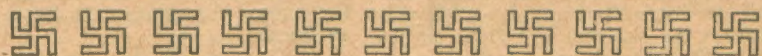
En este instante comienza la vida ejemplar de Mañara, fundador de una orden hospitalaria, émulo de San Francisco de Asís... ¿Pero realmente sólo una viudez prematura y la falta de sucesión determinaron el "renunciamiento" de Mañara? ¿Tan dolorosos pero vulgares motivos bastaron a descubrirle su camino de Damasco?

La leyenda que hace de él y Tenorio un solo personaje, la imputación a Mañara "de aventuras y tropelías de entes legendarios"—son las aventuras y tropelías del "Burlador";—el hecho contestable de que después de Tirso y antes de Zorrilla encarnase en Mañara el espíritu de Tenorio no empaña, a mi parecer, sino que hace mayor y más radiante, la aureola del caballero. Si antes de "abrazar vida más ajustada" la tuvo don Miguel disoluta e incrédula, en esto se parecería a Pablo el Apóstol, y al obispo de Hipona, y al Cordero de Asís, soles clarísimos de santidad. Si, con el padre Cárdenas y el redactor del plieguecillo, consideramos que obró "cristiana y cuerdamente" durante su matrimonio, ¿cómo explicarnos su frenesí en la humildad, la altura y violencia de la llama religiosa que le envolvía, y todos sus actos y sus escritos—desde el "Discurso de la Verdad" hasta su admirable testamento, joya de la literatura ascética,—que son los de "quien se estima el peor hombre del mundo" y combate por su salvación sin tregua, con creciente anhelo?

Cuanto se sabe de don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, por sí mismo y por sus biógrafos, autoriza la suposición corriente, la que ha dado origen a su leyenda: don Miguel pasó los primeros años de su juventud, en la Sevilla de promedios del XVII, en un tumulto apasionado. Fué—hay que reconocerlo—un libertino. Vivió magníficamente ese primer período de la vida de los santos más santos: el de la culpa, aquel en que atesoran los motivos futuros de arrepentimiento y de martirio.

Juan de Cárdenas no niega—sino que narra con detenimiento—el episodio de la calle del Ataúd, hoy de la Gloria: "Iba una noche por la calle del Ataúd, de Sevilla, a una cita amorosa, cuando sintió un golpe tan fuerte en la cabeza, que lo derribó en tierra, al propio tiempo que escuchó una voz que decía: "Traigan el ataúd, que ya está muerto." Le acompañaba en esta expedición amatoria su escudero Alfonso Pérez de Velasco, que le ayudó a alejarse de aquella casa, donde, después se supo, "le estaban esperando para matarle". ¿Por qué? ¿De qué injusta o merecida venganza se libró entonces el caballero?

Tal como ha llegado a nosotros el episodio de la calle del Ataúd basta para comprender que la leyenda de Mañara no reposa en absoluto sobre tradiciones falsas. Don Miguel fué un Don Juan. No tan endiablado como la fantasía popular supone, pero lo bastante para que su segunda vida se nos aparezca como una vida expiatoria. Vida por todos conceptos noble y envidiable.



MIENTRAS LA ORQUESTA SUENA

Vierte la orquesta rítmica
sus notas melodiosas;
en el ambiente flotan
las bellas añoranzas
de esas horas floridas

de alocados placeres,
que fueron siempre el vértigo
de esos días felices,
que absorbieron la vida
en todos los momentos.

A veces siento penas;
a veces me acompañan
las dulces alegrías
de esos recuerdos gratos,
que vienen turbulentos

a descorrer el velo,
que ocultaba piadoso
el lejano pasado...
¡Esperanzas ya muertas
e ilusiones ya idas!

Maravillosamente
el pasado aparece
y renovado veo
el árbol de otros tiempos,
sus ramas florecidas.

El piano suavemente
resuena, a mis oídos
llegan las voces tenues,
que alborotan risueñas
todos mis sentimientos.

Revive nuevamente
el amor primitivo
de los dieciocho años
con todos sus encantos
y amargos desalientos.

Y mientras los violines
susurran quedamente,
y el violoncelo gime,
se agitan, como en sueños,
las cosas fenecidas...

Mientras la orquesta suena
va desfilando todo
lo que alegró en su tiempo
con sus gratos encantos,
la juventud florida.

Y en las notas que lloran,
y en las cuerdas que vibran,
y en el ritmo melódico,
y en todo lo que escucha
mi mente adormecida,

hay remembranzas bellas,
hay remembranzas tristes,
torbellino de dichas,
aluvión de locuras...
Primavera de antaño,

ya vuelves, ya acaricias
mis cabellos; tus manos
borran todos los hilos
plateados... Tú eres...
¡Primavera de ogaño!

Y en un abrazo fúndese
lo amado del pasado,
lo amado del presente,
formando con sus dones
dos hermosos altares...

Mientras la orquesta suena
paréceme que un cuento
relata en mis oídos,
tan bello como el bello
"cantar de los cantares".

PERFECTO MIGUEZ



D'Annunzio viste como un monje y medita en medio de deidades paganas

La reciente visita de Mussolini a D'Annunzio despertó gran curiosidad, no sólo por el poeta-soldado, sino por su Villa, que la ha convertido en un santuario de reliquias de guerra y de ascetismo franciscano. Aunque para el mundo esta devoción por el culto de San Francisco, parece ser una farsa, cuando no un sacrilegio, para el poeta es un episodio serio; que un hombre que ha vivido una vida de "todos los colores", como dicen los italianos, convierta en su patrono al Cordero de Asís, es algo absurdo. El pasa su tiempo vestido con hábitos franciscanos, viviendo por completo en un terreno propio, lejos de los asuntos políticos y del mundo. A desempeñar este papel fué obligado por el advenimiento del nuevo gobierno, y nunca ha dejado de quejarse a sus amigos de que no solamente el grito de los fascistas, "¡Eya allala!" fué inventado por él, sino que también el saludo romano fué revivido durante su regencia en Fiume. Ahora que ha hecho la paz con Mussolini, ha advertido a sus huestes que no hacen el saludo tal como debe ser y agrega que el grito debe ser dado en una sola aspiración. En relación con el uso del hábito de San Francisco, D'Annunzio hace algunos años que decidió acudir al convento del otro lado del lago a solicitar del prior que le diera uno, verdad sabida y buena fe guardaba; pero éste, que sabía de sus escapadas desde que estaba en la villa, no accedió, por parecerle que la solicitud era más bien por espíritu de notoriedad que por un sincero arrepentimiento. No desmayó y logró hacerse de un viejo habito con un lego franciscano. Durante los dos últimos años, él ha vivido como un ermita, meditando en sus plegarias y en sus faltas. Dedica todo su tiempo disponible a idear nuevos cambios en la villa, que ha quedado convertida en un verdadero museo de reliquias de guerra. Hasta el jardín está destinado a este objeto, en una parte del cual se exhibe una maravillosa colección de dioses paganos. De la villa original perteneciente a un escritor alemán, y que le fué confiscada durante la guerra, queda muy poco. El antiguo jardín fué ampliado y hay en el lugar una selva en miniatura, adonde va el poeta siempre que siente deseos de dialogar con los árboles, cada uno de los cuales tiene un nombre particular. La casa propiamente consiste en un cuarto de música, un vestíbulo para visitantes, un oratorio y un comedor. Cada rincón tiene a los ojos de su dueño un recuerdo, una leyenda, una inscripción especial. El trabajo de convertir la villa en un monumento nacional, ocupa todo el tiempo de D'Annunzio, que ha instalado un taller para la obra, dirigida por un arquitecto y un ingeniero. En honor del décimo aniversario de la participación de Italia en la guerra, el pórtico fué transformado y ahora semeja al portal del cuartel general del Capitán del Pueblo, en el siglo catorce, con exactas decoraciones de la época, emblemas y escudos de armas. Este queda contiguo a la parte de la casa que ha sido llamada el priorato, en la cual se reciben huéspedes predilectos. Los cuartos tienen nombres tales como la Pezunivola y el cuarto de San Damián con leyendas inscritas con las flores de San Francisco. El priorato es del estilo de un rico monasterio benedictino de la época del renacimiento, con muebles valiosos, tallados con asuntos monásticos. Todos los cuartos tienen escalinatas que les comunican con el jardín y huertos con una vista maravillosa de lago y de las montañas distantes. En el jardín hay veintisiete clases diferentes de columnas de victoria que forman lo que se conoce con el nombre de "Las Victorias" o monumento de guerra, obra de la vida de D'Annunzio. Luego del priorato está el cenáculo que usa en realidad para el almuerzo que toma al mediodía, algunas veces en solitaria grandeza en compañía de sus dioses familiares y otras con huéspedes. Sus alimentos no son los usuales para el común de los mortales, y se los sirven mujeres a quienes llama simbólicamente de acuerdo con sus respectivos oficios en la cocina. La mesa semeja más bien un museo en que los símbolos ocupan el lugar de las decoraciones. El cielo raso está adornado con banderas de seda hechas por las doncellas de Fiume, cuando él fué regente. Están suspendidas de lo alto por cordones de oro. Además de la puerta de la villa llamada profana, hay otra a la que solamente unos pocos de escogidos pueden entrar siempre. Esta es la del oráculo o vestíbulo místico, a la cual fué conducido Mussolini para cimentar su amistad una vez más con el poeta-soldado. Por ciertos aspectos semeja una capilla, y que la mirra y el incienso están ardiendo, que se ven los sitiales del coro, las ventanas de vidrios de colores y el órgano, en tanto que los adornos son sagrados y bélicos, con una chimenea ardiendo para el efecto escénico. Hay mucho paganismo en este sitio de dos asientos: el del prior y el del subprior. A Mussolini le fué dado el preferente, mientras D'Annunzio, con una humildad sin ejemplo, tomó el segundo. Las cuatro mujeres que tienen a su cuidado la cocina del poeta, fueron traídas y presentadas al dictador. D'Annunzio las llama hermana Averi, hermana Intingola, hermana Pecchia y hermana Duragna; nombres puesto de acuerdo con sus atributos. Indudablemente esta Villa está llena de interés y arreglada con gran gusto y esplendor. Tiene un pequeño cuadrado rodeado de árboles, decorado con ocho máscaras de mármol en columnas que representan los esclavos de la República. Hay artísticos símbolos que le enviaron del este, lo mismo que otros enviados por los marineros de Venecia y Dalmacia. En la sombra de los árboles hay sarcófagos y asientos de mármol; el aire es pesado a causa del perfume de las rosas, del laurel, de las flores de limón y de la hierba. En el bosque está la tumba que D'Annunzio ha ideado para él mismo y a la que va a visitar siempre que desea dialogar con la melancolía. Pero en la actualidad tiene poco tiempo para ello, pues está proyectando levantar un muro que eventualmente oculte "Las Victorias" de los ojos profanos y convierta el recinto en lugar de peregrinación para unos pocos de escogidos. Tendrá siete puertas y un arco, de modo que las ceremonias en honor de los soldados caídos, podrán celebrarse adecuadamente sobre el suelo tomado del Monte Crapa y de otros campos de batalla. Sobre aquél han sido montados los cañones y trofeos. En el centro se levanta una columna de mármol con un asta en el ápice. Hay, además, otro trofeo que el poeta conserva con orgullo: la proa de un destructor de torpedos que le enviaron para "Las Victorias".

Para el observador ocasional el ascendiente de D'Annunzio sobre los italianos le parece maravilloso, si se tiene en cuenta que ese pueblo ha escogido siempre sus jefes entre los bien parecidos y fuertes. Por mucho que se agudee la imaginación no se le puede hacer figurar entre ninguno de los dos. Ya no es el joven de cabellos rubios que capturó toda la Roma aristocrática, inclusive la hija del Duque de Gallose, hace ya algo más de treinta años; ni es el poeta fascinante cuyo nombre estuvo ligado a la Duse; ni el fiero patriota que predicó la intervención en la guerra europea en 1915 cuando Italia estaba aún vacilante. Es hoy un hombrecito pequeño, calvo y tuerto, que oculta el ojo, del defecto, con un monóculo. Sin embargo, conserva todavía su oratoria encantadora. Habla en parábolas y epigramas poéticos llenos de patriotismo alabando a Italia, sin ninguna significación política o de sentimiento. Se supuso hace algunos meses que se había convertido en antimonárquico; pero de pronto ha vuelto su cariño por el rey. Aunque su oratoria no tiene la sencillez y magnetismo de Mussolini, deslumbra a la mayoría de sus oyentes debido a que gran número de sus frases pueden ser repetidas y meditadas. No obstante que D'Annunzio era políticamente desconocido hasta hace poco, políticos avisados admiten francamente que si Mussolini decidiera retirarse a la vida privada abandonando la política, el poeta-soldado uniría a todos los antiguos veteranos bajo una gran organización y el fascismo sería reorganizado dentro de un partido con un hombre quizás más fantástico que el suyo.

Antes del accidente que le ocurrió hace tres años, cuando se cayó de un balcón de su villa, D'Annunzio era considerado como un hombre muy enfermo. Después ha entrado en una nueva vida y la explica diciendo que cuando su cabeza fué partida en dos, al sanar la herida, tuvo lugar una maravillosa cura. Su cerebro se vigorizó y se hizo mentalmente más joven de lo que estaba antes del accidente. El doctor Macri, de Bologna, fué llamado recientemente a que examinara al poeta y convino en que este fenómeno había tenido efecto, sin que pudiera explicarse la causa. El resultado es que D'Annunzio ha terminado cinco libros cuyo contenido sólo lo conoce su librero.

A. R. MACKENZIE.

Roma, 1925.



Un par de botas

Comedia en un acto y en prosa

Por JACINTO BENAVENTE

ESCENA I

El lector lee: Habitación modesta. Entra el CABEZA DE FAMILIA con un paquete de libros; se sienta; desata el paquete, hojea los libros. Entra su mujer. El Cabeza de Familia intenta esconder los libros, muy avergonzado.

MUJER.—¿Qué has traído ahí? ¿Más libros? ¡Válgame Dios! ¡Es lo que nos hace falta!

CAB. FAM.—No empieces, mujer.

MUJER.—Que no empiece. Acabar; eso es lo que yo quisiera, acabar de una vez. ¡Libros es lo que necesitamos! Mira cómo ando, con las botas rotas, que da vergüenza.

CAB. FAM.—¿No tienes más botas que esas?

MUJER.—Tú verás; otras peores que estas.

CAB. FAM.—¿No me pediste para botas el otro día?

MUJER.—¡Claro; para la niña, que andaba descalza!

CAB. FAM.—¿Y el mes pasado?

MUJER.—Para tu hijo, que no podía ir al colegio con las botas rotas. También están buenas las tuyas.

CAB. FAM.—¡Qué más da!

MUJER.—A ti todo te da lo mismo. Para mí son los quebraderos de cabeza: quita de aquí, quita de allá... Yo no sé qué hacer; es para volverse una loca. ¡Y el señor, con sus libros!

CAB. FAM.—¡Un par de botas!

MUJER.—¿Qué gruñes?

CAB. FAM.—¡Siempre es un par de botas!

MUJER.—¿Pero qué hablas tú solo?

CAB. FAM.—Nada. ¡Un par de botas!

MUJER.—¡Si nos vamos a volver todos locos! ¡No digas nada! ¡Así se arregla todo!

CAB. FAM.—Se arregla todo, menos las botas. Esas no tienen arreglo. Siempre falta un par de botas. Llega el 15 de cada mes: cree uno que ya está todo pagado: la casa, el tendero, la luz, la criada; pues no: siempre falta un par de botas: el chico, la chica, la mujer, uno... ¡Las botas que rompemos! Andar, andar... ¡Es claro, son tantos días, tantas horas de vida, se rompe el calzado!

MUJER.—Sí que tienes discurso. Me voy por no oírte.

CAB. FAM.—No me oigas, no. Me oigo yo solo. ¡Un par de botas! Yo lo arreglaré todo; todo se arregla. (Sale.)

ESCENA II

El lector lee: Mutación.—EL CABEZA DE FAMILIA va por las calles hablando solo.

CAB. FAM.—Sí, están mal las botas; se ríen, como suele decirse. ¿Se ríen de qué? ¿De mí?, ¿del mundo? Pasaré a la acera de la sombra. Nunca había reparado: hoy me parece que todos me miran a los pies y que todos se ríen como las botas. No es cosa de risa; pero cuando se viste de señor, ¡de señor!, ¿señor de qué?, de señor..., se debe llevar buena ropa y buen calzado. Sí, miran, sí. ¿Por qué? Si llevara unas botas nuevas, flamantes, de seguro que no me miraría nadie, nadie iría a su casa diciendo: "Hoy he visto a un señor con unas botas nuevas elegantísimas", y así puede que se acuerden y lo digan. "Hoy he visto a un señor con las botas rotas." ¡Condición humana! Nos hacemos los desentendidos para lo bueno, y nuestros ojos y nuestra atención se ensañan con lo malo, con lo feo. Si llevara una sortija con un gran brillante, nadie se fijaría, y en las botas todos reparan. Aquellas muchachillas se van riendo: me han mirado a las botas, vuelven la cabeza y miran hasta los tacones, distraídos, como ellas dirán. Un señor con los tacones distraídos. ¡Qué risa! ¿Se reirían lo mismo, si yo les contara toda mi vida? ¿Pero es que todos los que se ríen no han vivido? No es gente con apariencias de holgura la que pasa: cualquiera de ellos sabrá lo que significan unas botas rotas. ¿Por qué se ríen entonces? ¡Idiotez humana! Es que todos van bien calzados, los artesanos mejor que nadie. A ver éste que trae unos libros también debajo del brazo; éste, sí; éste también lleva las botas deslucidas y éste no me ha mirado, éste que no se hubiera reído... Yo le saludaría, le preguntaría qué vida era la suya: tal vez será semejante a la mía, o muy distinta; hay tantas vidas como personas, y nadie comprende por eso. Hay quien no sabe de su misma vida: vive de un modo y cree que vive de otro. Algunos, dignos de compasión, puede que se indignaran si les compadeciesen; otros serán felices y se creerán dignos de compasión. A mí me creen dichoso porque ella cree que no me importa nada de nada, de nada... ¡Un almacén de calzado!... ¡Ser dueño de un almacén de calzado!... ¡Y qué vergüenza entrar a comprar un par de botas nuevas con unas botas viejas puestas! El zapatero le mira a uno con desprecio, con desconfianza; no le evita a uno la menor humillación; uno pretende descalzarse pudoroso, esconder las botas debajo de la banqueta, y él no lo permite, tira con violencia de las botas, las mira y remira, en todos sentidos, las presenta con ostentación en lugar visible... Comprendo la protesta de San Pedro: "¡Señor, tú lavarme a mí los pies!" Los pies son más vergonzosos que el resto del cuerpo. Sólo en las estatuas y en los cuadros se ven pies hermosos, pies que no han pisado nunca calles ni caminos, que no han llevado nunca botas, estas botas horribles. ¡Una librería!... No quiero mirar; no podría resistir a la tentación de comprar algún libro. ¿Qué hubiera sido de mí sin los libros? Sólo ellos me han hablado de mí; sólo con ellos he podido tratar de tantas cosas de que nadie habla, que nadie entiende... Es una librería de lance... "Se compran bibliotecas y libros. Se pagan a buenos precios." ¡Qué idea!... ¡Quiero castigarme!... ¿Cuánto me darán por todos mis libros? ¿Cuántos pares de botas podría comprar con lo que me dieran por mis libros? ¡Voy a tratar con un librero! (Entra en la librería.)

ESCENA III

El lector lee: Mutación. La misma habitación de la escena I. EL CABEZA DE FAMILIA y la CRIADA.

CAB. FAM.—Luego vendrá un hombre que preguntará por mí. Le pasas al cuarto de los libros y me avisas... Es decir, no me avises; que vea los libros, y luego le pasas adonde yo esté. Y no digas nada a la señora. ¿Ha salido la señora?

CRIADA.—Sí, señor; ha salido a comprar para la cena. Yo no podía ir, porque, como ya le dije a la señora, tengo que comprarme unas botas: con éstas no puedo salir a la calle.

CAB. FAM.—¿También tú?

CRIADA.—Y este mes no tengo dinero. Me escribieron mis padres...; lo mandé todo a mi casa... Si el señor me hiciera el favor de adelantarme cinco duros...

CAB. FAM.—Sí, mujer; luego te los daré. ¿A ti no te cuestan las botas más que cinco duros?

CRIADA.—Compro zapatos, señor.

CAB. FAM.—¿Los zapatos cuestan menos?

CRIADA.—Sí, señor.

CAB. FAM.—Pues tendrás zapatos. ¿Cómo los quieres? ¿De qué te ríes?

CRIADA.—De que el señor me pregunta cómo quiero los zapatos. Yo no quiero que me los regale el señor; no se figure el señor que por unos zapatos...

CAB. FAM.—¿Qué dices? ¡Vamos! ¡Emplear yo unos zapatos como prenda de seducción! ¡Humorismo sería! Han llamado; será ese hombre. Ya te dije: que vea los libros. (Sale la criada.) ¡Mis pobres libros! Ni la "Vechia zimarra", en "Bohemia"; ni el "Adiós a la vida", en "Tosca"; ni el "Addió sante memorie", en "Otelo", pueden compararse a esta dolorosa despedida. ¡Eran lo mejor de mi vida! Ahora será la vida a secas, la vida que no es de uno. ¡Papel de comparsa con responsabilidad de protagonista! (Entra el librero.) ¿Ha visto usted los libros?

LIBRERO.—Sí, señor. ¡No hay nada que valga!

CAB. FAM.—Pues han costado mucho.

Hay que pesar los cráneos de los diputados y senadores

Un famoso alienista de Nueva York, el doctor Mac Donald, acaba de publicar un interesantísimo artículo, en el que se desarrolla una nueva teoría sobre la locura humana.

En él se dice que el cerebro de los locos pesa menos que el de los hombres cuerdos. Añade el doctor en el artículo, que ha descubierto el medio de pesar un cerebro sin sacarlo del cráneo.

Propone muy seriamente que se le permita pesar en su laboratorio los cerebros de todos los locos que están en tratamiento en los manicomios de Nueva York, y luego hacer lo propio y en la misma forma con los diputados y senadores de los Estados Unidos.

Agrega que si los ciudadanos norteamericanos quieren tener buenos legisladores deben hacer que todos los candidatos a las elecciones próximas sean examinados por él, y no puedan solicitar el voto de los electores sin un certificado suyo en que se declare que tienen el cerebro con el peso reglamentario.



LIBRERO.—Comprados, no digo; pero al venderlos...

CAB. FAM.—Ya me hago cargo. No es lo mismo comprar que vender; ese es el comercio; esa es la vida; la vida, que sólo es ganga para una pequeña parte de la Humanidad.

LIBRERO.—No crea usted que hay gangas para nadie. ¿Le conviene a usted cuarenta duros por todo?

CAB. FAM.—¿Nada más que cuarenta duros?

LIBRERO.—Comprenda usted que hay poco aprovechable. Lo demás, todo es baratillo, del montón.

CAB. FAM.—Todo es de autores célebres.

LIBRERO.—Pero ediciones corrientes, sin valor.

CAB. FAM.—Sí, el papel vale más; es decir, el papel es lo que se paga. Está bien; yo no sé regatear: deme usted sesenta duros siquiera.

LIBRERO.—Sesenta duros, porque no diga usted. ¿Cuándo puedo enviar por ellos?

CAB. FAM.—Cuando usted quiera; cuanto antes, mejor.

LIBRERO.—Ahí tiene usted: trescientas pesetas.

CAB. FAM.—Los dineros de Judas. No, no lo digo por usted, que compra; lo digo por mí, que vendo. El que vendió fué Judas. Buenas tardes.

LIBRERO.—Servidor de usted. (Sale.)

ESCENA IV

El lector lee: Mutación. Por las calles, el CABEZA DE FAMILIA llega junto a una zapatería, y entra.

ZAPATERO.—¿Qué deseaba usted?

CAB. FAM.—Botas, zapatos.

ZAPATERO.—¿Para usted?

CAB. FAM.—No; trescientas pesetas de calzado.

ZAPATERO.—¿Qué clase y qué medida?

CAB. FAM.—¡Ah! Quiero botas, zapatos. Estas de campo; estos zapatitos de raso con estos adornos, son muy bonitos; estos otros tan relucientes... Usted dirá hasta dónde llegan trescientas pesetas.

ZAPATERO.—Aun puede usted llevar algún otro par.

CAB. FAM.—Estos... y éstos... ¿Cuánto es todo?

ZAPATERO.—Esos son caros; casi está completa la cifra... Sí, doscientas noventa; faltan diez pesetas.

CAB. FAM.—¿Diez pesetas?... Estos zapatitos de niña... ¿Está justo?

ZAPATERO.—Poco más, pero es lo mismo. ¿Dónde hay que llevarlos?

CAB. FAM.—A estas señas, menos los zapatitos, que los llevaré yo ahora.

ZAPATERO.—Permítame que se los envuelva.

CAB. FAM.—No, deje usted; en el bolsillo no abultan nada. Muy buenas tardes.

ZAPATERO.—Servidor de usted. (Sale el Cabeza de Familia.)

ESCENA V

El lector lee: Mutación. El CABEZA DE FAMILIA, andando, andando, llega a un paseo público, y se sienta en un banco, al lado de una mujer de humilde aspecto. Delante del banco juega una niña pequeña.

MUJER.—¿No tiene usted ahí demasiado sol?

CAB. FAM.—No, señora; es bueno tomar el sol.

MUJER.—Qué días tan buenos "están" haciendo. Aquí se está que da gusto. Para mí es la vida. Donde usted me ve, he estado a la muerte.

CAB. FAM.—¿Sí?

MUJER.—Sí, señor. Aun no estoy muy buena; pero ya es otra cosa. No daban dos cuartos por mí. Crea usted que no lo sentía por mí; pero dejaba cinco criaturas; ésta es la mayor.

CAB. FAM.—¿Cinco tiene usted?

MUJER.—Sí, señor, con mil fatigas... ¡Ya ve usted, para los pobres! (A la niña.) No te enredes con la tierra. También a ésta la he tenido a la muerte; así es que no quiera usted saber... Con el triste jornal de mi marido, y yo, sin poder hacer nada... ¡Una perdición!

CAB. FAM.—(Sacando los zapatitos.) ¿Le estarán bien estos zapatitos a la niña?

MUJER.—¡Sí, señor!

CAB. FAM.—Pruébeselos usted.

MUJER.—Pero... ¡Por Dios!... Ven aquí... Pues sí; como si se los hubieran hecho para ella.

CAB. FAM.—Pues déjeselos puestos.

MUJER.—Buena falta le hacían, que ya ve usted cómo va. No hay forma; para zapatos no se gana: es un romper... Cómo se mira ella. ¿Zapatos nuevos? ¿Te gustan?

NIÑA.—Sí.

MUJER.—Es un regalo de este caballero. ¿Cómo se dice? ¿Te has quedado muda?... Pues bien charla. ¡Demasiado, que no se puede hablar nada delante de ella! ¿Ya se va usted, señor?...

CAB. FAM.—Sí; buenas tardes. Adiós, nena.

MUJER.—Vaya usted con Dios, y muchísimas gracias.

CAB. FAM.—De nada; es un recuerdo. ¡Adiós! (Se va lentamente.)

MUJER.—¿Has visto qué señor?... No debe estar bien de la cabeza... Y son buenos los zapatos... Trae; te los quito; que éstos no son para todos los días. ¿Quién será ese señor? Cuando se lo cuente a tu padre...

ESCENA VI

El lector lee: Mutación. La misma habitación de la escena I. La MUJER del CABEZA DE FAMILIA y la CRIADA.

CRIADA.—Señora, aquí traen este encargo.

MUJER.—¿Un encargo? ¡Jesús, María y José! ¡Cuántas botas y zapatos! ¿Estás segura de que es para aquí?

CRIADA.—Sí, señora; ya pregunté. Por las señas, lo ha comprado todo el señor.

MUJER.—¡El señor está loco! ¡Qué disparate!

CRIADA.—¡Y qué preciosos son éstos!

MUJER.—¡Pero qué disparate!... ¿Llaman?

CRIADA.—Sí, señora; voy a abrir.

AMIGO.—(Entrando.) ¿Cómo está usted?

MUJER.—¡Ah! Muy buenas. Tanto gusto. Mi marido no está en casa; pero no tardará en volver.

AMIGO.—O no, señora. Ya sabía que no estaba en casa; a eso vengo, a decir a usted una mala noticia; pero tiene usted que saberlo.

MUJER.—¿Qué dice usted? ¿Una mala noticia? ¿Mi marido...?

AMIGO.—Sí, señora; una desgracia. Me avisaron porque llevaba una tarjeta mía.

MUJER.—Pero... ¿Qué ha sucedido? ¡Dígame usted! ¡Por la Virgen Santa!... ¿Una desgracia...? ¿Un atropello?...

AMIGO.—No, señora; una locura. Su marido de usted...

MUJER.—¿Qué?...

AMIGO.—Se ha matado...

MUJER.—¡No!... ¡Se ha matado!... ¡Dios mío! ¿Mi marido?... Pero, dónde? ¿cuándo?...

AMIGO.—Hace poco, en La Moncloa; se ha pegado un tiro.

MUJER.—¡Un tiro!... ¡Ay, Virgen Santísima!... Pero, ¿por qué, señor, por qué? ¿Cómo ha podido hacer eso? ¡Se ha vuelto loco! Ya lo decía yo que no estaba bueno. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y ha dejado algún papel, algo? ¿Qué dice?

AMIGO.—Sí, señora; le han encontrado un papel; pero no dice nada de particular: que no se culpe a nadie de su muerte y que se le entierre descalzo.

MUJER.—¡Que le entierren descalzo!... ¿Lo ve usted? ¡Es que se ha vuelto loco!... ¡Virgen Santísima!... ¿Qué va a ser de mí?, ¿qué va a ser de mis hijos?

TELON.

Cuál es la moral de los cuáqueros

La moral religiosa de los cuáqueros se deriva del puritanismo, cuya austeridad y rigor han exagerado. Esta religión enseña que Dios puede mostrarse a todos los hombres por medio de una pura luz interior que excusa la intervención del sacerdote. Sus adeptos no admiten la idea de la jerarquía; no creen los Sacramentos, no juran, rehusan llevar las armas, tutean a todo el mundo y (se dice) no se descubren jamás ni aun delante de una testa coronada.

Su rigorismo y originalidad mueven a risa: su moral y sus costumbres han inspirado siempre un gran respeto.

Los héroes de la fantasía
GULLIVER

Para los hombres de hoy, Gulliver no es más que un viajero fantástico que visita países más fantásticos todavía, un héroe de cuentos de niños, muy inferior a Robinson, a Phileas Fogg o a Tartarín. Sus aventuras nos entretienen, llegan a interesarnos un poco y al fin nos cansan por lo inverosímiles; pero es porque no vivimos en la época en que Gulliver vino al mundo de la fantasía y no vemos lo que se oculta detrás de esas aventuras.

Gulliver, como buen inglés, es gran viajero. Un naufragio lo arroja sobre la costa de un país desconocido, queda nuestro hombre dormido sobre la arena, y al despertar se encuentra rodeado, aprisionado, atado contra el suelo por una multitud de hombrecillos que no llegan a un palmo de estatura. Está en Liliput, y aquella minúscula gente son los liliputienses, pueblo insignificante por su estatura, desconocido para el resto del mundo, y sin embargo minado ya por la política, víctima de las ambiciones encontradas de dos partidos, el de los tacones altos y el de los tacones bajos. En este país hay un príncipe heredero demasiado listo, que procura satisfacer a todos poniéndose un tacón alto en un zapato y bajo en el otro; hay también un ejército en guerra con el de otro país de pigmeos, Blefuscu, guerra que decide Gulliver apoderándose con facilidad de los diminutos navíos de la flota blefuscense, y hay, en fin, un palacio real en el cual se declara un incendio que el viajero apaga por un procedimiento tan natural como poco decente. Mal interpretadas sus humanitarias intenciones, Gulliver es acusado de traición y tiene que refugiarse en Blefuscu, desde donde la casualidad le lleva a su patria.

Después, por extraño contraste, visita el héroe un país de gigantes, Brogdignag, cuyo rey es un hombre prudente, celoso de la prosperidad de su pueblo.

Y en seguida viene una serie de viajes por las más disparatadas tierras que puede soñar la imaginación humana: la isla flotante de Laputa, emporio de toda absurda filosofía; el país de los Balnibarbos, Luggnag y Glubbdubdrie, y en seguida pasa Gulliver a un pueblo que en su tiempo debía parecer tan fantástico como cualquiera de los mencionados, aunque existe en realidad y es hoy una potencia respetable: el Japón.

El último viaje de Gulliver tiene algo de las célebres aleluyas del mundo al revés. El héroe llega al país de los caballos, y allí encuentra al hombre en un estado de esclavitud que lo aproxima mucho al de los animales domésticos. Sólo que allí los caballos no se llaman caballos, sino "huyhnhums", ni los hombres son hombres, sino "yahus". ... ...

....

¿Es realmente Gulliver un héroe de la fantasía? Tan fantásticos son sus viajes, que cualquiera contestaría afirmativamente. Y sin embargo, Gulliver ha existido, y casi podríamos decir que continúa existiendo. Lo único que creó la fantasía de Swift fué el nombre. Pero en su tiempo cualquier inglés podía llamarse Gulliver; cualquier inglés veía su pueblo presa de las ambiciones de los toris y de los whigs, y su príncipe procurando contemporizar con unos y otros, y sus grandes genios militares mal recompensados, y sus Ormond y Bolingbreke obligados por la ingratitud de la corte a buscar refugio en tierra extranjera.

Y no ya entonces, sino ahora, los ingleses y los hombres de cualquier pueblo son unas veces juguete de pigmeos que se creen gigantes, objeto de desprecio por parte de los colosos conscientes de su talla y parias sometidos al dominio de los fuertes, como lo estaban los yahus al de los huyhnhums. Lo que tiene, que en nuestros días ya no es preciso apelar al símbolo novelesco para decir estas cosas, y por eso Gulliver ya no es sino un viajero fantástico, que visita países más fantásticos todavía, y que a lo sumo podría hacer un papel algo lucido en un cuento de niños. .. ...

Música y músicos

El origen del vals

Las formas de danza

Por JUAN del BREZO

Al tornar los ojos hacia la opereta austriaca, préndese en los oidos, con absorbente prerrogativa, la frívola y acariciante línea melódica de los valses vieneses, que a partir de Juan Strauss, hasta nuestros días, se disputan como las más gráciles.

Haberse hecho el vals la más popular de las formas de danza me autoriza a creer que una somera reseña de sus vicisitudes históricas puede tener algún interés.

Los alemanes reclaman para sí la paternidad de esta danza, a la par que los franceses se creen los primeros cultivadores, en un remoto pasado.

Lo cierto es que el vals, en la forma típica que hoy lo conocemos, no se hace manifiesto hasta principios del siglo pasado, y el nombre bajo que se cobija muestra claramente la procedencia germánica: waltzer. En Francia no aparece hasta la paz de Luneville, que puso momentáneo fin a las hostilidades francoalemanas de 1792-1801; por el año de 1800, la Opera, de París, le abre sus puertas con la música de Mehul para el "ballet" de Gardel, "Dansomanie". Es este país el que más poderosamente había de contribuir a su implantación y difusión en el mundo, en el que había de encontrar más entusiastas propugnadores; así, el apasionado Musset clama por él en esta forma en la "Confession d'un enfant du siécle": "Este ejercicio, verdaderamente delicioso, me ha sido siempre muy querido; no conozco nada más noble y digno para una mujer bella y un adolescente. Todas las damas, a su lado, no pasan de ser meras convenciones o pretextos para esparcimientos insignificantes." Francia lo cobija y lo ampara; a su sombra, en París, surgen o se imponen cuantas formas de danza son delicias de los bailarines de salones y "dancings"; la polca de origen checoeslovaco, el "schottich" alemán, el inglés "scottish" se realizaban de manera muy distinta de la manera alemana valsante, que es la que preponderа; la polaca mazurca, que también se pliega a sus exigencias. . .; hasta los modernos "fox" y tangos. Entiéndase, en cuanto a la manera de realizar el baile, no por lo que atañe a su música, que tiene cada una su árbol genealógico distinto y preciso.

París se lanza impetuoso en el torbellino de sus vueltas a principios de la pasada centuria; pero desde fines del siglo XVIII ya era conocido en Austria y Baviera. En Bohemia debió de gozar de gran boga antes de 1875, como lo acredita un edicto imperial que lo prohibe, como poco conveniente para la salud de las costumbres. Crabb Robinson hace relación de una danza que vió bailar en Francfort, en 1800, en esta forma: "El hombre coloca las manos graciosamente en los costados de su pareja, no lejos de las axilas; ésta hace lo mismo. Inmediatamente, con la mayor velocidad de que son capaces, se deslizan a lo largo del salón dando vueltas rápidas." Substancialmente, éste es ya el módulo de nuestros días. Parece fuera de duda que en análoga forma era conocido en Germania hacia 1780. Vicente Martín, el músico español que por aquella época escribía para el teatro Imperial de Viena, incluye al final del segundo acto de su ópera "Una cosa rara" un vals que es bailado por dos parejas. (Esta obra había de merecer los honores de que Mozart hiciera una cita musical de ella en su "Don Juan".) De 1795 a 1800 se editan numerosas tandas de valses con la denominación tudesca de Waltzer.

Parece y es claro que la forma actual del baile y la música provienen de Alemania; al hablar de sus primeros cultivadores vieneses, lo veremos aún más claro. Pero en lo que atañe al hontanar de donde mana, franceses y alemanes aducen razones recabándolo para sí. Estos quieren derivarlo de formas de danzas populares del siglo XV y XVI, de los campesinos "landler", de la "Spring-tanz" (danza saltada), que se asemeja a la "volta" francesa, de la que en breve me ocuparé, y, sobre todo, de la noble y pausada "alemanda", de la que el canónigo de Langres Thoinot-Arbebeau, en su "Orchesographie, Dou Traité en forme de dialogues par lequel toutes les personnes peuvent apprendre et facilement practiquer l'honneste exercice des dances", publicado en 1589, hace la siguiente descripción: "Podréis danzarla en compañía, puesto que teniendo una señorita cogida por la mano, otros varios podrán colocarse detrás de vosotros y bailar todos en conjunto avanzando, retrocediendo ("retrogradant") por medida binaria tres pasos avante y una "grueue" (antiguo paso de danza, ya bailado en Grecia, en los primeros días de la primavera, que consistía en unas rondas, que terminaban por una especie de farándula, en torno de una pareja), o pie al aire sin salto, y en algunos momentos por un paso y una "grueue" o pie en el aire; y cuando hayáis caminado hasta el extremo de la sala, podréis danzar dando vueltas sin dejar a vuestra "demoiselle". Los otros danzarines que os siguen harán lo mismo cuando se hallen al dicho extremo de la sala... Cuando venga la tercera parte, la danzaréis por la misma medida binaria más ligera y breve y por los mismos pasos, ayudándoos con pequeños saltitos, como en la "courante". Puede verse por la descripción del canónigo de Langres, aunque en el siglo XVII el ritmo de la danza evolucione del binario al ternario, y aunque, según Magny, tratadista del siglo XVIII, en algunos pueblos de Alemania se hubiera conservado una especie de alemanda en ritmo de 6|8 o 3|4, que es exactamente el del moderno vals, que no permite suponer de que aquella forma de danza pausada, apenas sin vueltas, surgiera la que había de causar furor durante toda la pasada centuria, el "paso de carga del amor", como le llamó Murger: "Pas de charge de l'amour".

A partir de Castil Blaze, incluyendo las autorizadas opiniones de Fetis y del filólogo Littré, los franceses reclaman la paternidad del vals, para quien buscan como progenitor una danza provenzal del siglo XIII: la "volta", de la que uno de los poetas de la pléyade narra su nacimiento en un volumen que se acoge a este mismo título, con el entusiasmo generoso que los poetas sólo conocen. "Los seres primitivos nacieron hermafroditas; Júpiter, espantado de su forma monstruosa, los separó. Así desdoblados, el hombre y la mujer hubieran perecido; pero Venus, madre del Amor, llena de piedad por ellos, les enseñó a bailar la "volta", que de nuevo reunía a los dos seres."

De cómo fué esta forma de danza, quédese para otro día, ya que en estas primeras vueltas de vals, hemos empleado todo el tiempo de hoy.

El XXV aniversario

(Cuento moral)

Por A. R. Bonnat

Los esposos Bartel—Agata y Dionisio—tenían pensado festejar dignamente el vigésimo quinto aniversario de su boda. El suceso de su enlace había sido para ellos de demasiada importancia para que no tuvieran que recordarlo continuamente y aun habiendo pasado tan largo espacio de tiempo. Además, veinticinco años de aguantarse el uno al otro bien merecía una recompensa.

—Si te parece—dijo Bartel,—celebraremos bien el día. Iremos a la fonda y al teatro.

—Como quieras; en tal solemnidad, como en los momentos decisivos de la vida, el que manda eres tú.

—Gracias por la autoridad de que me revistes; pero el comer y el ver una función no es de tanta trascendencia.

—Pero el cumplir veinticinco años de unión matrimonial, sí.

Quedó acordado el plan conmemorativo, no sin que ambos cónyuges mostraran interiormente su extrañeza de haberse puesto de acuerdo tan pronto, ya que, por regla general, no solían estarlo ni para apreciar la temperatura.

Bartel quiso hacer dignamente las cosas y preparó un programa atrayente, en el que figuraba alimento para la materia y recreo para el espíritu.

—Agata, hoy es día solemne en nuestra existencia.

—Ciertamente que lo es, Dionisio. Quiera Dios que marque el comienzo de otros veinticinco años de felicidad.

Bartel se encogió ligeramente de hombros, como diciendo: "¡A cualquier cosa llaman chocolate las patronas y felicidad las mujeres! ¿Hacia dónde vivirá esa señora?"

Cuando la señora Bartel anunció su propósito de ir a vestirse el traje de calle, surgió una pequeña nube en el cielo limpio de la conmemoración. La señora Bartel estimaba que debía ostentar un aparatoso vestido claro, llamativo, que tenía en su guardarropa, muy a propósito para tal solemnidad, mientras que el marido se aferraba a la idea de que algo serio y obscurito iría mejor con la edad y condiciones de los festejantes. Hubo un ligero escarceo, un cambio de frases que tiraban a mortificar, y el matrimonio Bartel salió a la calle llevando ella el llamativo traje que se había propuesto. El había transigido por no amargar la solemnidad por tan trivial asunto.

Lo malo fué en el momento de escoger el menú del almuerzo, pues los esposos Bartel—Agata y Dionisio—no conseguían ponerse de acuerdo. Ella opinaba que todo debían ser salsas, para dar mayor importancia a la comida, y él se inclinaba hacia los fritos. Si no llega a ser por la presencia del camarero, que solemne asistía a la discusión, el festejo termina allí mismo. Afortunadamente, se impuso el buen sentido, y la comida terminó sin incidente de mayor importancia.

—Paseemos un poco.

—¡Sólo se te ocurren idioteces! No creo que el cansarse sea una diversión para nadie.

—Es higiénico.

—No hemos venido a hacer higiene, sino a festejarnos, y si nos rendimos, al llegar al teatro nos dormiremos en la butaca y no disfrutaremos de la función.

Hubo otra discusión, esta vez algo más violenta, y cuando llegaron al teatro iban los Bartel en forma de enemigos. Una vez allí, también encontró la señora manera de protestar. Aquella obra era una tontería. Ella hubiera querido una comedia clásica, un drama sensible y tierno que la hubiera hecho llorar, algo grande y sonado; pero no trivialidades como las que estaban presenciando. Con este motivo, se oyeron frases de gran espectáculo:

—¡Tú qué entiendes de teatro!

—¡Tienes los gustos demasiado plebeyos!

—¡Eres un animal!

—¡Y tú, imbécil!

Cuando los espectadores inmediatos comenzaban a mirar a aquella pareja que de tal modo agriaba el espectáculo, se oyó la voz de Bartel, que decía:

—¡Conque algo sonado que te haga llorar! ¡Pues, toma, llora!

Y, ¡zas!, le largó una bofetada, añadiendo:

—¡Esto es lo más sonado!

Tras el consiguiente escándalo, los esposos Bartel fueron conducidos ante el comisario del distrito, y allí se explicaron. Fué un momento de acaloramiento, porque el matrimonio se llevaba muy bien.

—Ya ve usted, señor comisario; hoy precisamente estamos pasando un gran día, porque celebramos el vigésimo quinto aniversario de nuestro enlace.

El personaje oficial los miró con expresión de extrañeza y dijo:

—¡Pues sí que son ustedes originales! Pueden retirarse, y es de creer que cuando celebren el otro vigésimo quinto aniversario tendrán algo más de formalidad.

Los esposos Bartel se acechan ahora mutuamente para ver cuál de los dos presenta síntomas de reventar antes que el otro, pues cada uno tiene el propósito de celebrar el próximo vigésimo quinto aniversario solo. Es en lo único que están de acuerdo.

EN TU SENDA

No quiero ser en tu senda
La leve sombra que pasa,
Ni el guijarro del camino
Que roce, al pasar, tu planta.

No quiero ser en tu cielo
La estrella errátil y fatua
Que te deslumbre un instante
Con su fantástica llama.

No quiero ser flor de un día
En los jardines de tu alma,
Ni la alondra pasajera
Que se pose en tus ventanas.

Quiero ser ave, armonía,
Brisa, sol, clara fontana
Donde tu vida palpite
Con amor, fe y esperanza.

Ser flor de luz que en tu senda
Sus grandes pétalos abra,
Que al irradiar en tus ojos
Mantenga viva tu lámpara.

EN TU COPA

Quiero mirarme en tus ojos,
Por ti sufrir y reír;
Quiero apurar en tu copa
La alegría del vivir.

Quiero que arrulle mis sueños
Tu voz acariciadora;
Quiero vibrar en tus manos
Como una cuerda sonora.

Quiero sentirme diluída
Con la esencia de tus besos;
Quiero internarme en tu alma,
De amor en locos excesos.

Quiero tenerte tan cerca
Que esté dentro de ti mismo,
Y seas para mis ansias
Rocío, estrella y abismo.

¡Quiero, en fin, que este amor mío,
Puro, grandioso, radiante,
Lo absorbas todo en la copa
De tu corazón amante!

Clarisa Garriola de Diego Arbo

El magnetismo y los tribunales

Ante el tribunal de Bernburg (Alemania), comparecieron hace pocos días un maestro de escuela de una aldea inmediata, llamado Droste, y un "médium" que trabajaba en su compañía, acusados de ocultismo y explotación de poderes sobrenaturales.

En la Audiencia han comparecido ciento treinta testigos, todos los cuales estuvieron conformes en declarar que los encartados en el proceso hallábanse provistos de condiciones excepciones, realmente maravillosas, para descubrir cuanto el resto de los hombres no lograba.

Los profesionales de la ciencia, requeridos por las autoridades para que certificaran sobre el asunto, se han negado a dar una respuesta satisfactoria o adversa sobre el punto en litigio.

El principal procesado, Droste, era maestro de la escuela católica de Bernburg, de la cual fué despedido ignominiosamente cuando la superioridad se enteró de que estudiaba los fenómenos del espiritismo.

Desde ese momento el infeliz ha recorrido un verdadero calvario para conseguir medios de subsistencia. Por fin, en vista de que nadie atendía sus requerimientos, dedicóse, en unión de un trabajador llamado Neumann, que le servía de "médium", a descubrir el paradero de cuanto se perdía o era robado. Merced al poder de la doble vista lograron dar con el paradero de multitud de animales que habían desaparecido de las haciendas de los labradores, y de zapatos, ropa blanca, dinero y joyas que habían sido robados.

En cierta ocasión, Neumann, por medio del maestro Droste, describió minuciosamente la forma en que se había cometido un robo y las señas de los autores del mismo.

En otras, los dos operadores llegaron a facilitar a las autoridades los nombres de los autores de los delitos y los lugares en que habían ocultado el producto de sus rapiñas.

En 1922, Droste y Neumann fueron solicitados por la policía para que ayudara a resolver un caso grave de asesinato, que estaba envuelto en el misterio, en Madgeburg, donde un obrero había sido muerto a consecuencia de haberle machacado la cabeza con una enorme llave. Para facilitar la investigación, los agentes de la autoridad entregaron al "médium" un manojo de llaves, y, después de examinarlas, aquél designó la que había servido en la perpetración del crimen. Acto continuo describió todos los detalles del hecho, manifestando que había sido cometido en Duisburg en el momento en que la víctima se hallaba sentada en un banco y vistiendo ropas que designó. Inmediatamente se envió un agente de policía a Duisburg y consiguió detener a los autores del crimen.

El mundo del porvenir

Por H. G. Wells

Pertenezco a la pequeña pero creciente minoría de los que creen que el hombre ha llegado a tal nivel de conocimiento y de potencia, que puede y pronto querrá poner freno al monstruo de la evolución libre que desvasta actualmente al mundo. Creemos que la sociedad humana puede y debe reconstruirse deliberadamente, con mayor audacia, con mayor preparación y con intenciones más definidas, en una escala que esté en proporción con la grandeza del moderno mecanismo, y en una medida que le permita preveer y disciplinar lo que al presente constituyen las fuerzas incalculables de la evolución. Y nuestra fe consiste en que la manera de conducir esta expansión de vida y esa concesión de oportunidades está en las universidades y en las escuelas, por medio de la educación universal de toda la población del mundo y por medio de un tenaz y universal proceso intelectual que mantenga la relación de paz con las necesidades de la evolución. Todos somos socialistas, demócratas, en cuanto lo consideramos en general como el mantenimiento del orden y de la ley, para asegurar las necesidades comunes, por el desarrollo de la explotación de las riquezas naturales y la producción y la distribución de las principales necesidades para beneficio universal y no particular, y para provisión de los servicios de instrucción y salubridad en bien de todos: pero todos somos igualmente aristócratas individualistas en cuanto exigimos la libertad mundial del movimiento para todos, la libertad absoluta de la propia individualidad, la absoluta libertad de eleccion para todo espíritu innovador y creador y para todo el que pueda llegar a crear y a innovar. Consideramos la única ruta para alcanzar la vida que deseamos, el desarrollo inmenso y la reorganización de toda clase de investigaciones y de todo el sistema educativo del mundo.

Podría servir de ejemplo, para lo que vemos, un grosero parangón de cosas mecánicas y de cosas mentales. En los últimos siglos los medios de transporte se han desarrollado desde la diligencia y el buque de vela hasta el automóvil, el tren expreso, el gran paquebote de ultramar y el aeroplano; la rapidez se ha aumentado en más de diez veces con un aumento correspondiente de la seguridad, de la variedad y de la comodidad. Nuestra potencia mecánica y nuestra productividad han crecido aún en mayor medida. Hubo también un adelanto notable en la educación, pero no se puede comparar con el progreso de la mecánica. La gente del pueblo recibe ahora instrucción más amplia; ciertos elementos educativos se han difundido; la lectura y la escritura son ya generales; pero la educación completa del hombre no es mayor ni mejor que la de doscientos años atrás, y la educación no se ha extendido como los ferrocarriles y las fábricas, desde los países atlánticos sobre toda la tierra.

Creemos que estamos en el nivel más bajo del impulso educativo en el nivel correspondiente a la situación de la mecánica de hace un siglo. Ese impulso redistribuyó la población del mundo, creó nuevas ciudades, alteró la construcción y la situación de todo centro humano, estableció nuevos sistemas suburbanos y revolucionó el aspecto visible de la vida. El nuevo impulso va a reconstruir el desordenado y confuso andamiaje de la vida mental moderna, va a crear nuevos núcleos mentales en todas partes, resumiendo el conjunto de los suburbios intelectuales en centros más poderosos y productivos. No creo que aparte los niños que concurren hoy a las escuelas, puedan encontrarse en Europa y América más del uno por ciento de habitantes que pueden calificarse como trabajadores intelectuales; pero creemos que llegará el día en que pueda emplearse una persona de cada ocho o de cada cinco en obras de o carácter principalmente intelectuales; tales como estudios especialistas, enseñanzas, investigaciones científicas, producciones artísticas y literarias. Llegará día en que haya en cada aldea una escuela, un salón de lectura, un teatro, acompañado estrechamente con el servicio de salubridad y diversiones públicas; habrá un centro arquitectónico y un grupo de construcciones centrales de las que dependen los hogares. En cada ciudad habrá escuelas de distrito y colegios de estudios elevados, talleres artísticos, teatros, laboratorios. Cada ciudad importante tendrá su universidad como expresión principal de su rango y como coronación de su prestigio. La vida industrial y agrícola del país estará estrechamente ligada con las investigaciones técnica de los colegios, que serán los centros de información y de dirección de sus trabajos. No serán ya secretos y privados los procedimientos del sistema económico y financiero, ni el sistema de conspiración de la competencia comercial, pues que obrarán en acuerdo íntimo con la vida general y científica del país; el banquero será un profesor de economía y el maestro herrero un metalúrgico.

Este es el orden que deseamos para el mundo y que prevemos en nuestra esperanza. Este es el mundo que ha de reemplazar al mundo de mentiras, hipocresías, desórdenes y confusiones en que vivimos.

La pobreza de Wagner

En sus negros días de miseria, el insigne Wagner se vió siempre auxiliado por Listz, su amigo del alma. La víspera del estreno de "Lohengrin", en Weimar, Wagner no contaba ni siquiera con los medios necesarios para hacer copiar la partitura. Pobre, desterrado de su país, estándolo también de su propia obra. Sus cartas acababan siempre con una demanda de dinero.

"Una palabra más..., [illegible]. Para fines de mes no tendré un céntimo..."

Y Listz le enviaba todo lo necesario, proveyéndolo a veces hasta de lo superfluo.

"A costa de Listz—escribía a uno de sus amigos—he visitado este año las risueñas islas del Lago Mayor."

Sus gastos eran suntuosos como su genio.

—Es preciso—decía—que mis gastos sean tales si he de realizar está obra dolorosa y difícil: un mundo que no existe.

SUEÑO

Caída sobre el pecho la cabeza
estoy, por el dolor que me acomete,
como un niño que enferma de tristeza
soñando con la gloria de un juguete.

Como un niño que llora, porque aspira
a un juguete esperado tarde a tarde,
y no puede creer en la mentira
de que todo el que llora es un cobarde.

Como un niño que bebe su tristura
diluída en una lágrima salobre,
pues comprende la humana desventura
de haber nacido demasiado pobre.

...Yo te aguardo, mujer, entristecido
por el torvo dolor que me acomete.
Te sueño como un niño desvalido
que está en la espera del primer juguete.

EDUARDO O. ZAPIOLA.

EL POBRECITO

Por S. y J. Alvarez Quintero

Los tíos de José Luis siempre le estaban predicando lo mismo.

—Doña Lupe es el mejor partido de Alminares; doña Lupe es la mujer que a ti te conviene. Déjate de chiquillas, que empiezan por no saber lo que es el gobierno de una casa.

José Luis torcía el gesto. Los tíos argüían:

—Casarse no es correr una "juerga" de esas que tú corres. Hora es ya de que sientes un poco la cabeza y busques una mujer de aplomo, de experiencia del mundo, y que, por añadidura, no vaya desnuda, como se dice.

José Luis, que no tenía pelo de tonto, se rascaba una oreja y se alegraba de que doña Lupe, cuya edad era todo un enigma, no fuese desnuda.

—Tú no eres ningún niño, José Luis. Y doña Lupe te quiere, te adora; se embelesa mirándote. Además, es una verdadera proporción: tiene su dinerito bien guardado. Y como figura, no dirás; que se lleva de calle a los hombres.

La mano de José Luis pasaba de la oreja a la coronilla.

Su tío, hombre dado a poner ejemplos, le había repetido mil veces:

—Convéncete, José Luis; entre doña Lupe y esa mocosa de la calle Larga, que te ha sorbido el seso, y que no tiene más que el día y la noche, como tú, hay la misma diferencia que hay de un duro a dos cuartos. ¡Casi nada! ¡De un duro a dos cuartos!

Tanto dijeron, que José Luis más bien por complacer a sus tíos, que por propio convencimiento, se puso un día de tiros largos y decidió ir a saludar a doña Lupe. Quería verla de cerca; quería observar si, en efecto, valía la pena de liarse la manta a la cabeza y de venderle el alma al diablo. Quería también cerciorarse si doña Lupe era mujer de tanto salero y garabato como pregonaban sus tíos, o era sencillamente lo que se llama una "vieja marchosa", como él barruntaba y temía.

En el primer caso—pensó él,—¡pecho al agua! ¡Qué diantre! Así como así, no tenía oficio ni beneficio, ni maldita afición al trabajo, ni una peseta ni por donde viniese. El porvenir, a sus treinta años, no se le ofrecía de color de rosa.

Camino ya de la casa de doña Lupe, decía para su capote, animándose al paso que iba a dar:

—¡Vamos ayá... y a ve lo que sale! ¡Pue que sea esa señora como esas medisinas, que hay que serrá los ojos pa tomárselas pero que luego sientan bien!

Para ir donde iba no tenía ninguna necesidad de pasar por la calle Larga; pero ello es que pasó. ¿Por qué pasó? ¿Porque lo viera alguien tan peripuesto? ¿Por azar? ¿Porque sus pasos lo llevaban sin que él lo advirtiese? ¿Porque en ellos mandaban sus sentimientos?... El hecho es que pasó.

Sentada a la puerta de su casa—¡casualidad como ella!—estaba la "otra", la mocita, la que no valía más que dos cuartos, en opinión de los tíos de José Luis. Era una morenita pálida, que parecía florecer por la boca. Al advertir la presencia de José Luis sonrió complacida, y la flor roja de sus labios esparció sus colores por toda la cara.

José Luis, ¿qué había de hacer? ¿Cómo no detenerse ante ella? Era imposible, aún contando con Santa Rita. Y se detuvo. Y no declaró a qué casa se encaminaba. Y trabaron palique. Ella le sacó una silla y él se sentó a su lado. La charla pasó de liviana cháchara a conversación interesante y sabrosa. Y se puso el sol y casó la luna... y vió a José Luis pegado a la ventana de la mocita.

Cuando volvió a la casa de sus tíos, éstos ya estaban acostados. No hablaron, pues, aquella noche.

A la mañana siguiente fueron los dos a la habitación del sobrino, deseosos de conocer el resultado de la entrevista con doña Lupe, y antes de entrar, oyeron a José Luis que cantaba con gracia:

"Una vieja vale un duro
y una muchacha dos cuartos;
yo, como soy pobrecito,
me voy a lo más barato."

El tío se echó a reír y pensó en otro ejemplo. La tía suspiró y compadeció a doña Lupe, que, esperando la visita del galán, se había pasado la tarde anterior llena de lazos y perifollos, como conejo en rifa.



PERIODISMO



Señor Jorge Mitre, director de nuestro colega "La Nación", prestigioso órgano de la prensa nacional, que acaba de cumplir el quincuagésimo sexto aniversario de existencia periodística. Con tan fausto motivo, el viejo diario de la calle San Martín ha recibido numerosas demostraciones de simpatía y afecto, a las que FRAY MOCHO se adhiere exteriorizando sus mejores augurios en favor del mencionado colega.

VISITA AL BARRIO DIPUTADO ALVEAR



El ministro del Interior, doctor José P. Tamborini acompañado de los miembros de la Comisión Nacional de Casas Baratas, durante la visita efectuada a los edificios económicos construidos por esta institución en el barrio Diputado Alvear.

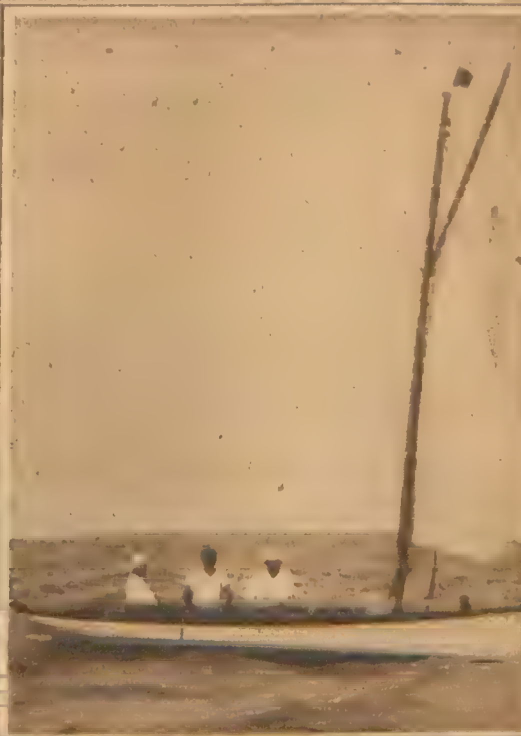


El grupo de casas baratas, recientemente terminadas, en las calles Juan B. Alberdi y Olivera, del barrio Alvear, que en breve serán inauguradas.

REGATAS PARA DAMAS EN EL CLUB NAUTICO BUCHARDO



La largada de los yates que intervinieron en el premio "Reyes" y que fueron timoneados por damas. Ganó la prueba el "Aguará", piloteado por la señora M. de Piotti, a la que acompañaron, en calidad de tripulantes, los señores Esteban Bogero y Humberto Piotti.



El "Aguará", embarcación que se adjudicó el premio "Reyes", donado por el señor José Reyes.

RETRATOS DE ACTUALIDAD



TEATROS

BANQUETE

AVIACIÓN

DE RUFINO

Monumento a la señorita

Maestras normales egresadas, en 1925, de la Escuela Normal núm. 5, 4.° año B



De izquierda a derecha. Sentadas, primera fila: C. Fradkin, F. Stabile, F. Dubin, A. Ruiz, A. Bogliolo; segunda fila: M. L. Martini, A. Solari, E. Bastiani, V. P[illegible] D. O. Piñeyro, C. Garbarino. De pie: D. Graña, M. A. Sapio, J. Monterrosso, M. Cejas, A. Scagitone, J. Hansen, A. Pedraita, E. Yanicolli, E. Toribio Hortal, N. [illegible] [illegible] Barone, M. Apalategui, M. Fasati, E. Raffetti.

BIBLIOGRAFIA



[illegible] Javier Fernández Pesquero, distinguido [illegible]borador de "Fray Mocho" y autor del libro "España ante el concepto americano".

NECROLOGIA



Señor Emilio J. Saporiti, antiguo periodista que perteneció a diversos diarios de la capital y cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado en nuestros círculos intelectuales. [illegible] empeñaba actualmente el puesto de relator del Registro Nacional, para el que fuera nombrado hace [illegible] meses.

De nuestros escenarios



Leopoldo Simari.— (Caricatura de Sanguinetti)

EL ARTE COMERCIAL



Aspecto de una de las vidrieras de "La Diamela [illegible]

BAJO EL REPIQUETEO DE LOS MORSES



[illegible]

[illegible] ...ración, de tarea; por ellos [illegible] ...gocio que se espera. El telégrafo es [illegible] ferrocarril, [illegible] ...ajan nuestras ideas.

Muchas veces hablamos durante lo [illegible] en esos hilos, que bajan y suben de poste a poste, pero no conocíamos el mecanismo de los transmisores ni la clave que a golpe y punto, va dejando [illegible] papeles de la fórmula, el pensamiento que viene desde la distancia.

Por eso hoy hemos querido penetrar el secreto y gracias a la amabilidad de los altos empleados del Ferrocarril Sud, señores H. Roldán y R. González, hemos podido [illegible] ...tral de Constitución, donde las veinticuatro horas repiquetean los morses. Todo allí es método, disciplina [illegible] técnica. El telégrafo, no es ya el



El encargado León al lado del aparato que registra el estado de las líneas.

[illegible] ...presión, y el debe responder [illegible] ...llegar tarde, porque el telégrafo es eso, el minuto substa... ...ido en la parquedad de la palabra.

[illegible] ...rril Sud es, sin duda alguna, uno de los más cuidados. Los despachos entregados en sus oficinas, ya sean las más centrales o más distantes, están asegurados por esos empleados que en esta noche hemos visto adosados a las mesas, [illegible]. Empleados meritísimos, que se han acunado, puede decirse, bajo la gangosa voz entrecortada de los morses y que tienen cariño por sus cargos—verdaderos puestos técnicos,—están allí dirigiendo el servicio. H. Roldán y R. González, han mantenido siempre el prestigio que no en balde ha ganado para sí el Ferrocarril Sud, en más de veinte años de trabajo, secundados por un personal celoso de su obligación y que sabe muy bien que por su oído—por este oído celular de Constitución—han de pasar todos los secretos de la provincia de Buenos Aires.

Alberto CASAL CASTEL.



A [illegible] palabras por minuto, recibiendo la información periodística que, horas después, estará bajo la mirada del lector.



Un grupo de telegrafistas de turno.

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Ida Moschini y el señor Esteban Olivieri después de su enlace



Señorita Aurelia A. Lebrón cuyo compromi matrimonial con el señor Victor Wouter formalizado recientement



Enlace de la señorita [illegible]



La señorita Velia Cámera y el señor José García, recientemente desposados.



ROSARIO.—La señorita Emma Marzocchi y el señor Alberto Mahon, después de la bendición de su matrimonio



La señorita Ida Pagnaco y el señor Gerardo Ba mamente desposado



Enlace de la señorita María Inés Beustain con el doctor Angel Daniel Cardozo. — Los contrayentes, acompañados de los padrinos, después de efectuado el acto religioso.



CAPITAL FEDERAL.— La señorita Isabel Pen Ippolito, que en breve contraerá matrimonio con el señor J. Cambriglia

FOOTBALL. — ASOCIACION ARGENTINA v. AMATEURS





[illegible] representantes de la Asociación Argentina y de Amateurs [illegible]



[illegible] aspecto de la compacta muchedumbre que ocupaba la tribuna oficial mientras se realizaba el partido.



[illegible] arquero de Amateurs, [illegible] tiro de Cerrotti.



Equipo de Amateurs, vencido en el sensacional encuentro.



El audaz asalto a la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires, en San Martín





[illegible]



Sitio en que fué herido de dos balazos el empleado señor Héctor E. Gorrini.



El gerente del establecimiento, señor Antonio A. Ferraris, comunicándose, telefónicamente, con la policía.



Lugar donde cayó muerto, por un balazo en la nuca, el auxiliar señor Rafael Ruiz. En el centro del piso puede advertirse un charco de sangre.



Una de las ventanillas del banco, por donde se treparon los delincuentes al interior de las oficinas.



Público congregado frente al edificio ocupado por la sucursal del Banco de la Provincia, poco después del asalto llevado a su caja, de la cual robaron los malhechores la suma de 64.000 pesos.



Cadáver yacente del infortunado auxiliar señor Rafael Ruiz, cobardemente asesinado por los asaltantes. — La muerte de este empleado ha impresionado dolorosamente a la opinión pública.



Chauffeur cuyo coche fué utilizado por la policía para seguir una pista que resultó falsa.



El señor Héctor E. Gorrini, en su lecho del hospital de San M... Este empleado resultó herido de dos balazos en la regi...

Nota gráfica de ...

NOTAS MARPLATENSES



Susanita y Silvita Sarmiento Laspiur



Señorita Blanca Gallardo y señor Fermín Estrella Gutiérrez



Disfrutando del fresco ambiente

Señorita Ana Victoria Figueroa

Un reposo sobre la mullida arena



Señorita Ceci [illegible]



Dialéctica convincente



Señorita Celia [illegible]



En el Ocean Club. — Una mesa donde se toma el copetín y se habla de política y de carreras. Sus ocupantes pertenecen a la guardia vieja y están representados por varios siglos de existencia



Una pose interesante



Señoras de Stura y de Durante y señor Nessi



—Vea, doctor, acuérdese de lo que le digo: la piscina va a dar el mismo resultado que la que se instaló hace años. Se van a morir los peces... que no reciben la renta de la ruleta



Don Benito Villanueva con un grupo de gente conocida



Vista parcial de los concurrentes al almuerzo ofrecido, en el Golf Club, por don Fermín Moyano, en honor de varios caballeros



Una interesante reunión en el Ocean Club.



La cabecera de la mesa, durante el banquete servido en el Golf Club, en honor de los marinos del crucero alemán "Berlín"

La página humorística



UN SIBARITA.—¿Y a qué va usted a París?
—A estar quince días siendo extranjero. Yo nunca lo he sido, y no me quiero morir sin darme ese gusto.



—Te juro que la culpa la ha tenido el agua.
—¿...?
—Sí..., el agua que caía a cántaros. Y he tenido que meterme en un bar.



LA TRIPLE INCOGNITA.—¡Vamos, hombre! Con esa cara y ese tipo, ¿dónde la van a contratar?
—¡Toma! ¡Pues en todas las emisoras radiotelefónicas y en todas las casas que impresionan discos de gramófono!



COMPRANDO EL TERMÓMETRO.—¿No tiene usted otro que esté un poquito menos lleno que éste, a ver si no marca tanto calor?



—Si no bebieses, ya serías cabo.
—Es que cuando bebo, mi capitán, se me figura que soy coronel.



NOCTURNO.—¡Con lo que a mí me gusta la música, y ser sordo en absoluto!



DELICADEZA.—¡A mí no me hables!... ¡Ayer fué mi día, Santa Bárbara, y no fuiste para hacerme ni el más modesto presente!
—¡Mi vida! ¡Si es que no quise recordarte que te llamas así!



CONSEJOS SANOS.—¡Señor, una limosnita, que hace tres días que no como!
—Sí, ¿eh? ¡Pues ándele usted con bromitas al estómago!



¿No te gustaría ser la mujer de un millonario?
Me gustaría más ser la viuda



—¿Ustedes también tienen hijos?
—No. El cielo ha bendecido nuestra unión.



—Entonces, ¿la mujer con barba es tu mamá?
—No, señor; es mi papá.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



[illegible] carrera de un beso'' que la Fox Film distribuye desde [illegible]



[illegible] producción ''Por sobre toda ley'' (espiritismo y magia), que, interpretada por Mia May y [illegible] ocer Max Glucks [illegible]



La bonita estrella de [illegible] llamy, en su casa de H[illegible] tareas [illegible]



[illegible]is Stone y Helene Chadwick, en una escena de ''¿Por qué los hombres abandonan [illegible]'' [illegible]meladrama que distribuye la Corporación desde el sábado de la semana anterior.



Ethel Shannon, David Butler y George Siedmann en una escena de ''El expreso fantasma'', film que la General exhibe desde el domingo pasado.



[illegible]ena de ''La vida por un hombre'', notable producción Vitagraph, interpretada por [illegible]th Harlan, Helene Costello, Eulalie Jensen, [illegible] Graves y Cathleen Calhoun, que la New York Film exhibe desde el último sábado



Un pasaje del cinedrama ''Cuesta menos casarse'', con Marguerite de la Motte, Conrad Nagel y Lewis Stone como protagonistas que Max Glucksmann estrenó anteayer

La transmisión del mando en la provincia de Corrientes



Señor Federico Fernández Serrano, designado ministro de Hacienda.



Doctor Benjamín E. González, nuevo gobernador de la provincia de Corrientes en su despacho de la casa de gobierno.



Doctor Felipe Sonari, nombrado para desempeñar el ministerio de Gobierno.



El nuevo mandatario prestando el juramento de práctica, en el salón de actos de la casa de gobierno



El gobernador leyendo su mensaje en la legislatura provincial



Sr. Eduardo Lujambio, secretario particular del gobernador.



Distinguidas familias de la sociedad correntina, que asistieron al acto de la transmisión del mando



"El chalet" casa habitación del gobernador, en Corrientes.

Fots. Elena Ingimber

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE





[illegible]



...de la revista "Al Plaza, chauffeur", recientemente estrenada con gran éxito en el teatro Plaza por la compañía "Jenaro Boites Parisienne".



Un aspecto del cómodo teatro Plaza, instalado al aire libre, durante el estreno de la obra "Al Plaza, chauffeur".





Duodécimo gran pic nic anual realizado por el Instituto de Tráfico del F. C. C. A., en el monte Villa Constitución. — A la izquierda: la comisión directiva, formada por los señores S. A. Oliva (x), presidente; E. Martino (sociales); E. Scatina (director del Boletín Oficial); A. Borzone (sports) y demás miembros. A la derecha: la máquina N.º 805 y el personal de la misma, integrados por los señores F. L. Fegan, inspector; Juan Taiverna, maquinista; y Luis Aresi, fogonero, que condujo el convoy al lugar de la fiesta.



El footballer Luis Indaco (x), al lado de su futura esposa y rodeado de los hinchas de Rosario Central.



Una instantánea del animado baile que se llevó a efecto bajo la sombra del bosque.

Fots. Flores Toledo

LA PAGINA DE LOS CAMPEONES. Algunos de los ganadores de los concursos realizados en Estados Unidos, durante 1925















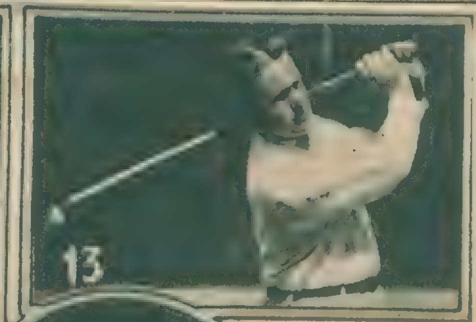














1. A[illegible] Riggs, [illegible] de la A[illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] de la [illegible] [illegible] 10 [illegible] de [illegible] y [illegible] en la [illegible] [illegible] — 2. [illegible] W[illegible] [illegible] Atletic Club, de Ilinois. Ganador de [illegible] de natación de 100, 400 y 800 yardas, en Seatle, W[illegible] — 3. Francis Allen, de Chicago. Vencedor del concurso [illegible]ional de patín, en Lake Placid, Nueva York, con un score de [illegible]20 puntos, y en el concurso internacional, obtuvo 100 puntos — 4. Ethel Mc Gary, miembro de la Asociación Femenina de Natación de Nueva York. Ganadora en las 800 yardas y una milla, segunda en la de 440 yardas internacional y vencedora en el campeon[illegible] de distancia realizado en Long Beach. — 5. Harold Osborne, de Club Atlético de Ilinois, vencedor en el decathlon nacional en el campeonato de San Francisco (California). — 6. Flenna Collet, ganadora del campeonato norteamericano femenino de golf. También venció en el campeonato femenino francés. — 7. Peter de Paolo, campeón nacional de velocidad en automóvil — 8. Mrs. L. M. Schoon-Maker, ganadora del campeonato femenino de floreta — 9. William T. Tilden, 2.º ganador del campeonato de tennis, durante se[illegible] [illegible]nos sucesivos, estableciendo un récord en Estados Unidos. Vencedor de do[illegible] matches en la Copa Davis que Norte América ganó a Francia de [illegible] — 10. Baby Beetlegger, conducido por C. S. Bragg, del Columbia Yacht Club Ganó la Copa de Oro en la 23.ª carrera anual de Port Wáshington. Ganó [illegible] Dodge Memorial Trophy, con 46.43 millas por hora en la primera y 47.45 en la [illegible]unda prueba. — 11. Helen Wills, ganadora del campeonato nacional femenino de tennis, durante tres años consecutivos. Con Mary Browner ganó el campeonato de dobles. — 12. Willie Mac Farlane, ganador del campeonato abierto de golf profesional, en el Quaker Ridge Club de New Rochelle (Nueva York). — 13. Robert T. Jones, vencedor del campeonato de aficionados de golf. — 14. Mickey Walker campeón de box de peso welter, venciendo a Mc Tigue Colima, Shade y Friedman.

DE CACHEUTA



[illegible]



[illegible] de Berisso, Nadal y Maxwell



[illegible] Julio Poliacoff y señora.



[illegible] lino Ugarte.



[illegible]



Señor Julio Poliacoff



[illegible]



[illegible] ñores Pereyra Iraola e Imaz.



Una vista [illegible] termas de Cacheuta



El doctor Pinedo saliendo del baño

PAGINA INFANTIL



CUADROS VASCOS

El julepe de doña "Lusiana"

Por M. ARANÁZ CASTELLANOS

Al dorso de la puerta de entrada hay un letrero que dice: "En esta casa, una de dos: o no hablar nada o hablar de Dios." El letrero es en esmalte y muy grande.

Las siete de la tarde, acaso minutos más. Una tras otra, sacudiéndose nerviosamente al entrar en el recibidor de doña *Lusiana*, porque traen las mantillas y sus vestimentas negras, a pesar del paraguas, caladas por el *sirimiri* que desde el amanecer está cayendo, todas las buenas amigas de la dueña, *resién resaditas* en San *Visente*, donde hace ya ocho días hay un cura superior *pa* el Rosario, saludan en igual devotísimo tono. Lo mismo que si fuese aquello una prolongación del templo.

Las tertulianas van pasando al comedor. Del gran aparato eléctrico que pende sobre la mesa, y en el cual pueden calcularse, al simple golpe de vista, una docena de bombillas, solamente está encendida la del centro, una de *dies velas*, como dice doña *Lusiana*, pues el iluminarlas todas supondría un fantástico derroche. Hay que *economisar*. También para evitar que el tapete de rojo peluche se estropee, un tapete que costó treinta duros *donde* Gastón y Daniela, y que es una de las prendas más preciadas de la casa, se han tomado oportunas medidas. Una de las mantas de la cama de doña *Lusiana*, de tejido muy recio y algún tanto obscurecida por el uso, cubre el tapete tan valioso, contrastando por su modestia con los dorados y los colorines del citado aparato eléctrico.

Una baraja, con la que se juega allí desde tiempo inmemorial, y que se compró de segunda mano a un mozo de la Sociedad Bilbaína, pues resultan más baratas y las dejan los tresillistas igual que *nuevesitas*, figura en el centro de la mesa. A sus lados, en dos platos de postre, que tampoco son los mejores ni más elegantes que doña *Lusiana* tiene, porque ya en una ocasión ocurrió que dos de las jugadoras se los tiraron a la cabeza, están las fichas. Son un par de cientos de alubias, de las rojas y de las otras, que, después de bien sobadas en lo que resta del invierno, se comerán el día que doña *Lusiana* tenga algún convidado y ponga tres *cosidos*.

—¿Ya me *daráis* antes un vaso de agua lisa...?—pregunta doña Eulogia al sentarse y hacerse cargo de la baraja.

—¿No quieres con *bolao*...?—dice doña *Lusiana*, temiendo al hacer la pregunta que su amigota acepte el ofrecimiento del azucarillo.

—No, chica, lisa prefiero—replica doña Eulogia.—Bastante gasto te *hasemos* ya.

Repartidas las cartas, repartidas también las alubias, cada una de las cuales representa un céntimo, y se conceden a crédito para liquidar una vez terminada la partida, comienza el julepe.

Doña Eulogia, después de hecho el reparto, ha puesto sobre la mesa, porque está muy constipada y lo anda necesitando a cada instante, su *moquero*, un pañuelo que aquella mañana, o el día anterior, debió ser blanco, y que, aunque grandecito, abulta muy poco a fuerza de las humedades y de los apretujones que en él ha ido dejando la interesada. Las otras señoras, a falta de pañuelo o cosa parecida, colocan en la mesa sus rosarios y libros de rezo, el bolsillo de la compra, y, una de ellas, media docena de sardinas arenques, liadas en un papel, que para la cena se ha mercado en la tienda de la esquina.

—¿Ya *empesáis*, eh...?—advierte doña *Lusiana*, refiriéndose a todos aquellos objetos.

—Pues yo no hago por esconder las alubias—se apresura a afirmar una de ellas.

—No, tú ya me sé que no—dice la dueña de la casa.—Pero ya habrá alguna...

Y antes de que doña *Lusiana* termine de hablar, se arma el primer escándalo de la tarde.

—¿Por mí te has dicho, *Lusiana*...? —grita la más joven, levantándose enfurecida y alzando su rosario en son de amenaza.—¿Por mí...?

—¡No, por ti, no!—vocifera otra en igual tono.—¡*Pa* mí es *pa* quien ha sido la *indireta!*

—¡Pues si ha dicho por mí—chilla una que tiene mal juego, tirando las cartas sobre la mesa,—yo *renunsio!*

—¡Que diga, que diga claro antes de *empesar!*—propone la más vieja, en terreno conciliatorio.

—Pues, *calléis* un poco—replica la dueña de la casa, dispuesta a dar explicaciones.—Yo me he dicho eso por sospechas *na* más.

—¿De quién...?—preguntan todas, furiosas.

—De nadie, chicas, de nadie. Pero de las alubias del otro martes, *quinse* justas faltaron.

—¿Cuántas...?

—*Quinse.*

—¿Tres perras chicas...?

—Las mismas que yo perdí—indica doña Laureana.—Alguna de éstas que me quitaría con disimulo.

El escándalo arrecia entonces. Ya no es contra la dueña de la casa, contra la buena doña *Lusiana*, sino contra aquella *desvergonsada* que tan firmemente concreta la acusación.

—¿Por mí *dises*, por mí?—interroga, frenética, la que el otro martes estuvo a la diestra de la acusadora.

—Chica...

—¡*Díte, díte* claro si *dises* por mí! —insiste cada vez más airada la pobre señora tachada de raterismo.

Separadas las contendientes, pues, sin que ninguna de sus amigas haya podido evitarlo, se han agarrado de las mantillas, doña *Lusiana* amenaza con ponerlas a todas de patitas en la calle y dar por finalizados los julepes que en su casa se juegan, si no se *tranquilisan* y *ponen* formales. Hablando entre dientes, naturales y postizos, claro está, y mirándose con odios que parecen africanos, las tertulianas vuelven poco a poco a ocupar sus puestos. Algunas de ellas, las que ya tenían hecha su combinación, protestan de que doña Eulogia baraje nuevamente, pero el buen sentido se impone y todo queda como una balsa.

—¿A cómo habéis *comprao* esta mañana la *merlusa?*—pregunta poco después doña *Lusiana*, para dar un motivo de conversación y enderezar aquello.—A *catorse* perras la librita me han traído a mí.

—Yo, besugo he *tomao* en la misma puerta de casa. Por tres reales me han *dao*.

—¿Después de San Blas, besugo...?

—Pues, *miréis*, el ojo muy bien no tenía, pero durito estaba.

—La *verdá* es que también en el piso de arriba han puesto besugo hoy—dice doña *Lusiana*.—Desde que tienen *atomóvil*, a lo más barato andan. Como *disen* que cuesta tanto esa *bensina*...

Doña Prisca, una esmirriada señora que hasta entonces ha estado muy calladita y como sin prestar atención a nada, toma la palabra. Sus ojillos, mientras habla, miran devotamente el rosario, que lleva arrollado en la mano izquierda.

—A propósito, chicas. ¿Ya habéis oído *desir* por ahí algo de los de arriba...?

—No...

—Pues *ancho ancho* está por Bilbao, que si él tiene o no tiene lío con una *copletista*. A las cuatro y las *sinco* de la mañana se *disen* que vuelve a casa.

—*Verdá* debe ser—confirma doña *Lusiana*.—Un hombre que sube, ya siento yo a esas horas.

—¿No será también un hombre que baja?—pregunta muy lentamente doña Prisca, después de un pequeño silencio.

—¿Pues...?

—Porque también hablan de que si ella tiene algo por el estilo. *Pa* consolar, sin duda.

—¿Una señora con algo en Bilbao...?—protesta indignada doña Eulogia.—No creo. ¡Ni aunque me juréis todas...!

—Pues, de otras también cuentan... Sin ir más lejos...

Y los nombres de muchas señoras, consideradas todas tan honesta, tan respetablemente, tan virtuosamente, que la mayoría de las que escuchan se santiguan asombradas, salen a relucir sobre aquel tapete. Doña Prisca, al ir dejando caer los nombres, muy *inosentemente*, va pasando a compás las cuentas de su rosario, reservando las más gordas, las de los Padrenuestro, para los nombres que mayor estupefacción han de causar.

—La culpa de todo, la *bensina* tiene —asegura doña *Lusiana* en tono silencioso.—Si no habría *atomóviles*, mejor andaría todo.

—¡Julepe, julepe, julepe, a ésta...! interrumpe entonces con gran entusiasmo una de las tertulianas.—¡Anda, a poner *dose* alubias...!

Tercer escándalo de la tarde, también mayúsculo. La que ha perdido sostiene que la puesta que le corresponde no es de doce alubias, sino de nueve, y, convencida de que está en la razón, amenaza con marcharse y no volver a pisar aquella casa, donde van todas a robar. Ni aunque la maten suelta ella tres alubias.

—¡Ladronas, más que ladronas...!

—¡Pues, te pondrás!

—¡Pues, no me pondré!

—¡Pues, sí te pondrás!

—¡A ver, a ver si te doy uno...!

Afortunadamente, los toques de una campana en la parroquia próxima, que llegan a oídos de doña *Lusiana*, dan pretexto a la dueña de la casa para cortar la disputa.

—¡*Calléis*, chicas...! A la *orasión* creo que tocan...

El silencio se hace. Tornando a sentarse todas, tapándose mucho las caras con las mantillas, como si en la iglesia estuvieran, se disponen a rezar. Mientras mascullan sus preces, los ojos, muy avarientos y ansiosos, se les marchan hacia las alubias que hay desparramadas por la mesa. Cuando el juego concluya, cuando la liquidación llegue, va a haber allí, si el cielo no lo remedia, algo muy gordo. Puede que hasta muertes.

—Bueno, Prisca, sigue contándote con detalles—dice doña *Lusiana* al terminar el rezo—eso que te has *empesao* antes. *Parese* mentira la muy hipócrita, la muy pingo...

—Pues, *veráis*...

Y el letrero de la entrada, en esmalte y muy grande, continúa diciendo: "En esta casa, una de dos: o no hablar nada o hablar de Dios."

Los grandes. — Vidas ejemplares.

(Palabras preliminares a la obra en preparación: "Las vidas ejemplares argentinas", con las biografías de cien hombres célebres).

Por José Liebermann

I

Me propongo con esta obra introducir la inquietud eterna en el alma de nuestra juventud.

II

Grandes y luminosos ejemplos necesitan las generaciones de hoy, escépticas del mundo y sin fe en el corazón.

III

Así como "Las Vidas Paralelas", de Plutarco, han sido las luminarias de siglos pasados, esta obra lo será para la juventud de mi tierra.

IV

Llevamos, al nacer, un tesoro que puede conducirnos hacia la cumbre; pero lo despilfarramos lastimosamente.

V

¡No tenemos maestros! ¡Nuestros pasos vacilan en las tinieblas! ¡Tiembla el corazón ante las brumas de lo futuro! ¡Estamos solos!

VI

Nada de dogmas: Sólo ejemplos, esculpidos en la roca de la vida. ¡Buscar la luz!

VII

Recuerda, mi amigo, lo que dijeron: Serás lo que debes ser o no serás nada. ¡Lucha, pues!

VIII

En las páginas de mi libro tendrás ocasión de admirar a los que han triunfado: Tú, si quieres, puedes ser uno de ellos.

IX

Palmo a palmo, amigo mío, se conquista la gloria: Ten tu ideal por delante y marcha.

X

¿Por qué pierdes tu tiempo en el café, charlando de tonterías? ¿No harías mejor leyéndole algún libro a tu hermana o a tu novia?

XI

La felicidad sólo la conquistan los que comprenden lo que es la vida: por esto la mayoría de los hombres son desgraciados.

XII

Por lo mismo, son malos. ¡Son imbéciles!

XIII

¿Quieres ser algo? Recuerda lo que dijo Bjornson: "No son nunca los últimos, sino los primeros, los que marcan la dirección."

XIV

Te recomiendo, especialmente, la biografía de Walt Whitman: será un bálsamo para tu corazón.

XV

En la vida de Nietzsche aprenderás a apreciar el infinito tesoro de la vida y a luchar sin tregua, dejando las lamentaciones para los perdidos.

XVI

La historia de Ameghino te hará ver que todo puedes aprenderlo, si tienes voluntad y amas la vida. Léela y medítala profundamente.

XVII

En la vida de muchos argentinos que hoy viven todavía, sabrás apreciar lo que valen el trabajo y la conciencia de vivir.

XVIII

La cultura de tu personalidad: he aquí la gran finalidad de tu vida.

XIX

Cuídate mucho de no transformarte en autómata, movido por el dinero: afronta dignamente la tormenta de la vida y adora tu libertad.

XX

Eres joven: el mundo espera mucho de tu vida. Debes, ante todo, vivirla, dominar tu ser y no deshacerte ante la amenaza del tiempo como las pompas de jabón en el aire.

XXI

Hay gérmenes en ti: puedes matarlos o hacerlos florecer. Elige. En tu mano está tu porvenir.

XXII

Recuerda siempre las palabras de Goethe: "Todo nuestro secreto consiste en renunciar a nuestra existencia para existir."

XXIII

Oye las frases de Carlyle: "Nuestro primer deber es vencer al miedo: debemos librarnos de él para poder realizar algo en el mundo. Si tememos, nuestras obras serán serviles, no de verdadero y claro resplandor; sí; hasta nuestras ideas serán falsas y pensaremos como miserables esclavos, mientras no logremos poner el miedo bajo nuestras plantas. Podemos y debemos marchar adelante con la serena certeza de que somos llamados y escogidos por los poderes superiores y seguir siempre sin temor."

XXIV

No seas como aquellos, que vayan al azar de los caminos: ¡no despilfarres tu único tesoro!

XXV

¿Encuentras obstáculos, tus enemigos te acorralan? Es tu hora libertaria. ¡Pobres de aquellos que sólo tienen amigos!

XXVI

En la mujer puedes hallar firmeza y fe, cuando la buscas poseído por un verdadero amor y puedes decir con el poeta: "Tú eres la fuerza cuando yo vacilo — Tú eres el sol cuando mi día acaba."

XVII

¿Has leído a Ruskin? Mira lo que dice: "Has nacido para la dicha y el mundo está lleno de cosas que tú puedes gozar, con tal que no tengas demasiado empeño ni demasiada prisa en conseguirlas."

XXVIII

En la lectura de mis biografías aprenderás a vivir la vida: a buscarte. El génesis del triunfo.

XXIX

Somos partículas del gran cosmos y estamos ligados a su evolución. ¿Cómo hemos de ser menos que cualquier plantita insensible?

XXX

Levantaremos el telón y hablarán los argentinos—y también europeos—que he elegido para que te sirvan de modelo. ¡Ojalá aproveches su palabra, para bien de la patria y de la humanidad entera!

LAS DOS VOCES

(Especial para "Fray Mocho")

(Damos hoy el presente trabajo inédito de la joven poetisa uruguaya Alicia Porro Freire, de quien se comenta ahora favorablemente su último libro de versos "Savia Nueva". Trátase de una escritora que se inicia con buen éxito en las letras uruguayas.)

Cruza por tierras duras,
sembrador,
bien cerrada la alforja
de tu amor...

Yo a los campos más grises que encontré,
por el anhelo santo de verlos florecer,
di mi savia mejor
y ellos, felices, con su obscuro sino,
se bebieron aquel cálido vino
y el germen se perdió.

Es inútil querer que tierras duras
abracen las simientes, que espesuras
propicias a los nidos les darán;
no les pesa la vida sin anhelos
y contemplan impávidas los cielos
do cada día se ve un astro más.

Mi alforja está vacía y por los surcos
abiertos paso hoy;
maldigo aquellos días en que sobre mí misma
triunfó mi compasión.
Y oigo la voz del surco y oigo la voz del alma:
— diálogo torturante de dos lenguas de llama —
mas la savia no logra florecer;
pues tengo en mi recuerdo la terrible agonía
de las semillas grávidas que en un infausto día
dejé caer...!

Cruza por tierras duras,
sembrador,
¡bien cerrada la alforja
de tu amor!

Alicia Porro Freire

El sillón del tío

Por J. Fernández Pesquero

I

A sabrosas comidillas y salpimentados comentarios agridulces, se prestó, entre las comadres de Bella Vista, el testamento del buen don Ramón.

Ahí era nada, mientras legaba toda su fortuna y no era pequeña, para construir y mantener un hospital destinado a los pobres del pueblo, a su único pariente, el bonachón de Angel, que más que sobrino había sido con el viejo, hijo solícito y abnegado servidor, le había dejado sólo como pago de su fidelidad, desvelos y sacrificios, el viejo y carcomido sillón de vaqueta y roble macizo en el que el buen anciano había pasado no sólo sus últimos días, sino que también hasta sus noches tormentosas y adoloridas de grave enfermo gotoso.

Cuando después de los suntuosos funerales, celebrados en la antigua y abacial iglesuca de la aldea y del sepelio en el rústico camposanto anexo, se dió sepultura al cadáver del buen patriarca del pueblo, conforme a la expresa y terminante suprema voluntad del finado, en la fresca fosa abierta en la húmeda tierra y entre el hierbazal y flores amarillas que cubrían aquel florido jardín de los muertos, obedeciendo a la imperativa y última orden del difunto, acto seguido, se reunieron en el frío y austero salón de la casona del hidalgo lugareño y ante la congregación de todos los aldeanos, según lo pidió el muerto, todos los albaceas y testamentarios, que lo eran el cura, el alcalde, el juez de paz, el maestro de escuela y el secretario municipal, que haría de secretario a la vez de la nueva junta y de notario, se procedió a abrir el codicilo, un murmullo sordo, murmurador y de sorpresa estalló de los labios de todos los presentes, al conocer el texto injusto para el sobrino. A los albaceas y autoridades, trabajo les costó acallar aquellas manifestaciones de desaprobación, a las que a la verdad sea dicha, tampoco sabían hallar argumentos que atenuaran tamaña injusticia, pues aquellos labriegos si bien reconocían que eran ellos los únicos favorecidos con el valioso legajo, su natural buen corazón les decía también, que ello no era sino a costa del pobre Angel y su mujer, quienes, después de ser en vida los mártires de las ñoñeces y alifafez de aquel anciano, gotoso, inválido y siempre malhumorado, sin explicarse el porqué, también después de su muerte, seguían siendo las víctimas inocentes de aquel desagradecido avinagrado, que además tuvo el inhumano humorismo e ironía sangrienta de burlarse de la miseria de sus únicos parientes a los que, sabiéndolos pobres y desvalidos si él no los socorría, no sólo los despojaba con ese inicuo testamento de la justa recompensa merecida por la abnegación y sacrificio con que lo habían servido en sus últimos años de desamparo e invalidez, sino que además se mofaba de ellos, donándoles, por único tesoro, recompensa y recuerdo, aquel destartalado armatoste viejo y pesado, del vetusto sillón que le hubo servido de lecho del dolor y en el que acababa de entregar su alma a Dios o al diablo y su cuerpo corrompido como abono de cementerio.

Que esta opinión no era una suposición antojadiza lo probaba el mismo texto del testamento dictado por el mismo finado y en el que la burla se diseñaba con caracteres puntualizados de befa y escarnio premeditado el consignarse en estos términos de hipócrita invocación cristiana:

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es mi voluntad, que mi cuerpo vaya a la fosa común y que mi alma la reciba Dios y que todos mis bienes conocidos y sin reserva alguna, se empleen en instalar y sostener en mi misma casona solariega de mis antepasados recibida, un hospital para los pobres de la aldea, mis hermanos en Dios."

"Administrarán este legado, como albaceas testamentarios y cumplidores de mi terminante voluntad expresa, las autoridades locales, bajo su conciencia ante Dios y los hombres, pues este testamento, según he ordenado antes de morir, no será abierto por esas autoridades, sin convocar y estar presentes todos mis conciudadanos de esta mi aldea natal, que son mis legítimos herederos, y para que así ellos impuestos de sus derechos los hagan respetar desde el principio.

"Reservo solamente como legado único para mi sobrino Angel, único pariente directo vivo y el que me ha cuidado, y lo reconozco, como el más cariñoso hijo durante mi vejez y enfermedad, y como premio y como recuerdo para premiarle su abnegación y desinterés, el viejo sillón frailero, de vaqueta, que heredé de mis antepasados, como sacra reliquia, y en el que, como él bien sabe, he pasado los últimos días de mi vida, y le exijo en memoria de esa fidelidad y del gran cariño que le profeso, que por más apuros y penurias que pase ni aun en sus mayores miserias, se deshaga de él, bajo pena de mi eterna maldición desde el cielo, por tamaña desobediencia y deslealtad para con el único recuerdo que le dejo y que él sabe cuanto yo estimé en vida.

"Por otra parte, ordeno que tan presto mis restos sean sepultados y abierto este testamento por mis albaceas y testamentarios, en el mismo día y hora, mi sobrino Angel y su mujer, abandonen esta casa, llevándose sólo como único mueble, el sillón y los útiles y ropas de su personalísima pertenencia, absteniéndose de agregar ni el más pequeño objeto, para que de esa manera, mis albaceas entren en ese mismo momento y sin dilación por disculpa alguna, al usufructo de todos los legados que por el presente testamento, hago a los pobres de mi aldea."

Aquellas enérgicas voluntades resonaron fatídicas, repercutiendo como ecos terroríficos de ultratumba entre los artesonados, ensambladuras y envigados del frío, austero y amplísimo salón, y al terminar esta lectura, el notario, éste, como los presentes no estaban menos turbado y espantados que los aldeanos allí presentes, pues todos, como si obedecieran a un mismo pensamiento, sólo tuvieron miradas piadosas y compasivas para Angel y Mercedes, su mujer, aquella débil y tierna criatura, de diez y ocho años, quienes medrosicos, humildes y cabizbajos, parecían achicarse más sobre las pobres sillas de anea, en que allí arrinconados en el ángulo más obscuro y sombrío del salón, sentados escucharon las sentencia del tío.

Fué el señor cura quien rompió el espanto de los asistentes y con balbuceantes palabras se dió a la ardua tarea de interpretar las rotundas e implacables cláusulas del testamento cruel, ofreciendo a Angel y su pobre mujercita, tan sólo fuera por un mes, mientras ellos se buscaban trabajo y cobijo, el usufructo de la propiedad, simulando el empleo de cuidadores ya que a alguien habría que confiar tal encargo y nadie mejor que ellos dos lo harían con más cariño, esto aparte de que así se suavizaba el despojo que la voluntad del finado les hacía, de lo que en buena conciencia debiósele adjudicar en premio de sus desvelos y la orfandad y miseria en que así venían a quedar de sorpresa.



En nada se perjudicarían los pobres del lugar, ni se contrariaba la voluntad del difunto; y más bien se reparaba un extravío, cuyo alcance nadie llegaba a comprender.

Tan presto el cura calló mirando a los presentes, quienes tácitamente con su silencio elocuente dieron muestras de aprobar esa proposición caritativa. Angel se irguió sereno, apacible, blandamente, sin altanerías ni despechos y después de agradecer la buena intención que inspiraba esa oferta, agregó, que por nada del mundo y ni por nadie, él consentiría, que por su culpa se dilatara la voluntad de su finado tío, porque no quería cargar con la enorme responsabilidad y remordimiento de conciencia de que el finado, por dilatarse el cumplimiento de su legado, padeciera en el otro mundo.

Y en el acto, delante de la estupefación de todos, ayudado por su esposa, se dió a la tarea, poniéndolos a ellos de testigos, de retirar sus pobres y humildes trebejos, compuestos de su catre, su baúl, sus pobres ropas y... sin olvidar el vetusto sillón, que al levantarlo para cargar con él, crujió como si se desarmara, y como un esqueleto que se quejase al ser turbada su modorra de reliquia maltratada por el tiempo y profanada sacándolo de su viejo museo.

Mercedes, al ver el gesto de resignación y mansedumbre de su esposo, allí delante de todos, le aconsejó, un tanto apesadumbrada, que renunciase a ese legado, que más parecía una burla, pues sólo de estorbo les serviría, ya que maldecía ese trasto, parodia de una grandeza, con la miseria en que por fuerza habrían de encontrarse hasta tanto no cambiara la suerte para ellos.

Angel, por toda respuesta, cargó con el desvencijado sillón, mansamente como si fuese un Cristo con la cruz de su sacrificio e ignominia.

II

Pocos días hacía que Mercedes había dado a luz a su primer hijo, el fruto de su amor, y a no haber sido por la piedad de los vecinos, Angel no hubiera podido afrontar aquella misérrima situación, porque los muy contados cuartejos con que saliera llevando en su faltriquera, al abandonar, en mísero destierro, la casona de su tío, ya se habían gastado, a pesar de la mucha economía y parquedad que al emprearlos había escrupulosamente puesto Mercedes.

Casi un año hacía ya de la muerte del tío, y aún Angel, por más empeño que hizo y por más interés y piedad que hacía él tenían aquellos pobres lugareños, no había logrado encontrar trabajo fijo y seguro, porque no podía llamarse trabajo ni soldada aquellos míseros reales que, como escribiente en la secretaría municipal, más por caridad que por necesidad, ínterin lograse algo mejor, le pasaba el Ayuntamiento, y con lo que si antes no le alcanzaba para el mísero tabuco y la pobre pitanza de él y su mujercita, menos ahora, que había llegado, y en qué amargo momento y situación, el primer hijo.

—Y la culpa no la tiene nadie más que tu tío — decíale, sollozando amargamente, Mercedes, agregándole:—Porque cuando nos casamos y te daban en la ciudad aquel buen empleo, él te rogó, y tú le hiciste caso y te sacrificaste, que no lo abandonaras, porque siendo tú el único pariente cercano, hijo de la única hermana más querida y habiéndote tu criado al lado de él, ahora que él estaba ya con un pie en la sepultura, viejo y agobiado por tan gravísima enfermedad, ¿qué sería de él y de su hacienda y casa si tú lo dejabas y personas extrañas, asalariadas, entraban en aquella casa? Y el hipócrita y mal agradecido del viejo, aun a mí misma, zalamero, al ver que lo cuidaba como si yo fuese la mejor hija, con paciencia y resignación, también me agregó, recuérdalo, aquel día:

—Una mujercita como tú, tan hacendosa, era lo que me faltaba para que yo pudiera pasar tranquilo y bien cuidado los últimos días de esta mi aperreada existencia; por eso no tengas cuidado, os dejo asegurado el porvenir para vosotros y para vuestros hijos.

Y Mercedes, estrechando contra su seno al pobre infantillo, que berreaba de hambre y de frío, terminó con frase cáustica y acerada:

—Claro, nos dejó el viejo sillón para morirnos como él en esa caja de muerto.

Angel bajaba la cabeza, como un condenado ante el juez que le echa en cara su crimen, y sólo sabía replicar por única respuesta:

—¡No te desesperes, hija; Dios, que cuida de los pajarillos en los crudos días de invierno, no querrá que sus criaturas sean menos afortunadas! Me cabe la tranquilidad de conciencia, de que he hecho bien. Bastante castigo tendrá el finado si obró mal y Dios se lo echará en cara



al ver la miseria a que nos ha expuesto. Algún día puede ser que Dios se apiade de nosotros. No hables mal de los muertos, porque es pecado.

Y mohino, terminaba rezando una plegaria por el muerto.

¡Cuántas noches de aquel crudo invierno llegaba a casa cuando obscurecía, y como siempre, Mercedes, para proporcionar abrigo al recién nacido y defenderse ella contra el frío intenso, se acostaba estrechando para darle calor a su hijo entre sus brazos y las raídas mantas de aquel mísero jergón que les servía de pomposo catre matrimonial!

Angel, por todo refrigerio, hallaba sólo un duro mendrugo de negro pan y un trozo de áspero y resquebrajado queso, como única cena, ya que no mejor había sido la de la pobre Mercedes.

A la mortecina y oscilante luz del candil consumía en silencio ese frugal condumio, remojado con el vaso de agua helada que le ofrecía un cántaro. El viento huracanado de esas noches, aun más crueles que el día, cabalgando sobre la cellisca esponjosa que, como plumas de blancas aves pelechando, desmayada tapizaba las calles y tejados de la aldea y enjalbegaba el frente de las casas, furtivo como filo de cuchillo penetraba por entre las rendijas de las destartaladas puertas y ventanas, haciendo tiritar la luz e hiriendo con alfilerazos las carnes amoratadas del pobre mozo.

El mísero camastro que servíales de lecho a estos tres desgraciados seres, la mesa paticoja y la media docena de sillas rústicas de anea, que constituían el pobre menaje, hacían más helada la buhardilla amplia y desmantelada que les había cedido de caridad una pobre vecina viuda y dueña de esa casa, con tal que la acompañaran en la soledad en que vivía.

Allá, en un rincón obscuro y lóbrego, como avergonzado de estar en connubio de tan plebeya compañía, el robusto y amplio sillón, insolente resto de una opulencia tan venida a menos, desentonaba como un arlequín en un funeral. Orondo, panzón, macizo, en su tosquedad de cuero repujado y de armazón labrada primorosamente y que la pátina del tiempo había barnizado de un castaño obscuro, parecía un histrión riéndose a carcajadas y mofándose de aquella pobreza que semejaba un inri de ignominia.

Algunas noches, buscaba y rebuscaba por los rincones ya leña o carbón con que encender algún pobre brasero que al menos entibiase un poco la intemperie de aquella covacha, pero era en balde; todo estaba tan huérfano como sus escuálidos bolsillos, y ya no había nada que echar al fuego para hacer lumbre. No pocas veces, en esta ansiosa y desesperada búsqueda, sus ojos tropezaron con el robusto y repantigado sillón del tío, que insolente y provocador parecía ofrecerle, tentador, su ancho y grueso armazón de roble, sus brazos y patas rechonchas y macizas y su espaldar, tablero bien relleno de madera labrada. La reluciente hacha de leñador, brillando fosforescente al pálido reflejo de la luz del candil, se le brindaba, homicida, como cómplice del crimen; pero los ojos medrosos y suplicantes de Mercedes, descubriéndole la intención, le salían al encuentro, diciéndole, para alejar la tentación, la fatídica sentencia del muerto:

—¿Y después que se queme, qué otro recurso nos queda? El remordimiento de por tan poco alivio haber desobedecido al finado!...

III

Aquel día había sido cruel como ninguno, y la noche se presentaba horrible, había estado nevando fuerte todo el día y a la noche había amainado; pero el viento silbaba, como jauría de perros rabiosos, como gritos de condenado, y el acero implacable de la helada resquebrajaba la piel y detenía el curso de la sangre en las venas.

Al llegar bien entrada la noche, más tétrico se le hizo a Angel el aspecto de aquel desván que el viento tiroteaba por todas partes, filtrándose, como al agua, por la más diminuta rendija y alfilereando las carnes de los pobres que allí se refugiaban.

Por más que se despojó de su chaqueta y la tiró sobre las cobijas bajo las que tiritaban su hijo y su mujer, sin poder entrar en calor, el espectáculo de estas criaturas sufriendo los rigores del invierno lo ponía nervioso. Cigarrillo tras cigarrillo, a medida que la noche avanzaba, iba resistiéndose a la tentación de acostarse él también, pues temía perturbar la pequeña tibieza de aquellos seres tan queridos.

¡Cuántas horas pasaría de esta manera, no lo sabría!... Varias veces, como de costumbre, había paseado sus miradas buscando con qué hacer fuego y otras tantas se vió en la misma impotencia.

Dos o tres veces sus ojos relampaguearon ante la fascinación del sillón provocador y del hacha incitadora y cómplice, y otras tantas volvió a sentarse, no sin mirar, medroso, a la cama donde reposaban los suyos y de secarse con la manga de la camisa el frío sudor que le bañaba la frente.

Después de un rato, cejijunto y malhumorado, sintiendo el castañetear de dientes de sus seres queridos y el hondo suspirar de su mujer, de repente, pálido, desencajado, con los ojos desorbitados por el espanto, temblando como un autómata, en puntillas se acercó al lecho y convencido de que su mujer dormía, aletargada por el cansancio del día, rápido como un relámpago, se abalanzó sobre el hacha refulgente, la empuñó briosamente en su diestra y con la izquierda tomó del espaldar al viejo sillón, y lanzando, entre un suspiro ronco, ¡mi tío me perdone, pero no debo dejar morir de frío a los míos inocentes!, descargó, brioso, un feroz hachazo sobre el ancho espaldar de roble del sillón, que crujió como esqueleto que se desarma semejando ayes de dolor de un moribundo, y al ver aprisionada el hacha entre la maciza madera, que se resistía y no le dejaba sacarla ni retorcerla, fuera de sí, Angel, chorreando sudor helado por su faz cadavérica, forcejeó con rabia, como debatiéndose con quien hería, y al tiempo que lograba por fin retorcer el hacha y desencuadernar esa tapa gruesa del espaldar, sintió tintinear sobre los ladrillos rojizos del suelo un campanilleo metálico. Mercedes, que al seco ruido del hachazo había despertado, al columbrar entre soñolienta a su marido en tal guisa, comprendiéndolo todo, asustada, se acababa de arrojar en camisa del lecho, y suplicante, casi llorándole, febril, le detenía el brazo diciéndole:

—¡Desgraciado!, ¿qué has hecho? ¡No prosigas, al menos aun es tiempo; el tío nos maldecirá; esto nos traerá más desgracias!... Y trataba de arrancar de aquel sitio a su marido. En este forcejeo de los dos, pues Angel se resistía, ella, descalzos sus pies, resbaló sobre algo metálico y en montones que estaba bajo sus plantas, y al mirar dió un grito y, mostrando el suelo a su marido, exclamó:

—¡Qué es esto, que relumbra como fuego!...

Y agachándose los dos a la vez, casi a obscuras, se irguieron, llevando cada uno en sus manos unas monedas de oro, relucientes y fascinadoras, que parecían reírles a carcajadas.

Estupefactos, al principio no querían dar crédito a lo que veían, creyendo ser objeto de una fascinación o de otra burla del muerto; pero al fin, tras de manosear las monedas, mientras ella corrió a descolgar el candil y con él acercarse y examinar aquel tesoro, Angel, convencido de que lo que tenía en las manos eran monedas de oro, y de buen oro, antiguas onzas peluconas, entre risas y llantos y abrazos de los dos sólo atinó a terminar de arrancar el hacha aprisionada entre el espaldar, y con fuerza inaudita repitió los golpes hasta agrandar la herida abierta en el sillón y terminar por separar por entero el espaldar, que, después de crujir y resistirse como un avaro a que lo despojen de su tesoro escondido, terminó por dejar al descubierto, vencido y derrengado, el escondite, lleno de monedas de oro que, a borbotones, y como manantial de fuente clara, las arrojaba al suelo, produciendo un alegre campanilleo de gloria para aquellos dos desgraciados, que de rodillas y a puñados recogían los montones de áureos discos.

Cuando hubieran terminado de recoger del suelo hasta la última onza de oro caída, diéronse a la tarea de aliviar de las que aún quedaban entre las junturas del mueble y ponerlas junto con las otras en desparramado montón sobre la mesa, y en esa búsqueda, muy dobladito en pliegues, hallaron un amarillento papel que, con letra insegura y garabateada, que a duras penas pudieron descifrar, decía lo siguiente:

"¡Porque fuisteis buenos, abnegados y desprendidos conmigo y resignados con vuestra suerte, os he reservado esta sorpresa en recompensa!

Esta fortuna la reservaba para los que supieron hacer el bien por el mismo bien. Ella os bastará para vivir desahogados vosotros y vuestros hijos, si la sabéis conservar y emplear bien.

Dios os premiará, si sabéis esperar, como os premia ahora vuestro tío al legaros, como la mejor herencia, este sillón..."

Tal es la peregrina historia del viejo y vetusto sillón que, como reliquia y el tesoro más valioso, se podía ver en una lujosa vitrina de caoba y gruesos vidrios esmerilados en el regio salón del palacio suntuoso del millonario marqués de Bella Vista, nieto de aquel buen Angel y aquella heroica Mercedes que, por toda herencia, recibieran este mueble del tío...

HISTORIA DE LA INSTITUCION CONSULAR EN LA ANTIGÜEDAD Y EN LA EDAD MEDIA

Por ALBERTO M. CANDIOTI

(Don Alberto M. Candioti, distinguido miembro del cuerpo consular argentino, que se ha destacado por su laboriosa gestión al frente de los intereses de la República en diversos países, acaba de publicar el primer tomo de una importante obra titulada "Historia de la Institución Consular en la antigüedad y en la Edad Media", cuya aparición ha merecido elogiosos conceptos por parte de la crítica extranjera. Reproducimos a continuación un fragmento del libro que nos ocupa y algunos de los grabados que ilustran sus páginas.)

"Cuando muy poco antes de fallecer el emperador Teodosio I, llamado el Grande, el año 395 dividió el Imperio entre sus dos hijos Honorio y Arcadio, dando al primero el Occidente y al segundo el Oriente, no pudo prever que daba un golpe mortal al Imperio Romano.

Los dos Imperios, el de Occidente y el de Oriente, en lugar de cooperar a su mutua grandeza, marcharon hacia horizontes opuestos.

La situación geográfica del Imperio de Oriente y la política de Rufino, el galo que Teodosio había designado como tutor del Emperador Arcadio, aún menor de edad, lo libró de formidables invasiones bárbaras y facilitó el establecimiento de un fuerte despotismo. En cambio, el Imperio de Occidente fué el juguete de los pueblos del Norte, que apenas permitieron que subsistiera un siglo, hasta el año 476, en el cual los hérulos de Odoacro se apoderaron de Italia, arrebatando el Imperio a Rómulo Augústulo.

El Imperio, cuya capital se instaló en la antigua Bizancio, perduró por más de mil años, defendiéndose de frecuentes ataques de los bárbaros de Europa, de los persas, árabes y turcos, hasta que la gran invasión de 1453, lo hizo desaparecer.



Mercaderes del siglo XIV.

Desde que fué fundado el Imperio de Oriente, de Bizancio o Griego, de Constantinopla o el Bajo Imperio, nombres todos éstos con los cuales se le denomina, fué perdiendo, poco a poco, importantes territorios. La corrupción de las costumbres populares, la inmoralidad de los personajes de la corte, la tiranía y la voluptuosidad de sus emperadores, la bajeza de las intrigas cortesanas, la escasa virtud cristiana de la iglesia, condujeron al Imperio de Oriente a una lenta agonía, viviendo en un largo anochecer, en el cual, por singular milagro, llegó a brillar un débil rayo de sol en el reinado de Justiniano.



Señor Alberto M. Candioti, encargado de negocios y cónsul general de la República Argentina en Atenas. —(Dibujo de Rojas).

La noche llegó, después de más de mil años vividos en el vicio, en la más inconcebible pereza, entregado, todo un pueblo de cortesanos y de esclavos, a discusiones de importancia mínima, a manifestaciones mentirosas o de fe cristiana, a refinamientos paganos para cometer el crimen y dar formas de verdad a la mentira... y entregando la defensa del Imperio a manos mercenarias y la explotación de las fuentes de riquezas, la industria y el comercio, a las naciones extranjeras, concediéndoles privilegios y monopolios enormes.

Cuando nació el Imperio Griego, sus emperadores se hacían obedecer desde el Mar Rojo al Adriático y desde Egipto al Danubio, y cuando llegó al término de su vida, poco antes de que Mahomet II y sus doscientos mil hombres lo hicieran desaparecer, había quedado reducido a la ciudad de Constantinopla y a sus alrededores.

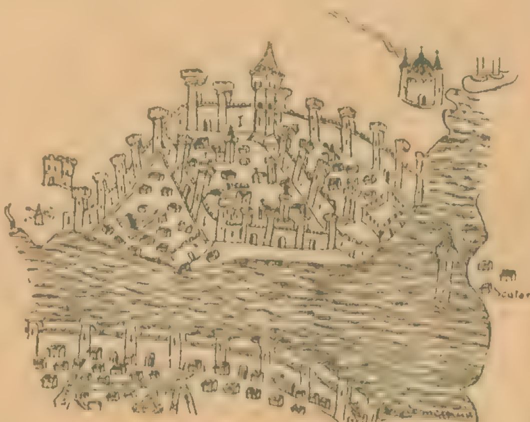
Las cruzadas no salvaron al Imperio. Por el contrario, originaron en él discusiones y desconfianzas que debilitaron su cuerpo y su espíritu enfermo.

Los cruzados franceses, conjuntamente con los venecianos, aprovechando la anarquía que en esos momentos reinaba en la corte bizantina, derrocaron a Alejo V, llamado Murzuphle, y en 1204 establecieron en Constantinopla el Imperio Latino, así llamado por ser todos sus fundadores de origen occidental, de los países que había abarcado el Imperio Romano.

El Imperio Latino sólo tuvo 57 años de vida, reinando cuatro emperadores. Su primer emperador, Balduino I, Conde Flandes, fué proclamado en el año 1204, y el último, Balduino II, fué destronado por Miguel Paleólogo en el año 1261, restaurándose el Imperio Griego.

Los navegantes y mercaderes de las ciudades occidentales bañadas por el Mediterráneo, supieron aprovechar la corrupción bizantina para establecerse en el Imperio y monopolizar su navegación y su comercio. Las ciudades de Venecia, Génova, Pisa, Ancona, Amalfi, Narbona, Barcelona, etc., rivalizaron para lograr mayores privilegios y gozar de mayor prestigio en la corte imperial.

Todas estas ciudades tenían establecidas en el Imperio colonias de mercaderes más o menos numerosas y ricas. Al frente de ellas existían magistrados especiales para gobernarlas y protegerlas, y para que les sirvieran de juez. Conjuntamente con los privilegios de carácter comercial, las naciones de Occidente se preocuparon de un modo muy especial, en obtener el derecho de instituir estos funcionarios conocidos generalmente con el nombre de *cónsules*. Esta institución originó una serie de actos de carácter internacional y de reglamentación interna en cada nación, todo lo cual paso a estudiar en los siguientes capítulos."



Pera (barrio de Constantinopla), en el siglo XV.

La mujer excelsa

Por Miguel Galluzzo

A la memoria de la que me abandonó en los albores de mi existencia.

Ricardo era un bohemio. Uno de esos bohemios exóticos en nuestra época, que poseen un alma superior, un alma grande que pone languideces en las pupilas y plétora de emoción y belleza en sus obras.

Vivía con su anciana madre en un pequeño departamento suburbano, alternando su existencia con sus obligaciones profesionales y el culto apasionado a la musa de Helicón.

No constituía la fiel encarnación del Rodolfo de Murger, porque la vida de su madre reclamaba de él resultados más positivos y prácticos que los que aportan unos sonetos; no obstante, su lirismo sobrepujaba a todo y vivía la vida vulgar con cierta repugnancia, elevando constantemente su espíritu y su cerebro en las eternas divagaciones de los que hacen de su pluma el cincel que modela la belleza.

Por eso sus noches insomnes, transcurridas en la febriciente escritura de las cuartillas, blancas y lisas como el alma de una doncella, habían restado a su organismo la vitalidad exuberante de los que poco piensan y comen mucho.

Tenía el rostro alargado y pálido; sus ojos, grandes y negros, donde el alma reflejábase melancólica y suave; su frente, amplia, sobre la que caían en desorden las guedejas de su abundante cabellera renegrida; y, perdido en sus descoloridos labios, mostraba un rictus de amargura, que iba acentuándose al par que transcurría el tiempo.

Caminaba lentamente y ansiaba la soledad; veneraba a su madre, porque tenía un alma grande, inconmensurable, como la de todas las madres. Vivían ambos en una estrecha comunión de sentimientos, en esa mutua comprensión sin palabras de los espíritus sensibles hechos para el amor. El concretábase a depositar en la frente de su anciana el más puro beso que labios algunos prodigaran, acariciando su alba cabeza con su fina diestra amarfilada. Ella jamás turbaba el silencio de las horas en que Ricardo soñaba frente a sus papeles borroneados, y sentada en la penumbra de su cuarto sumíase en la contemplación extática de su hijo amado.

* * *

Llegó un día el amor a alterar la placidez de aquella vida. El amor del siglo de los rascacielos, que descansa en la acción de los sentidos materiales.

Cuando Ricardo miró las pupilas de aquella mujer, vió espejada en ellas la gloria. Y a ella ofrendó toda su alma, en el pujante deseo espiritual de aunar sus corazones.

El desasosiego se apoderó de su espíritu, y su pluma comenzó el eterno cantar; las pupilas tornáronse más melancólicas; el rictus de amargura de sus labios perdió intensidad poco a poco, hasta desaparecer; su pecho, hasta aquel día oprimido por la angustia indescriptible que comunica el ansia de sensaciones indefinidas y arcanas, rebosó de suave placer y optimismo. Todo él, pletórico de amor, renacía.

Ella poseía una extraña y complicada personalidad psicológica de dualismo sentimental, pero era hermosa, de una belleza arrebatadora; cadenciosa en el andar, esbelta y altiva. En sus pupilas negrísimas, de expresión indefinida, pero de atracción irresistible, flotaba un poema de pasión.

Ricardo, que amaba con fanatismo la belleza, jamás trató de desentrañar la esencia espiritual de su rostro. El fijábase en sus ojos, en procura de sensaciones, y mirando los ojos de aquella mujer vivió ilusionado.

Si algún instante el deseo surgió sobre sus sentimientos, vencíale con el caudal inagotable de su espiritualismo. Y por vez primera cantó a la vida, porque se creía poseedor de la suprema felicidad, encarnada en Rosalba.

Solamente su anciana madre vislumbraba desde la penumbra el comienzo de la eterna tragedia.

Desde que Ricardo trabajara con tanto apasionamiento, después de aquella tarde en que regresara de un festival, notaba ella menos calor en los besos y en las caricias de su hijo.

Pero nada dijo; sufrió en silencio con el estoicismo que sólo las madres son capaces de albergar y se prometió velar por la felicidad de su hijo, ya que más amor no podía prodigarle, por cuanto todo el caudal de su corazón habíalo depositado en él.

* * *

Tras el intercambio epistolar apasionado sucediéronse las citas callejeras, hasta que fué para ellos una necesidad suprema el cotidiano platicar.

Ricardo vivía enajenado del mundo en los instantes que junto a ella pasaba. Y por las noches, frente a sus papeles inmaculados, volcaba el amor espiritual de su alma bohemia.

Cuando el cansancio le vencía sobre el fárrago de sus cuartillas, soñaba con ella y besaba a su madre pensando en ella y su imagen le besaba al despertar.

. . . .

Muy pronto, la doble personalidad surgió en Rosalba. Los apasionamientos del poeta poníanle fuego en su sangre moza; el contacto de sus manos le producían estremecimientos voluptuosos.

Huérfana, sin parientes y con escasas relaciones, vivía sola, poco menos que aislada, en una pensión cosmopolita del centro de la ciudad.

Trabajaba como vendedora, en una gran tienda, donde su belleza sobresalía entre la pléyade de muchachitas modestas que dejan su juventud a jirones tras el mostrador.

Constituía Rosalba una de las tantas mujeres que viven la existencia a través de ciertas novelas malsanas, y era el suyo uno de esos espíritus sugestionables y propensos a tal género de literatura nociva.

Ansiando vivir con Ricardo un capítulo de aquellas novelas, esperaba de éste lo que ella no se atrevía a insinuarle, vencido aún por restos de escrúpulos. Mas como el tiempo transcurriera sin que Ricardo, sumido por completo en sus sueños espirituales, pensara jamás en dar un curso diferente a sus relaciones con Rosalba, ésta comenzó a poner en juego los múltiples recursos con que cuenta la mujer apasionada.

Anteponiendo falsos motivos de pudor, insinuó a Ricardo la conveniencia de desistir de las pláticas callejeras, que ponían su honradez en la picota del "qué dirán".

Fué este el primer golpe que recibió el poeta. No concebía él que el amor verdadero tuviera que ocultarse, y comenzó a dudar de la sinceridad de los sentimientos de Rosalba.

Pero bastó que ella pusiera los ojos en blanco y le sonriera amorosamente, para que el joven, ciegamente enamorado, no sólo desechara sus dudas, sino que hallara muy natural los fingidos escrúpulos de su amada.

Consiguió, al fin, Rosalba lo que ansiaba. Ricardo, desde aquel día, la llevó a su casa, presentándola a su madre como su prometida, título que aceptó ella con bien provocada emoción.

Y desde entonces cenaban ambos en casa del poeta, en compañía de la madre, prolongando luego la velada en tertulias, hasta que cerca de medianoche Ricardo la acompañaba hasta su alojamiento.

Un día, en que un final de capítulo novelesco encendió de incontenibles ansias a Rosalba, resolvió jugar su carta postrera.

Esa noche, pretextando cierto malestar progresivo, pidió a Ricardo que la acompañara hasta su habitación.

Ajeno por completo a los designios de Rosalba, el poeta accedió a los deseos de su bien amado. Ya en la habitación surgió la Rosalba que Ricardo desconociera en absoluto: el imperio del deseo, por largo tiempo contenido, rompió de golpe sus barreras.

Con un grito sofocado de fiera en celo, Rosalba abrazó estrechamente a Ricardo, y brutalmente juntó sus labios a los de él. Ricardo, alelado, sin explicarse los motivos de aquella actitud de su amada, quedó por breves instantes indeciso; mas le bastó mirar detenidamente las pupilas de Rosalba para comprenler al pronto la amarga realidad.

¡El ídolo que habíase forjado, caía con estrépito mostrando su interior de barro! Y sintió asco, dolor, rabia...

Se deshizo brutalmente del abrazo con que Rosalba le aprisionaba, y tomándola de las muñecas la arrojó de sí, mientras sus labios, trémulos de indignación y despecho, barbotaron un rudo apóstrofe.

Y abandonó la pensión, con el pecho rebosante de sollozos.

* * *

Vagó durante toda la noche por la ciudad dormida. Una angustia tenaz le atenaceaba el pecho, poniendo en sus ojos lágrimas de dolor. El golpe, demasiado recio, le había hecho descender vertiginosamente de incalculables alturas. Había puesto su alma en Rosalba ansiando refundirla con la de ella, y sólo un manojo de instintos mezquinos había surgido de aquel cúmulo de ensueños e ilusiones.

El silencio de la ciudad dormida propiciaba su dolor. No concebía ya su existencia sin el amor de Rosalba. ¡Porque él, a pesar de todo, la seguiría amando con la misma intensidad! Ya algo apaciguado, frente al vaso de alcohol que pidiera en un café de noctámbulos, temió por su dignidad. No pudiéndola olvidar, temía volver a ella, en asqueante claudicación, mendigando su cariño falso a cambio del festín de su carne joven. Y creció su angustia ante este pensamiento. Enturbiada su mente por el alcohol, pensó en la muerte. Se debatió desesperadamente; pero la idea, insinuada al principio como mera hipótesis, fué tomando cuerpo en su imaginación calenturienta.

Tambaleante, no tanto por el vino como por su dolor inmenso, llegó a su casa. Abrió torpemente la puerta, y ya en su departamento, trepezando con los muebles, dió luz a su cuarto.

Y comenzó una búsqueda febril por todos los cajones. Aun no habíase decidido por la suprema liberación, pero instintivamente buscaba el arma con que pondría fin a aquella mortal angustia. Al fin la encontró en uno de los cajones, debajo de unos papeles.

—¡Rosalba!—exclamó con voz enronquecida, mientras su mano crispada empuñaba el revólver.

De pronto, a sus espaldas, oyó una voz dulcísima, amorosa, pletórica de cariño.

—¿Qué tienes, mi Ricardo? ¿Te sientes mal, hijo mío? ¡Qué tarde has regresado!

Ricardo se detuvo.

Algo así como un lampo de luz clara en las tinieblas alumbró su razón tambaleante. La voz de su madre le llegó al fondo del corazón, en una suave caricia de consuelo. Y cayó de hinojos a sus pies, llorando dulcemente, musitando quedamente, pero sin angustia:

—¡Mamita, mamita mía!

Ella enjugó sus lágrimas, y atrayendo su cabeza a su regazo, lo adormeció como en tiempos de su infancia, mientras que, desprendidas de sus ojos cansados, dos lágrimas rodaron por sus marchitas mejillas.

A través de la puerta entornada anunciábase el alba con tenues y sonrosadas claridades.

La psicología femenina

La mujer está muy confinada en el dominio de lo efectivo y de lo místico, para que se deje influir por razonamiento.

—Como la mujer es más apta para sentir que para razonar no se mejora su destino, obligándola a pensar mucho.

—Según los diversos órdenes de la actividad, la mujer es inferior o superior al hombre. Raramente es ella igual.

—En materia de arte, y de "toilette", las mujeres sólo tienen gustos sugeridos.

—La mujer no le perdona al hombre que adivine lo que ella piensa, a través de lo que ella dice.

—Dominado o ser dominado. No hay otra alternativa para el alma femenina.

—Como lo efectivo es defectuosamente expresable en términos intelectuales, querer reaccionar sobre el amor es verse forzado a desbarrar.

—Las mujeres perderían pronto su imperio sobre el hombre si pudieran adquirir la facultad de ser sinceras.

—Como el hombre sólo le cree a la mujer cuando ella miente, la condena así a mentir con frecuencia.

—En amor, cuando se piden palabras, es porque se tiene miedo de oir los pensamientos.

—El amor eleva o rebaja, pero no nos permite conservar nuestro nivel.

Gustavo LE BON.

GABRIELA MISTRAL

Por Ricardo M. Llanes

I

Latente, como un suspiro de novia bondadosa; fresco, como el perfume de las rosas en plena primavera, ha quedado en nuestras almas el fugaz instante vivido entre nosotros por la incomparable lírica chilena.

Nos ha dicho de sus luchas futuras llenas de bondades, y en la copa de su palabra franca, nos ha dado a beber el sentimiento excelso que alentará su misión en la vieja Europa: ¡anhela la feliz unificación de todas las almas y la justicia económica basada en el más alto espíritu de nobleza!

El catolicismo—del cual tiene ella la más pura concepción—desparramará en las ánimas las blancas semillas de las buenas venturas; a la felicidad de sus brotes, pondrán los seres más idealidad en todos los actos de la vida e interpretarán mejor la frase bíblica: "amaos los unos a los otros".

Su labor educacional en Europa, una vez más pondrá de relieves sus magnas virtudes, que la han consagrado como una de las más preclaras mujeres de América.

Lleva en su entusiasmo el pensamiento de todos los líricos americanos; y en lo sagrado de su marcha, escoltada va por las imágenes queridas de todos sus araucanos.

Gabriela Mistral tiene fe en los triunfos de su prédica; alienta la certidumbre de ver en su camino brotar las flores del amor que destrozara la metralla; tal vez por ello va tranquila: ¡con la mansa beatitud de San Francisco y la suprema religión del Nazareno!

II

Esta madre enamorada de todas las criaturas; esta mujer libre de las ampulosidades y extravagancias del modernismo enfermo—pero sí, cargada de sencillez y ternura,—con el poeta francés, Paul Valéry y otros, formará la Comisión de Traducciones, para que se conozcan universalmente las literaturas humildes: las páginas ignoradas, donde todo lo azteca, lo guaraní y lo tehuelche, resplandece en bellezas líricas: ¡las montañas y los ríos cantando sus misterios en las noches tropicales y las pasiones indianas en sus romances de amores interminables!

Esta mujer soberana alentará en Europa un magno proyecto; de hacerse realidad lo proyectado, ya tienen los sabios y artistas un predilecto lugar de descanso a sus trabajos y desvelos, en la hermosa isla de Capri, lugar delicioso donde se piensa crear el mismo.

La meritoria acción de esta mujer, destacada con dones propios, que abriera tantos surcos de espiritualidad en la juventud mejicana, sin duda alguna se hará sentir hondamente en el fárrago inmenso de la pobre Europa. ¡Pobre, por las miserias que le brindara la última guerra y por la furente materialidad con que vive en los tiempos actuales.

III

La maravillosa autora de "Desolación", lleva en su doctrina el sentimiento del más elevado americanismo. La excelsitud de su civismo cimentada está en el más alto baluarte de la intelectualidad americana, que ha puesto en esta mujer sublime, sus esperanzas de concordia y sus himnos de amor, para que las represente y los entone en el Viejo Mundo, como las mejores páginas de la humanidad que dignificamos en todos los instantes de la lucha!

Su amor para los humildes, los derrotados, le ha creado una aureola de admiración: admiración y respeto hay en todas las bocas al pronunciar su nombre; ¡su nombre que repercutió en los ámbitos de América al pie de sus poemas maternales!

Su inenarrable amor para los niños, siempre se derrochó en las aulas y en los caminos de su pueblo. Con más intensidad materna en aquellas, donde la mujer olvidaba su misión de educadora para sentirse madre de todos los pequeños, ¡de todos sus niños! ¡Cuántos de ellos huérfanos, sin amores ni risas en sus vidas!

¡Cuántas almas infantiles llorarán su ausencia en los rincones apartados de La Serena y en la patria ardorosa del ilustre Vasconcellos, donde se le quisiera levantar una estatua por su labor educacional! ¡Cuántos espíritus no la siguen a través de los mares para alentarla en su empresa! ¡Y es que Gabriela Mistral ha dedicado su vida—copio sus palabras dichas al escritor Federico Guillermo Barrio—al niño y a la madre, al trabajador desvalido y al indio olvidado!

IV

Esta ilustre mujer, a quien tanto queremos los jóvenes argentinos, nos va a representar a la vieja Europa: ¡va a predicar en su doctrina la sentimentalidad lírica de nuestras almas y a mostrar al noble corazón americano, hecho de libertad, equidad y amor!

Fué rápida su estada entre nosotros; no le fué dado recoger el cariño que le guardamos desde su "Desolación". ¡Pero Alfonsina Storni, nuestra dulce Alfonsina, que fué a despedirla, le habrá dicho el impecable amor de nuestros corazones!

Una sociedad que quiere ir más allá del malthusianismo.—Y no tolera más de tres hijos.

Se ha constituído en Nueva York una asociación cuyo programa es verdaderamente extraordinario.

He aquí algunos párrafos del mismo:

"De algunos lustros a esta parte nace demasiada gente en la tierra. Actualmente vive en nuestro planeta 1.850 millones de personas.

Diariamente nacen más que mueren 50.000 individuos, y como muchas razas, especialmente la eslava, la germana, la indostánica y la amarilla son extraordinariamente prolíficas; puede calcularse que en el año 2000 los habitantes de la tierra serán 4.000 millones.

Es necesario comenzar desde ahora a trabajar por que esta terrible eventualidad no se realice.

Las guerras, el cólera y la peste bubónica, la fiebre amarilla, la tuberculosis, la avariosis y el cáncer, lejos de ser plagas, son remedios eficaces contra el exceso de población; pero los pacifistas y los higienistas trabajan contra ellos y con el pretexto de favorecer a la humanidad la perjudican enormemente.

Hay que acabar con los pacifistas y con los higienistas, organizar científicamente el "birth control" y permitir el matrimonio solamente a un número limitado de parejas.

Además, es preciso votar leyes en que se castigue a los matrimonios que tengan más de tres hijos."

La asociación se propone fundar periódicos y organizar mítines.

El fetiche de la venganza

Una de las últimas adquisiciones del Museo de la Universidad de Filadelfia consiste en una curiosa estatua erizada de numerosos clavos y otros agudos fragmentos de metal.

Se trata de uno de los fetiches más corrientes en el Africa occidental, no lejos de la desembocadura del río Congo, donde los indígenas practican mágicos ritos religiosos.

Es allí general la creencia en malos espíritus que toman posesión de una persona y por su medio causan la muerte de otra. Son muy frecuentes los idolillos, pero generalmente su poder de hechizo depende de la "medicina" que se le aplica. Así, por ejemplo, el idolillo de madera del Norte, de los bambala, no tiene valor sobrenatural si no se le enjalbega con la greda mágica.

En el fetiche de referencia, cada clavo o punta metálica representa una imprecación contra algún enemigo de la tribu, del cual se ansía tomar venganza.

Para construir el fetiche, un sacerdote, seguido de un grupo de fieles, penetra en el bosque, y en grueso tronco de un árbol, sin cortarlo, se talla por manos expertas la figura del ídolo, y una vez terminada ya puede desprenderse del resto del árbol.

Mientras el artífice labra la madera, los circunstantes pronuncian los nombres de las personas cuya muerte desean y cuyos espíritus habrán de ser moradores de la estatua, según la creencia de aquellos salvajes.

Por fin, luego de sometido el fetiche a determinadas ceremonias religiosas, ya está en condiciones de hacer justicia, y a pedírsela van, siempre en aquel sentido vindicatorio, cuantos guarnecen con algún aguzado trozo de metal el cuerpo del ídolo.

¡Con qué ímpetu clavarán la ofrenda muchos de los que la hacen al justiciero ídolo! Porque, es indudable, que eso de concitar el poder del fetiche contra enemigos de la tribu, sólo constituirá la excepción. El caso general lo representarán, de seguro, los personalismos, el anhelo de aplacar, no sólo el ansia de venganza, sino otras bajas pasiones, como la vanidad y la envidia.

Con la mayor frecuencia verá ante sí el ídolo, rostros descompuestos por una expresión de ira, que hallará momentáneo desahogo en el violento golpe asestado sobre la paciente materia, para asestar en ella el hierro considerado como brújula del supuesto poder vindicatorio.

Y la ilusión de atraerlo sobre el ser odiado, quizás llegue a calmar por completo en algunos casos la inquietud terrible que asomó el brazo del supersticioso indígena, como entre no pocos civilizados mitiga el dolor o la impaciencia y aun los celos, la práctica de las manipulaciones aconsejadas por la echadora de cartas.

UN DOLOR DE MUELAS

Por Lorenzo Stanchina

Una tira dorada y brillante de sol se mete en la cocina, donde Carmen sentada a la meta, pela unas papas. Este trabajo la entretiene tanto a la pobrecita Carmen, que cuando la patrona se lo ordena hacer, sonríe de alegría. Además de sentarse, la divierte mucho aquello de quitar de un tirón la cáscara y esto es difícil, pues su madre le ha enseñado a ser ahorrativa y sacarla bien delgada; no hacer como la señora que de una papa grandota como los puños del señor, la deja cuando termina del tamaño de una nuez. Y es de ver la atención que pone en deslizar el cuchillo sobre la superficie áspera y sucia del tubérculo, porque sabe que puede romperse al menor descuido y lo que es peor, a veces, cuando falta un poquito para llegar al final. Lo único que la disgusta es el chirrido áspero y monótono que hace la pulpa al ser tocada por el cuchillo, pues en su fantástica imaginación se transforma en un quejido lastimero; ese es el motivo por el cual la hiere con tanta suavidad, pensando que así le hará menos daño.

Debido a este cúmulo de circunstancias, ignoradas por la patrona, la labor se realiza muy lentamente y es por esto que siempre le dice al mandárselo hacer: "A ver si te tardas cuatro horas".

En este instante Carmen tiene una papa en la mano izquierda, la tiene tomada del mismo modo del que va a tirar una piedra y la hace girar en torno de ella, mientras deja correr el cuchillo, que lo toma con su mano derecha, chiquita y percudida. De pronto, se encuentra conque está picada; entonces poniendo verticalmente el cuchillo, horara el tubérculo hasta quitar la parte mala.

Cuando termina la echa en una olla: vuelve a tomar otra y repite la operación y así con otra, otra y otras.

Repentinamente, presa de un agudo pinchazo en una muela, que le hace exhalar un grito penetrante, se levanta de un salto, larga lo que tiene en las manos y se las lleva instintivamente a la mejilla derecha.

En seguida busca con la punta de la lengua la muela careada, urguetea en el agujero que encuentra; tan grande que cabría una arveja dentro.

Se siente un alarido; es que ha dado con el nervio.

Fué tan horrible el pinchazo que la sacudió, que Carmen se queda atolondrada durante unos segundos, temblando toda, el rostro descompuesto y turbia la mirada.

Quejosa, lagrimeante, mide con rápidos pasos la cocina, concentrada su atención en el dolor que arrecia más y más. Con sobrehumanas fuerzas oprime de tiempo en tiempo la mejilla y esta presión parece adormecer por una fracción de segundo el dolor que vuelve a dominar imperante, haciéndose por momentos tan agudo, tan violento, que Carmen siente como si una punzante aguja entrara y saliese en su cabeza, traspasándole las encías, la garganta y el cerebro.

Todos sus miembros están como insensibilizados; no los siente ni sabe siquiera si los tiene, excepción hecha del lado derecho de su cara: su única sensación es un dolor insoportable que parte de su boca y es tan terrible que a Carmen le parece brotarle de todas las muelas que tiene en ese costado y no sólo de una como es efectivamente.

Atormentada por el sufrimiento, sigue paseándose nerviosa. Lleva el cuerpo inclinado hasta la altura de los pulmones, balancea la cabeza que está metida entre sus hombros y diríase que alguien la va azuzando de atrás. Su rostro encendido está calenturiento, los ojos le brillan humedecidos y por los ángulos de la boca le sale una baba fría y pegajosa.

A veces se detiene, ya para cerciorarse si el dolor amengua, pues diríase que el ruido de sus pasos se lo impidieran, ya para escupir una saliva aceitosa, que recién se quiebra cuando toca el suelo, o ya para andarse con la lengua en la parte dolorida.

Desesperada vuelve a su interrumpida marcha con renovados bríos y durante unos minutos hay un silencio en el que sólo se siente en la cocina el sonido de sus pasos, ahogados de tanto en tanto por sus lamentos lastimeros, por sus brutales maldiciones y por el crepitar del carbón en la hornalla.

Sin embargo, por instantes el dolor calma y el bienestar que experimenta entonces Carmen y más que todo la idea de librarse de tan atroz sufrimiento la llena de una fugaz alegría. Le parece que sería el ser más dichoso de la tierra si se libertase de él. Contenta, aventura hasta una sonrisa y piensa que pasado mañana le toca salida e irá por la tarde a su casa.

Sus dos hermanitos estarán esperándola como siempre en la esquina. Al verla desde dos cuadras, correrán a echarse en sus brazos y a preguntarle qué le trae. Ella, escondiendo el paquete de facturas, les dirá que no pudo comprar nada y entonces los pobrecitos, con el alma en los pies, se escaparán malhumorados de sus brazos. Conteniéndose para no largar la risa, los dejará seguir unos pasos; luego, cuando no pueda soportarla más, prorrumpiendo en una carcajada, les gritará, poniendo el paquete en alto:

—¡Miren!

Automáticamente se darán vuelta y al ver el paquete, alegres, contentos, se echarán de un salto sobre ella, exclamando:

—Dámelo..., dámelo que lo llevo.

—A mí, a mí, nena...—dirá meloso Pedrín, el más chiquito, poniéndose en puntas de pie y extendiendo cuan largos sus bracitos para tomarlo.

—Quietos..., quietos—los reprenderá, retrocediendo y levantando cuanto pueda sus brazos.

Y no la dejarán tranquila hasta que no les dé el paquete. Como de costumbre lo llevarán la mitad del camino cada uno. Ni un metro más ni un metro menos. Radiantes de alegría, tiesos, orgullosos, caminarán satisfechos con el paquete en la mano, cual un militar que ostentase sus condecoraciones.

Pero al rato los pinchazos recrudecen y entonces Carmen, malhumorada, cambia bruscamente de idea; no les llevará las facturas ni irá siquiera a su casa: que revienten todos, lo mismo le da.

Mientras piensa esto, se pega fuertes puñetazos en la mejilla y hay segundos en que el sufrimiento es tan terrible que le asaltan locos deseos de golpearse la cabeza contra la pared.

Carmen se enfurece. Maldiciente, con los nervios tirantes, más que camina corre; se le saltan unas lágrimas de rabia y con todas sus ganas estrella contra el suelo una papa que parecía sonreírle, burlándose de ella.

¡Plaf!

En seguida, se da un tremendo puñetazo en la cara.

Cinco minutos transcurren todavía así. De súbito, Carmen sonríe, acariciada por una feliz idea.

—"¿Y si mi hiciera unos buches con agua tibia?"—se pregunta.

Entonces recuerda cuando le asaltaban estos dolores en su casa y, por la noche, su pobre madre, afligida, le preguntaba a cada rato: "¿No te pasa?... ¿No te pasa?" Perversa, egoísta, al ver que los otros dormían tan apaciblemente y ella no podía pegar los ojos, fingía más cruel su dolor. "No puedo mas..., no puedo más"...—decía, falseando el tono de su voz. En ocasiones, el holgazán de su padre se entremezclaba en la conversación. "Eh, a ver si dejan dormir, brujas"—gritaba colérico. Y casi siempre su madre, despacito, sin hacer ruido, se levantaba y a obscuras, para que su marido no gritase, le traía una taza con agua tibia. Pero no, no eran los buches los que lo calmaban: era, no lo duda, al verse tan bien atendida. "¿Te pasa..., te pasa?"—le decía angustiada, como si fuera su madre la que padeciese el dolor. Sentada al borde de la cama, temblorosa, se quedaba los minutos y los minutos acompañándola. Había noches que, haciéndose un lugarcito, se metía en su cama, y muchas veces, cuando era más chica, hasta deseaba que le dolieran las muelas para dormir junto a su madre.

Ahora ella, seguramente, estará en la cocina preparando afanosa la comida, para que no la sorprenda la llegada del padre sin tenerla lista. Hace quince años que está casada, y sabe que con el carácter que tiene sería capaz de pegarle si no estuviese pronta.

Completamente absorbida en su trabajo, atareada, no hará caso a los chismes que ha de estarle contando la inquilina de la sala. Sin escucharla, le responderá a todo que sí con la cabeza.

—¡Miren que si voy allí cobrarán una buena!—les gritará a sus hermanitos, que estarán peleándose en la pieza contigua.

Un pinchazo la hace volver a la realidad. Aunque es tan terrible como los anteriores, no le parece tan fuerte, contenta con el pensamiento de que con los buches va a librarse de ellos. Después pelará las papas de una escapada y tendrá la comida pronta antes que regrese la señora.

Pasan imperceptiblemente los segundos, los minutos, y la noche se va acercando.

Risueña, se acerca a la cocina, toma la pava y echa un poco de agua en una taza: la templa luego con agua fría, metiendo la punta del dedo índice para cerciorarse si no quema.

Sorbe un trago, y se queda unos segundos con la cabeza echada hacia atrás, apoyada sobre el hombro derecho. Escupe luego, y sorbe otro trago. Unas cinco veces más hace lo mismo.

Parece brujería, pero el dolor apacigua. Ahora son unas puntadas lentas, cortas, monótonas, que causan nerviosidad más bien que sufrimiento. A pesar de todo, diríase que el dolor volviera por momentos.

—¡Sí, es claro, no va a írseme en seguida!—se engaña, y no conforme con esta razón, añade:—Son ideas mías; no me duele.

Sonriente se sienta ante la mesa y principia a pelar papas. Temerosa de que llegue la patrona de un momento a otro y la sorprenda todavía en esto, se apura, se apura tanto, que no pasan cinco minutos que se le acalambra la mano al mismo tiempo que suena el timbre de la calle. Va corriendo a ver quién es y vuelve al rato, seguida de la señora.

El cuerpo de Carmen tiembla; no sabe adónde mirar, ni se apercibe del dolor, que vuelve, pensando en lo que le dirá la patrona.

Y no se equivoca.

—¡Cómo!, ¿no pelaste todavía las papas?—le pregunta, y agrega, mirándola con una mirada dura:—¿Y las milanesas? ¿Tampoco has preparado las milanesas?

—Me dolía la muela y no pude—responde Carmen, clavando su mirada en los zapatos de la señora.

—¿Te dolía la muela, no? Ahora, cuando venga el señor, le daremos a comer tu dolor de muelas. ¡Voy a darte mentiras yo!

Se siente el sonido de dos cachetazos y después un llanto hiposo.

—¡Ya me tenés cansada! Ahora mismo agarrás tus cosas y te vas a tu casa—le dice la señora, y añade como para sí:

—Esto es imposible..., imposible...

Carmen cree que se abre el suelo bajo sus pies. En seguida se le presenta la sórdida y fría pieza de su casa y cuatro pares de ojos que la miran asombrados al verla llegar tan intempestivamente. Uno se destaca con más nitidez del grupo y toma fantásticas dimensiones en su imaginación. Es su padre, que le grita: "¡Conque te han echado, eh! No, no, si ya sé que no tenés la culpa", mientras la toma brutalmente por los brazos y le pega en la cabeza, la cara y el cuerpo.

—Dejala, dejala que vas a matarla—implora desde el suelo la madre, tirada de un empellón por el marido, cuando quiso sacarla de entre sus manos.

En tanto sus hermanitos, asustados y temblorosos están escondidos debajo de la cama.

La señora se aleja enfadada, y Carmen continúa llorando.

—Ji...iii...iii.

A los diez minutos vuelve la señora. Se ha cambiado de ropa, y en vez del traje de calle que llevaba, se ha puesto un batón holgado que la avejenta unos cinco años:

—Vamos, no llorés—le dice dulcemente, acariciándola.

Y añade:

—No hagas caso a lo que te dije. Apurémonos, y a ver si antes que llegue el señor tenemos todo preparado.

Carmen no quiere dar crédito a las palabras que oye. ¡Cómo! ¿Es la misma que le pegó hace un momento quien le habla de una manera tan cariñosa?

Cree que son ideas suyas y por eso sigue llorando.

—Vamos, apurate—y tras una pausa la misma voz le dice.

—¿O es que te sigue doliendo?

No, no son ideas suyas, y entonces Carmen, alegre, contenta, torna a su interrumpida tarea.

—¿Te dolió mucho?—inquiere la patrona, mientras remueve el fuego, y agrega, sin esperar respuesta:—Debías tomar una aspirina, y mañana será mejor que vayas a sacártela.

Carmen, entrecerrando los ojos, sonríe. Y es tanta la alegría que siente, tanta la dicha que experimenta, que como nunca la lastima ahora el quejido que exhala la papa, y es por esto que pone tanta suavidad y ternura al herirla, como para no hacerle demasiado daño.

Es que ella, a pesar de sus pocos años, sabe bien lo que es el sufrimiento.

PAPEL Y TINTA

Serpentinas.

He aquí lo que dice Paulino G. Baez, en el diario "La Noche" de la Habana, acerca de nuestro colaborador Félix B. Visillac y con motivo de su libro "Extasis".

La poesía—esa dulce Nereida de ojos abismales y cabellera blonda que nos besa en los labios—tiene en el mundo nuevos y valiosos prosélitos. Cada día sentimos el avasallador influjo de una nueva pasión y cada día ¡llega a nuestras manos un nuevo libro de algún nuevo autor de las diversas patrias pensantes, diseminadas por el mapamundi.

Este libro "Extasis" es de un joven argentino que, además de ser joven es poesta y, además de poeta me ha enviado un libro. ¿El nombre? Diz que dicen que el sayo no hace al monje. Hablemos del libro de un poeta que ya es bastante a la curiosidad investigadora, cuyos anhelos insatisfechos, se ponen de relieve en todos los instantes de la vida.

Más que un libro, es un ofertorio lírico, este tomo de ciento diez páginas, que viene dedicado cariñosamente, desde las poéticas riberas plateñas, hasta mi refugio en este amado reparto, cuya paz ansiaba mi espíritu abrumado por el peso de los desengaños...

El concepto que Visillac le merezca a la crítica sesuda, lo ignoro. Me basta con el concepto mío que superabunda a las exigencias de la Diplomacia en celo de los Aristarcos de las Letras que abundan en menudencias retóricas o se imponen la tarea, fatigosa si se quiere, de la caza de gazapos o la búsqueda de las simples erratas que puedan haberse disimulado en las páginas de un libro.

A juzgar por los versos flúidos, por la euritmia de las cálidas estrofas que esmaltan las páginas de este ofertorio al altar de Apolo, el joven Félix B. Visillac es poeta. Sí, simplemente poeta, sin pedante adjetivorreo y sin frases ditirámbicas; poeta en la firme aserción del vocablo.

Porque poeta lo es desde el momento que escribe un "pórtico" para su libro, que dice así:

Versos que tanto os amo, sencillos versos míos
que mucho tiempo hace que florecéis en mi
corazón dolorido. ¿Adónde vais? ¡Lo ignoro!
¿Quién os recoge? ¡Nunca supe de vuestro fin!
Yo no tengo la culpa si nacéis en buena hora
bien o mal; yo soy puente de la voz interior
que he dejado en vosotros, en los éxtasis dulces,
cuando mi eximia musa, avivó mi canción.
Del manantial magnífico, brotan los hilos de agua;
del río majestuoso el mágico rumor,
y vosotros brotáis de mi alma que sufre
como el himno del día, como un rayo de sol!
Versos que tanto os quiero, donde encerré mis penas,
nacidos en los éxtasis dulces del corazón;
¿adónde vais? ¡Lo ignoro! ¡Quién sabe si hay un alma
que por vuestras escalas penetre en mi interior!

Versos fáciles que fluyen amorosamente del manantial interior de este bardo exquisito; cuya Musa eximia ofrece al paladar de los peregrinos del ideal el fruto más óptimo.

Una nueva tendencia se descubre en este libro al modernismo bien entendido. Visillac es poeta y lo demuestra con sus versos, para mejor decir, con sus poesías. Su sensorio artístico se pone a prueba en todos los versos que elabora y su afán de conquista le lleva a ocupar el sitio que de derecho le corresponde en el Parnaso Argentino, que tuvo cerebros, pródigos en fecunda idea y corazones de artistas que fueron honra y prez de la gaya ciencia.

José Enrique Rodó, como Almafuerte y Guido Spano, representaron cada uno una época: ¡La ciencia filosófica: Rodó! La templanza en el verso: "Almafuerte". La ternura en el sentimiento: Spano.

Visillac sigue la ruta de los elegidos y forma la pléyade juvenil que debe decirnos la última palabra en la poesía, ya que no fué dado decirla a aquellos eminentes lirófobos celestes: Darío, Amado Nervo.

El libro "Extasis" que, dicho sea de paso, hemos leído en éxtásis, se compone de cuatro partes. A saber: primera, "Extasis'; segunda, "Dulces motivos"; tercera, "Remansos de paz", y cuarta, "Fragmentos del pasado".

Visillac es un poeta humano. Pasajes de su vida íntima han sido lo suficiente para compilar y hacer que su obra se editara. No hay lloriqueos pesimistas, seniles, en la obra. Hay emociones nuevas y fogosidad juvenil, capaz de reivindicar el alma de la angustia del momento; del dolor del presente; de la amargura del pasado y la incertidumbre del porvenir. Visillac es un poeta nuevo que se supera a sí mismo en cada verso. Cualidad que no es dada a los histriones que se pasan la vida blasonando dolores fingidos o llorando penas falsas.

Visillac ha cumplido el decreto del poeta D'Annunzio. Se renueva constantemente en su propia obra y eso nos hace vivir esperanzados en su arte. El como Galíndez, Capdevila, Banchs, Garcia Mellid y Esquivel de la Guardia, se siente ecléctico y llegará, como los pocos elegidos, con el esfuerzo perseverante y la ambición de la gloria tan legítima a plantar su lábaro en el mismo crestón.

Sabe Visillac que tiene que luchar con la sorda hostilidad del medio que no perdona nunca que los cerebros cumbres tengan derecho a levantarse sobre el nivel del mar de los pecados. Convicto de la mezquindad de aquellos que, comprendiéndolo, sean incapaces de demostrarle su adhesión, continuará por la ruta, con la frente en alto, el corazón desnudo y los pies descalzos, oyendo el rumor de la mar de las pasiones embravecidas rumiar desesperada porque ha llegado un nuevo panida hasta la selva virgen, con su siringa de los siete carrizos, para halagar los oídos de las náyades que le aguardan desnudas, con los brazos abiertos.

EL SALMO FINAL

Mientras vago, Señor, por la senda tortuosa
de la vida, cubierto con el blanco mantón
de la mañana cálida y en noche silenciosa
recogiendo en los astros toda mi inspiración.

Hazme fuerte y levanta sobre la plebe obscura
que mis sueños ignora, mi existencia, Señor;
sea mi alma una fuente de agua siempre pura,
sean todos mis cantos como una suave flor.

Quiero que me revistas de una eterna paciencia;
se calman los pesares, se aleja mi dolencia
cuando un grato estoicismo alivia nuestra cruz;

Yo ansío mientras tenga un átomo de ensueño
batir mis níveas alas lejos de lo pequeño
y seguir buenamente por un campo de luz!...

Félix B. VISILLAC.

Ya vemos que la poesía de Visillac es la poesía "sui generis" que penetra en la profundidad caótica del pecho, haciendo estremecer de gozo los corazones amantes de luz.

Admiro, como los admirarás tú, lector o lectora, a este gran poeta que dice, siente y piensa sus versos buena, ingenuamente. ¡Los dice con sus labios; lo siente con su corazón y los piensa con su cerebro iluminado!...

Paulino G. BAEZ.

La Habana (Cuba).

CURIOSA COINCIDENCIA

—¿Hablaban ustedes de coincidencias? Ninguna más curiosa que la ocurrida en el caso que voy a contarles.

Le ocurrió a mi padre, Tommy Blackmussel, empleado en la Compañía de Ferrocarriles del Norte donde desempeñaba el cargo de maquinista.

Estaba agregado a la línea de Londres-Peterborough, es decir, que la locomotora que conducía sólo hacía el recorrido entre estas dos ciudades, ida y vuelta.

Un día, Tommy Blackmussel, mi querido padre, estaba en su casita de Peterborough, descansando, en espera de conducir un tren a Londres.

Llamaron a su puerta.

—Entren—gritó mi padre.

Entró un caballero.

—¿Es usted el señor Blackmussel?

—El mismo.

—¿Es usted maquinista de la Compañía del Norte?

—Desde hace quince años.

—¿Y es usted quien conducirá mañana a Londres el expreso cuatrocientos quince?

—Si Dios quiere.

—Pues el caso es el siguiente: Tengo un tío millonario que mañana tomará el expreso cuatrocientos quince para ir a Londres. El viaje no tiene más objeto que ir a ver a su notario para desheredarme. Si por una casualidad el tren descarrilase y mi respetable tío falleciese, heredaría en seguida una cuantiosa fortuna, pues no tendría tiempo de hacer nuevo testamento. Mi proposición es ésta: le doy a usted cuatro mil libras si usted logra que el tren no llegue a su destino.

Al oír estas palabras, Tommy Blackmussel, mi respetable padre, se levantó, y muy dignamente dijo:

—¡Caballero! ¡Salga usted inmediatamente de mi casa! ¡Esa es la puerta!

¿Pues creerán ustedes que al día siguiente el expreso cuatrocientos quince, conducido por Blackmussel, mi padre, descarrilaba a tres millas de Londres? Fué una catástrofe espantosa. Los vagones quedaron hechos añicos, y todos, viajeros y empleados, murieron en la catástrofe.

Sólo se salvó una persona: mi padre; el cual, por una casualidad incomprensible, había saltado de la máquina un segundo antes de ocurrir el accidente.

Reconocerán ustedes que ésta si que es una coincidencia bien curiosa.

Lo triste es que mi padre fué despedido de la Compañía, con lo cual perdió al mismo tiempo todos sus derechos de retiro.

Pero nada le importó. Su conciencia estaba tranquila. Añadiré que poco tiempo después recibió un cheque de cuatro mil libras esterlinas, y que nunca pudo sospechar quién pudiera ser el generoso donante.

Rodolfo BRINGER.

Bajo el alba inmóvil, por Albino Rey.

Es este libro un gesto lírico y juvenil con algunos defectos y muchas cosas buenas. No marca una originalidad en sus temas, ni su autor se aparta de la forma clásica y consagrada, pero una emoción substituye las partes vulnerables.

Indudablemente, el señor Rey tiene alma de artista, pero le falta esa pulidez que es peculiar en los espíritus maduros, que ya en lides literarias han llegado a su auge. Pero, el poeta, con el tiempo, y siempre que interponga la sinceridad a todo, logrará su puesto en la lírica argentina.

V.

Y el diablo sonríe..., por Armando R. Maribona. Edición Maucci - Barcelona (España).

Entre la juventud hispanoamericana que descuella en Europa por su intelectualidad, figura por sus propios méritos, por sus alientos artísticos y por su sólida preparación literaria, el diligente periodista cubano Armando R. Maribona, que lanza al juicio del público su primer libro rotulado como antecede.

"Y el diablo sonríe...", novela de una joven moderna y un chico sentimental, es, como dice su autor en la observación preliminar, el reflejo de su propio sentir, especulaciones ligeras de psicología fácil y posible. Ni sientan problemas, ni presentan tesis, ni exhiben casos extraordinarios...

Esta es la principal simpatía de este autor: la modestia de su obra, a la que pretende quitar en su prologuillo toda importancia. No; no toméis al pie de la letra lo que dice. Su novela, de fondo romántico, se sale del molde vulgar. Mimí, Adolfo Narváez, el Marquesito, son figuras humanas que viven realmente, que tienen alma, que sufren, aman y lloran, y ríen y se divierten, y experimentan los mismos desengaños, las mismas ilusiones que los seres "de carne y hueso". Esta es la mayor belleza de la obra de Maribona: la realidad, la humanidad, la espiritualidad.

En las últimas páginas de este libro bello, podemos leer unos cuentos que no desmerecen en nada de la novela, y que consagran a Maribona como cuentista muy apreciable.

Novedades de la Fox Film

La constelación Fox ha sido enriquecida con un astro de primera magnitud. Betty Compson, la incomparable, bella y seductora actriz ha ingresado al elenco de la Fox, interpretando en la producción "El palacio del placer", el rol de Lola Montes, aquella célebre bailarina española que trastornó las cortes europeas y que fué la codicia de monarcas y príncipes.

Betty Compson, para interpretar esta figura tuvo que cortarse la "melena" a fin de darle más exactitud a su papel. Los adeptos a la cinematografía podrán admirar, una vez más, a esta genial actriz que ha firmado contrato con la Fox.

Una de las bellezas más destacadas de Norte América también ha sido contratada por la Fox: May Mac Avoy, ampliamente conocida en el mundo de la cinematografía. Integra el elenco en la producción "La cuádriga de los dioses", una monumental cinta donde May Mac Avoy tiene a su cargo el rol principal y donde sus cualidades interpretativas se ponen en evidencia.

La simpática y eficaz actriz Margarita Livingston ha renovado su contrato con la Fox Film, en cuyas películas tendremos el placer de admirar su atrayente y sin igual belleza, a la vez que su fibra de genial actriz.

COMO SE HA LLEGADO A LOS GRANDES INVENTOS

Mucha gente habrá oído contar que una vez un guardador de cerdos chino, habiéndose prendido fuego su cabaña, quiso retirar de entre las ascuas un cochinillo que no había podido huir. Como se abrasase los dedos, se llevó la mano a la boca, y halló que aquello era delicioso; probó del gorrinillo, le gustó, y desde entonces se comen lechones asados.

Celebremos la quemadura del porquero chino, no como lo celebraron los celestiales, que cada vez que querían comer de este sabroso manjar metían un cochino en una choza y la prendían fuego.

A alguien se le ocurrió que se podía economizar combustible, y nacieron las parrillas y el horno, y se asaron cochinillos sin necesidad de quemar una habitación.

El desarrollo de muchos descubrimientos mecánicos tiene origen parecido.

Durante muchísimo tiempo se han estado haciendo únicamente agujas con el ojo en el extremo opuesto a la punta. Cuando más modernamente se empezaron a ensayar modelos de máquinas de coser, todos los inventores conservaron la aguja en la misma forma, por lo cual las máquinas no daban resultado práctico, hasta que en 1846 se le ocurrió a Elías Howe poner el ojo de la aguja al lado de la punta. El resultado de esta invención y de su máquina de coser todos lo conocemos, y el inventor lo notó mejor que nosotros, pues al morir en 1867 dejaba más de dos millones de dólares, cantidad enorme en aquellos días, y nada despreciable en los actuales tiempos.

Este invento, si ha hecho ricos a muchos, ha arruinado a otros: a muchos fabricantes de dedales.

Las pellas o bolas del algodonero tienen semillas que hay que separar de la borra. Esta operación se hacía con las manos. En América eran esclavos, a los que había que alimentar y vestir. Este método era tan costoso y tan lento, que la industria algodonera era insignificante hasta que Whitney, en 1794, inventó su desmontadora, que hacía el trabajo de mil esclavos, y gracias a él la industria algodonera se desarrolló grandemente en el Sur de los Estados Unidos.

El hilado y tejido era muy primitivo. Se hacía a mano, hasta que Hardgreaves, en 1767, inventó la hiladora llamada "Jenny", que producía a la vez de veinte a treinta hebras; pero esto no era suficiente. La máquina era imperfecta, y siguió así, hasta que más tarde Ricardo Arkuright la mejoró, y por último perfeccionó Cartwright.

En los primeros tiempos de los ferrocarriles era muy difícil su dominio, porque no había posibilidad de que todos los frenos funcionasen a una con un solo operador; era necesario emplear muchos guardafrenos, y a pesar de ello no se conseguía la simultaneidad en su funcionamiento.

La primera solución práctica la dió Westinghouse con su freno automático de aire comprimido, que pronto se hizo universal.

En los primeros tiempos de la electricidad se hicieron múltiples intentos para reproducir sonidos a distancia. Todos ellos estaban basados en el principio de transmitir vibraciones eléctricas desde un disco o membrana a otro disco, unidos ambos por un alambre ajustado al centro de ambas membranas.

Experimentos posteriores lograron que la membrana abriese y cerrase un circuito eléctrico a cada vibración en el sonido. En la estación receptora estos impulsos eléctricos actuaban sobre un electroimán.

En 1874, Alejandro Graham Bell resolvió el problema empleando un pequeño disco de hierro sostenido por sus bordes y que actuaba a la par como membrana y armadura.

Muchísimas clases de filamentos se ensayaron sin fruto alguno en las lámparas incandescentes, hasta que Edison tuvo la idea de utilizar el filamento de carbón en el vacío, y la bombilla eléctrica se extendió por todo el orbe.

Muchos años de lucha y trabajos llevaron los que querían hacer máquinas de escribir; pero ninguna dió resultado práctico hasta que Remington, en 1873, dió con el tipo llamado de barra. Todas las máquinas que han ido apareciendo después son variedades de la Remington. Al tipo barra es al que se debe el gran desarrollo que han tomado todas las máquinas de escribir.

Durante siglos, la idea de las máquinas voladoras más pesadas que el aire, ha sido la burla y el hazmerreír de las gentes, y los que se dedicaban a su estudio pasaban por locos y tuvieron que sufrir las cuchufletas y desdenes de todos. Durante siglos fueron ridiculizados.

Los hermanos Wright, en nuestros días, resolvieron la dificultad que parecía de imposible solución, y hoy ya sabemos a la perfección a que han llegado los aeroplanos.

Mucho tiempo se ha perdido y mucho se ha luchado igualmente hasta llegar al automóvil moderno. Los primeros inventos fueron imitaciones de las locomotoras, hasta que Jorge B. Selden, en un pueblo del Estado de Nueva York, construyó el primer automóvil, prototipo de todos los de moderna construcción.

Insectos y plantas

Singulares alianzas en la lucha por la vida

Ofrece la Naturaleza curiosísimos casos en lo concerniente a la reproducción de animales y vegetales, y maravillan algunos de los recursos que en la lucha por la existencia se deparan a insectos y plantas, aliados a veces para subsistir los unos merced a las otras, y recíprocamente.

Hay una planta muy parecida al yaro, provista de un largo pétalo cuyo sustentáculo penetra por la parte inferior en una estrecha concavidad erizada de finos pedúnculos que se doblan hacia dentro y que desempeñan un importante papel. Debajo de ellos hay un ancho espacio circular, próximo a las anteras resiles, que son las que producen el polen para la fertilización de los ovarios, glóbulos amarillentos situados más abajo aún. En tal disposición los elementos masculinos y femeninos de la planta sería facilísima la autofertilización si la Naturaleza no lo evitase, para que la especie no decaiga en fuerza vital ni pierda vigor. Y eso se realiza de un modo singular, mediante el concurso de pequeños insectos, de mosquitos, que sienten el impulso de aventurarse a través del tubo formado por el largo pistilo, atraídos por el néctar que destilan los ovarios de la planta, para llegar hasta los cuales esos insectos han de atravesar el espacio provisto de pedúnculos, que, al doblarse hacia abajo, como hemos dicho, no dificultan el descenso, pero que, por no doblarse en sentido contrario, impiden la salida de los mosquitos. Aprisionados allí han de aguardar hasta la madurez de las anteras y la consiguiente efusión del polen, que, al verterse, cubre a los mosquitos. Tan pronto como esto sucede se encogen los pedúnculos que están encima del espacio circular, y los prisioneros insectos tienen libre salida. Y apenas salen van a introducirse en otra planta de la misma especie que aquella que les sirvió de cárcel y depositan en el interior de los asaltados ovarios el polen procedente de la primera planta, que así queda fertilizada y no por sí misma.

La yuca es otra planta que ofrece una particularidad análoga a la del yaro en lo relativo a su fecundación. Es la yuca una planta que no produce semilla, y esto tiene la explicación que sigue:

Sus flores tienen la forma de panocha, son acampanadas, y penden de un tallo, lo que las hace bastante visibles, circunstancia ésta muy importante, ya que han de ser fertilizadas por una especie de polilla que vuela sólo durante la noche, en el transcurso de la cual se abren los capullos, lo que no ocurre sino una noche sola. Al día siguiente se cierran los pétalos, y la flor adquiere una apariencia redondeada, haya sido fertilizada o no.

Ocurre que tan pronto como se abre el capullo revientan las anteras, llenas de polen, y para recogerlo se posa allí la polilla de que hemos hecho precedente mención. Va provisto el insecto de una antena maxilar, de extraordinaria longitud, y cuya superficie interna está cubierta de fuerte vello. Esa antena puede enroscarse una vez llena de polen. Con su carga, a veces de triple volumen que la cabeza del insecto, vuela éste hacia otra flor, cuyo pistilo horada para depositar allí un huevo. Inmediatamente vierte el polen a través del conducto formado al extremo del estigma, con lo que queda asegurado el desarrollo de los óvulos o semillas incipientes que han de servir de alimento a las larvas del insecto tan pronto como hayan sido incubadas. A no ser por la circunstancia de que se fertilizan muchos más óvulos de los que pueden ser comidos por las larvas, la polilla de referencia no cumpliría la misión que le impone la naturaleza, ya que destruiría la planta. Una vez que la larva ha absorbido el alimento suficiente, practica un agujero en la pared de su prisión y se deja caer a tierra, donde en tiempo oportuno experimenta la metamorfosis que la convierte en polilla apta para realizar la labor que le está encomendada.

Dijérase, como al comienzo dejamos indicado, que planta e insecto tienen formada alianza. Claro está que el recíproco auxilio no es consciente, lo que trae a la memoria aquellos versos del clásico inglés:

La filosofía no encierra
cuanto existe en el cielo y en la tierra.

PENSAMIENTOS

Bien analizado, todo placer consta de dos sensaciones tristes: el recuerdo de la privación anterior y el temor de la desaparición futura. —Karr.

El que no da un oficio a su hijo le enseña a ser ladrón.—Proverbio turco.

Cuando uno no puede "justificar" a su amigo, está obligado, al menos, a "defenderlo".—Levis.

¡Venturoso aquel a quien el cielo da un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!—Cervantes.

El atender con esmero a las cosas muy pequeñas, o al parecer insignificantes, es señal de una gran fuerza de atención y de mucha capacidad para las empresas importantes.—Tácito.

Una injusticia hecha al individuo es una amenaza hecha a toda la sociedad.—Montesquieu.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. „ „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . „ „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	



EL HORNERO

Cuando la ornitología rioplatense distaba mucho de contar con órganos de publicidad como *El Hornero*, de Buenos Aires, solía algún aficionado bosquejar, sin asomos siquiera de pretensión científica, algunos apuntes referentes a los pájaros más singulares de nuestros campos.

Uno de esos aficionados, Amancio Lucero (pseudónimo de Nicolás Duce), abandonaba ya los simples escarceos para clasificar a su modo criollo-científico, algunos de los pájaros del Uruguay, que son también de la Argentina, sobre todo del litoral.

En su librito "Pájaro y Cazadores", publicado en 1910 y dedicado al doctor Elías Regules, poeta y presidente de la Sociedad "La Criolla", Amancio Lucero se ocupaba de "las costumbres de los pájaros". Observador honrado como ha sido, son de provecho, para el estudioso, algunas de sus observaciones. Y es de sentir que quien con tan buen ojo como buen humor las hiciera, no continúe en ese trabajo.

Hoy nos sorprende gratamente un detenido estudio sobre el mismo tema, debido a una incuestionable autoridad, como lo es el doctor Garibaldi J. Devincenzi. El trabajo ha sido dado a luz en la bella lengua del Dante, apareciendo en la notable revista de divulgación, *Le vie d'Italia e dell'America latina*.

Decíamos que es el doctor Devincenzi una autoridad en la materia. Actualmente dirige el Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo.

Siguiendo la finalidad divulgadora de ese trabajo, veamos de ofrecer algunos de sus capítulos, comenzando por el que dedica al hornero.

"Hemos prometido—dice al final del preámbulo que pone a sus "Pájaros y nidos en el Uruguay"— una pequeña serie de consideraciones en torno a diversos argumentos referentes a la historia natural de nuestro país. Dedicamos esta primera pagina de la serie a los pájaros característicos del país, escogiendo un cierto número de especies de restringida distribución geográfica (Uruguay, Argentina, Brasil meridional, Chile) que presentan la más curiosa particularidad en la nidificación.

El Hornero (furnarius rufus G. M.). El forastero que se haya propuesto realizar un viaje por el interior se hallará ciertamente sorprendido al observar en los travesaños de muchos palos telegráficos de los que flanquean el camino, una extraña construcción de arcilla de forma regularmente semiesférica con una abertura lateral, dispuesta casi siempre en dirección opuesta a la del viento dominante en la región. Las dimensiones de la construcción, que poco varían de un ejemplar a otro, son de cerca de 30 cm. de ancho en la dirección transversal-frontal de la base. Tiene una abertura de forma auricular, de 8 a 9 cm. de altura y la mitad de ancho; el espesor de la pared llega de 2 a 4 cm.

Esta construcción es el nido de la hembra de un pájaro que pertenece a la familia del Dendrocolatipi, el *Furnarius rufus*, llamado vulgarmente Hornero, Casera o Caserita, Alonsito o Alonso García, respectivamente, en el Uruguay, en la Argentina y en el Paraguay, y João do Barro en el Brasil meridional. Constituyen estos cuatro países el área de distribución geográfica del hornero, que, como es fácil comprobarlo, es relativamente restringida.

Un nido semejante, de fijo el más curioso entre los de nuestra raza, representa el esfuerzo maravilloso de un pájaro relativamente pequeño (20 centímetros de largo total) que tiene costumbres sociales, ya que busca la vecindad de los hombres; se halla dotado de escasos recursos vocales, siendo, sin embargo, en cierto modo armoniosos el canto que entona el casal, batiendo el ala, cuando el macho inicia la emisión de sus reclamos con gritos y la mujer le responde; es bravo y orgulloso en la defensa de sus derechos de propietario contra las tentativas de usurpación de parte de otros pájaros, menos industriosos, menos laboriosos, más "bohemios".

El trabajo de su construcción es muy interesante. El hornero vive siempre en pareja. Llegada la época de los amores, la pareja busca el lugar propicio para su nido. La primera empolladura se produce por septiembre, la segunda por enero; con toda probabilidad los trabajos tienen principio en agosto.

Escoge, preferentemente, cerca de lugar habitado, un poste que tenga algún sostén horizontal, una rama gruesa de un árbol aislado o el techo de una construcción rural. Con frecuencia ocupa el pequeño través de un palo telegráfico o la plana extremidad de un grueso tirante de metal. Comienza la obra de la magnífica habitación, en la cual cooperan, igualmente, el macho y la hembra, fijando de antemano la base arcular, sobreponiendo grandes palotadas de arcilla, entre las cuales interpone en pequeña cantidad filamentos vegetales, fragmentos de hojas, ramitas y pajas. Si la base es angosta, el hornero suple ingeniosamente el defecto de extensión del soporte prolongándolo en ambos lados mediante agregados de arcilla fina de modo de obtener una amplia base discoidal.

Luego del fundamento comienza la elevación de las paredes a palotadas de arcilla que se van superponiendo en camadas frecuentemente visibles en la construcción concluída, dando a las paredes espesor casi uniforme, que varía según el nido de 2 a 4 cm., y dejándolas irregulares y burdas en el exterior, las trabaja por dentro a golpe de pico y "pala", a fin de obtener una superficie lo más lisa posible.

Al elevarse las paredes, terminando unidas en forma semiesférica, viene el momento de fijarse la orientación de la abertura de entrada, escogiéndose la posición derecha o izquierda.

Una superstición popular, muy averiguada en otros tiempos, atribuía al hornero sentimientos religiosos, medio paganos y medio cristianos, sentimientos que imponían el respeto de su vida y de su nido y que se revelaba en la posición que le daba a la entrada de la propiedad habitación, siempre vuelta hacia el oriente y por la consagración del séptimo día de la semana, ya que según muchas observaciones hechas, el hornero no trabajaba el día domingo.

Pero la superstición ha decaído fácilmente, ya que respecto a la primera manifestación basta una observación superficial para demostrar que el origen religioso carece de fundamento.

Se ha observado siempre que los nidos tienen entrada oriental en todas las disposiciones imaginables. ¿Cuáles son, entretanto, las causas que determinan que este pájaro prefiera una cierta orientación para fijar la entrada a su nido? El hecho está subordinado a una serie de factores locales, como la posición del nido, el país en que se encuentra, el lugar donde puede hallar los materiales de construcción, etc. El más importante de estos factores parece ser la dirección del viento dominante en la región. Es un hecho observado que, aparte el caso en que el nido sea adosado a una amplia superficie que impone naturalmente una determinada posición a la entrada, el hornero llega a la construcción, carga los materiales necesarios, presentando constantemente la frente al viento; se observa que, alzando las paredes, las eleva siempre más del lado en que no afronta el viento.

Elevadas suficientemente las paredes y dadas a éstas una inclinación tendiente a la cúpula, falta cerrar el techo: el hornero, trabajando dentro de la propia construcción, emprende la oclusión total, y a partir del borde libre, eleva una clausura curva e incompleta, en posición antero-posterior que liga la parte media de la pared posterior al borde derecho de la abertura de entrada. Resulta así una cavidad interna dividida en dos cámaras, la que corresponde a la entrada en forma de corredor de paredes curvas (cámara de entrada) y la destinada a la deposición e incubación de los huevos (cámara de incubación).

Terminada la construcción, teniendo sus paredes un espesor hasta de 4 centímetros o más y el peso de la habitación completa 5 ó 6 kg., el pájaro se ocupa de amueblarla: el trabajo es muy sencillo puesto que una mitad, la cámara de entrada, se deja como ha sido construída, mientras que en la cámara de incubación se acumulan leves pajitas, ramitas y plumas sobre las cuales pondrá oportunamente los huevos. La empolladura consta de cinco huevos, en forma de pera, de color blanco, sin ninguna señal sobre la cáscara luciente aunque áspera. En la incubación se alternan en igual medida el macho y la hembra; los pequeñuelos, fuertes y activos, son retenidos largo tiempo en el nido, que abandonan sólo cuando han transcurrido dos meses del nacimiento.

El receptáculo descripto, tan original y robusto, puede ser considerado como la forma normal de construcción, tanto por la disposición de la cámara y por la situación de la abertura de entrada como por la naturaleza del material empleado. Sin embargo se encuentran frecuentes variaciones que ofrecen mucho interés. El hecho que ha provocado mayores discusiones es la posición de la entrada que se encuentra a veces sobre el lado izquierdo, por lo que todo el interior de la morada se halla dispuesto inversamente al otro. Se ha cuidado de observar las dos posiciones examinándose el número total de nidos encontrados a lo largo de un tronco ferroviario: de 83 nidos, 65 tenían la entrada a la derecha, sólo 18 a la izquierda.

A veces se han encontrado nidos superpuestos: una pareja de horneros construyó la propia habitación sobre un nido ya abandonado; y resulta aún interesante observar que sobre un nido derecho se encuentra otro izquierdo. Otras veces puede observarse dos nidos que se tocan: la pareja de horneros ha nidificado al lado de un nido abandonado.

Cuanto al material puede admitirse que el tipo normal sea formado de arcilla, aparte el material extraño: pajitas, ramitas, hojas, filamentos, paja de granos. En algunos nidos la proporción de estos elementos extraños es mucho mayor; en otros se encuentra alguna parte del nido construída con bosta sola o mezclada con arcilla. Entre ambos casos el constructor se ha visto obligado a cambiar de material o a mezclarlo por falta del material de elección.

Si se considera que otros pájaros de la misma familia emplean la arcilla sólo como cemento, puede admitirse que la forma actual de construcción sea una adaptación. El pájaro ha escogido la arcilla y la ha empleado casi exclusivamente porque ofrece mayor resistencia y mayor protección con un trabajo más liviano y más apropiado.

Es de tenerse en cuenta que una construcción tan linda y sólida es obra de poquísimos días. Y si la imaginación popular ha juzgado, como hemos dicho, que el hornero es un pájaro religioso, basándose en el hecho de que no trabaja el día domingo, esto se debe atribuir a que la pareja de horneros, cuando se pone a edificar, trabaja con ardor y tenacidad tan grandes que termina la maravillosa obra arquitectónica en cinco o seis días, esto es, antes de finalizar una de nuestras semanas. Es curioso, además, el hecho de que una obra tan bien acabada sea ocupada sólo durante una estación: terminada la procreación anual, el hornero abandona el propio nido que pasa a ser disputado por los dorados.

Cuándo se usaron la sal y la pimienta por primera vez

Eusebio y Polidoro Virgilio afirman que los fenicios Misor y Selech fueron los primeros "gourmets" que emplearon la sal para dar sabor a las comidas, y que desde entonces datan las salsas.

El empleo de la pimienta es inmemorial en el Asia intertropical. En Europa data de más de ochocientos años antes de Jesucristo. Durante mucho tiempo fué raro su empleo, a causa de su escasez. Pero el mercado europeo comenzó a ser abundantemente aprovisionado desde el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, a fin del siglo XV.

Durante la Edad Media, la pimienta fué, de todas las especias, la que más se usó en los condimentos. Este gran consumo ocasionó la subida de precio, de donde vinieron las frases de "ser tan caro como la pimienta" y "tener mucha pimienta", cuando se hablaba de cosas que hubiesen costado mucho.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

ENERO FATAL

La tradicional "cuesta de enero", que lograban penosamente subir las compañías veraniegas, ha resultado este año tan escabrosa y tan pendiente que ha despeñado muchas buenas tentativas. En años anteriores, el esfuerzo tenía que ser grande, pero resultaba fructuoso. Este año, los más tesoneros ahincos se malograron casi esterilmente. Tal vez, el calor. Acaso, el exceso de teatros que funcionaron durante el invierno. Quizás, la poca eficacia artística de los conjuntos o poca suerte en la elección de las obras. El hecho es que durante el mes de enero han fracasado en la capital muchas temporadas. No tomamos este episodio como síntoma para un pronóstico del año teatral. Pero no estaría de más que al preparar los elencos y las obras para la temporada oficial de 1926, se tuviera muy en cuenta lo ocurrido en este fatídico mes de enero, a fín de aprestarse a una lucha difícil para evitar que sean eneros teatrales todos los meses del año.

BENAVENTE ESTRENA EN EL MAYO

El ilustre comediógrafo español, Jacinto Benavente, cuya admirable producción teatral es tan conocida y admirada entre nosotros como en su misma patria, tiene para nuestro público un interés excepcional, revelado en cada estreno de sus obras que se nos ofrece. Así se explica la expectativa que ha despertado la representación de la obra titulada "Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador", estrenada recientemente en el Mayo por la compañía Sanjuán y a la que dedicaremos en el número próximo un amplio comentario. Desde luego, enviamos a la citada compañía y a su director una sincera enhorabuena por la primicia.

UNA PARODIA POCO AFORTUNADA

En los carteles del teatro Buenos Aires se denomina teatro realista lo que en el lenguaje vulgar se llama pornografía y durante cierto tiempo se dió en llamar psicalipsis. Este pretendido teatro realista, que cuando da obras buenas no las entiende el público, y que cuando da obras malas no las entiende la crítica, sólo puede durar en una temporada de riguroso verano, a favor de la falta de otros espectáculos que no sean el ventilador y el medio litro. La última aventura estrenada es un intento de parodia de pochade, titulada "Bésame en la nuca", de J. Fernández Arroyo. No merece un comentario especial este ensayo, pudiendo aplicársele todo lo que en anteriores números hemos venido diciendo respecto al género de teatro que explota la gracia burda que se necesita para que estalle en risotada grosera el instinto vulgar de los apetitos carnales. En cuanto a la interpretación, nada podemos decir, porque entendemos que las piezas de esta índole desvirtúan totalmente el sentido de los conceptos y valores teatrales, no pudiendo apreciarse a través de ellas el mérito de los actores.

EN LA COMEDIA

Dentro de la variada serie de compañías que han venido actuando en este teatro desde la terminación de la temporada oficial, le ha tocado ahora el turno a un espectáculo de revistas. El fenómeno de trasiego de elencos, de un teatro a otro, se repite una vez más en este calamitoso verano. Parecería que en los cálidos odres corriera peligro de fermentar demasiado el vino y se hace necesario cambiarlo de vasija para evitar su descomposición. Ahora es la compañía de revistas del Avenida, la que cambió de tinaja. Desde los últimos días de la semana anterior debe estar actuando en la Comedia con el mismo género de obras. Razones que desconocemos habrán justificado este cambio de escenario, pero por más razonable que sea el motivo, creemos que los elementos que acaudilla Devalque estaban mejor en el Avenida, teatro que por su capacidad y condiciones se prestaba más a la continuación de los espectáculos en medio del sofocante calor que este verano nos depara.

La presentación de la compañía Devalque en el teatro de la Comedia, debió tener lugar con el estreno de una nueva revista titulada "Si no es fija, es batacazo", de la que son autores los señores Andrés Muñoz y maestro Devalque, director de la compañía.

En el número próximo dedicaremos a este estreno un detallado comentario. Acompañará en el cartel a dicha obra, la revista "Dónde vas con mantón de Manila", que fué estrenada en el Avenida por el mismo conjunto y que ha sido convenientemente modificada para su reaparición en la Comedia.

EN EL MAIPO NO HACE CALOR

El teatro Maipo se ha convertido en una estación balnearia situada en pleno centro. Allí hace fresco y va mucha gente a disfrutarlo. Ni por la temperatura ni por la cantidad de público, se diría que aquella sala está trabajando en época de calor. "Labios pintados", la nueva revista, ha resultado digna compañera de las que le precedieron y rinde muy buenas entradas, siendo de esperar que por sus propios méritos mantega la situación hasta el comienzo de la temporada oficial.

EL 17 DE MARZO DEBUTARA, EN EL MAYO, ROGELIO JUAREZ

En números anteriores aludimos a la próxima llegada del veterano cómico español, don Rogelio Juárez, que tantas simpatías tiene entre nosotros por su larga actuación en Buenos Aires y que algunos años atrás se ausentó a su patria.

Hoy podemos agregar que la reaparición de Juárez ha sido fijada para el 17 de marzo, día en que se inaugurará en el Mayo la temporada que organiza el actor don Julio Sanjuán, arrendatario de la sala que trabaja actualmente en la misma con una compañía de comedia.

Hay expectativa por ver de nuevo al aplaudido artista, que en los escenarios de la península es muy celebrado.

NUEVA SEDE DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE AUTORES

Acaba de establecerse en la calle Tucumán, 1110, la Sociedad Argentina de Autores, que tenía hasta ahora su sede en el Pasaje Barolo. Es un local más amplio y mejor situado, como que está más próximo a la teatros criollos.

PERELLI, REAPARECERA EN EL EXCELSIOR

Es casi seguro que el aplaudido actor Carlos Perelli, que intentó una temporada en el Sarmiento y tuvo que suspenderla a poco de iniciada, reaparezca con los mismos elementos en el Excelsior, estrenando las piezas que le fueron entregadas en aquella oportunidad.

Hacemos votos porque el calor, único enemigo de Perelli, no se oponga a los propósitos del más rubio de nuestros actores.

UNA PIEZA DE BENAVENTE

A tiempo de entrar en prensa esta edición, la compañía española de Julio Sanjuán estrenó en el Mayo la obra en tres actos de Jacinto Benavente, "Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador", que comentaremos en el próximo número.

PARA CÉSAR RATTI

Los aplaudidos autores Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, que tantos éxitos vienen logrando en los escenarios nacionales y que constituyen la firma teatral de mayores esperanzas para nuestro teatro cómico, han entregado al empresario Julio C. Traversa una obra en tres cuadros titulada "El inventor del paraguas", cuya lectura produjo la mejor impresión. Posiblemente, formará parte del cartel la noche de la inauguración de la temporada en el Smart.

ZARZUELA ESPAÑOLA EN EL AVENIDA

Salvo error u omisión, el sábado ha debido debutar en el Avenida un conjunto de zarzuela que dirige el conocido comediante don José Palmada, quien piensa cultivar ese género en dicha sala hasta carnaval, para pasar después a Chile y otros escenarios del extranjero.

Pertenecen a la compañía figuras conocidas y de prestigio, como la tiple Clotilde Rovira, Luz Barrilaro, Pura Gurina, Anita Fernández y los actores Enrique Zárate, Ernesto Vocente, Torno, Calleja, etc.

Ha debido representarse en la función inaugural "La niña de los besos", "El indiano" y "La canción del olvido".

UN CONGRESO DE AUTORES

La Sociedad de Autores Dramáticos de Francia, está organizando un congreso de escritores teatrales, que ha de reunirse en el mes de mayo próximo en París, y al que serán invitadas las asociaciones de autores de todos los países.

Han de ser formidables las sesiones de ese congreso, que se reúne por primera vez en el mundo, si no nos equivocamos.

BAILE DE LOS ACTORES

El 27 de febrero se efectuará en la ópera el baile de disfraz y fantasía que organiza la Asociación Argentina de Actores, todos los años para carnaval. Parece que esta vez se va a matar el punto a los bailes anteriores, a juzgar por los preparativos.

Nos parece muy bien y aplaudimos la idea. Los actores que durante la temporada bailan para el público, tienen derecho a bailar alguna vez para ellos solos y divertirse en familia.

La farándula, en aquella fiesta, poblará la amplia sala de la ópera y los actores rivalizarán en el arte de Terpsícore.

CAVALLI, EN EL MARCONI

El veterano cómico italiano acaba de reaparecer en el escenario del Marconi, junto con la compañía Piacentini-Franza, a la que está adscripto.

El público tuvo, como siempre, para el gran bufo, el saludo amable y el aplauso generoso que tantas veces le prodigó. El artista que hizo reír a tantas generaciones, hoy, en la curva final de la vida, mantiene su espontánea vis cómica y de nuevo produjo la hilaridad de la sala.

Por su parte, Franza, Piacentini y demás elementos que integran el conjunto, obtuvieron la buena acogida de otras temporadas.

ÚLTIMA SEMANA DEL NACIONAL

El domingo próximo, según anunciamos ya, pondrá término a su temporada la compañía del popular empresario don Pascual Carcavallo, que ha actuado todo el año registrando buenos éxitos y atrayendo mucho público.

Ha sido una de las temporadas más felices la del Nacional. Sala considerada la "catedral del género chico", y que viene realizando, de diez años a esta parte, una labor constante y cultivando siempre el mismo género, el Nacional es el teatro criollo más afortunado. En el próximo número haremos una síntesis del desarrollo de la "season" y aludiremos a las obras más interesantes que se estrenaron.

UN LADRÓN

Acto único, por Juan A. Caruso.

PERSONAJES: Elvira, Julio, Chirola.

(Una sala, amueblada como el lector lo imagine. Al foro y lateral izquierda, dos amplios cortinados rojos que dan al balcón y a la alcoba matrimonial, respectivamente. Sobre una mesa, una maleta de viaje. Son las doce de la noche.)

ESCENA I

Elvira.—(Envuelta en un elegante kimono.) No dejes de escribirme, amor mío.

Julio.—En cuanto llegue a Bahía Blanca, mi primer pensamiento será para ti. (Coge la maleta.)

Elvira.—Te acompaño hasta la puerta.

Julio.—Cuida bien al nene.

Elvira.—Pierde cuidado. (Mutis ambos por derecha. Él la toma por el talle.)

ESCENA II

(Breve pausa. Tras la cortina del foro aparece Chirola, la gorra echada sobre los ojos. Tiene un revólver en la mano.)

Julio.—(Desde adentro.) Bueno, hasta la vuelta.

Elvira.—(Temblorosa.) Hasta la vuelta. (Un beso).

(Chirola se esconde precipitadamente detrás del cortinado.)

ESCENA III

Elvira.—(Entra. Da vuelta la llave de la luz eléctrica. La sala se envuelve en semipenumbra. Lentamente, Elvira hace mutis tras el cortinado lateral izquierda.)

ESCENA IV

(Transcurren varios segundos. Chirola sale de su escondite. Se alumbra a intermitencias, con una linterna eléctrica. Sigue empuñando el arma. Vacila, mas sólo un instante. Con infinitas precauciones, pero resueltamente, descorre la cortina. Elvira, en su habitación, alumbrada con un "plafonnier", al pie de la cama, amamanta a su hijito. Chirola se detiene, contempla atónito el cuadro que se ofrece ante su vista. Muy lentamente, con mayores precauciones aún, corre el cortinado. Inicia el mutis. Ahogados sollozos sacuden violentamente su pecho.)

TELÓN.

OTRA TEMPORADA TEATRAL

Este verano, fecundo en intentonas teatrales, en su mayoría malogradas por su majestad el Calor, vino a registrar inesperadamente una nota curiosa, que al fin y a la postre resultó uno de los tantos recursos de que se valen los empresarios para atraer al público.

Organizada por don Alberto Ballerini, se presentó en el Smart una compañía que debía representar en su primera función una obra de David Peña, en la que, según se anunció, aparecería un tigre. Un tigre real, auténtico, entendámonos bien.

Hubo quien creyó, hubo quien creyó a medias, y no faltó el avisado que descontó la verdadera "confección" de la fiera. La cosa era avivar la curiosidad, hacer olvidar a la gente los grados que registra el barómetro y atraerla a la sala. Todo esto, si no se logró del todo, se consiguió en parte, y la noche de la reapertura del Smart, bastante público desafió la alta temperatura, especialmente mujeres, para admirar al tigre...

Como todas las cosas del teatro, la fiera resultó de talabartería. "Un tigre del Chaco" se estrenó ante la ansiosa expectativa de algunos, pero en realidad no se estrenó. El tigre no apareció. No hubo más que dos puntos luminosos de color azul que se parecían tanto a los del animal, como una gota de agua a otra gota... Pero si no salió la fiera, hicieron su presentación otros representantes de la fauna, tales como un loro y una serpiente, las cuales bestiezuelas, más un hombre y una mujer, son los personajes de la pieza del señor Peña.

La misma noche se representó la pochade "La bailarina desnuda", que gustó.

CASINO

Son muy aplaudidos los números de variedades que trabajan en la popular sala de la calle Maipú. Los hermanos Arias, Hur, Charly Lloyd, Agada y Jim, son artistas que, cada uno en su género, desarrollan una interesante labor, que los espectadores premian con aplausos.

GRAND SPLENDID

Interesante programa ha formulado para la semana en curso la empresa de este grandioso cine, al que concurren las familias distinguidas de Buenos Aires. Películas notables serán exhibidas como novedades exclusivas de esta sala, que mantiene su público a pesar de los rigores del verano.

CAPITOL

La sala que administra el señor Lecuona ha obtenido buenos éxitos con las películas que proyectó la pantalla en estos últimos días. En esta semana, interesantes novedades.

FLORIDA

Esta sala es la que menos sufre los efectos del verano, y se explica: está ubicada en un subterráneo, donde su propia situación y los ventiladores crean un ambiente casi primaveral. La cancionista criolla Ada Falcón, que debutó últimamente, atrae mucho público, lo mismo que Appiani, el rey de los parodistas.

PREGUNTA INQUIETANTE

Durante el estreno de "Un tigre del Chaco", en el Smart, pieza en que aparecen varios animales, una preciosa criatura que estaba en la platea, al lado nuestro, interroga a la mamá:

—Mamita, ¿estamos en el Jardín Zoológico?

CORREO TEATRAL

R. P. Z.—Esa obra se representó una noche consecutiva...

Berti.—Diríjase al empresario señor Reali, del teatro Sarmiento.

Autor.—Es usted muy inocente. Ese concurso sólo existió en la imaginación del que publicó las bases, que no tenían base... Frecuente usted, se lo aconsejamos, los círculos faranduleros. Perderá pronto la inocencia...

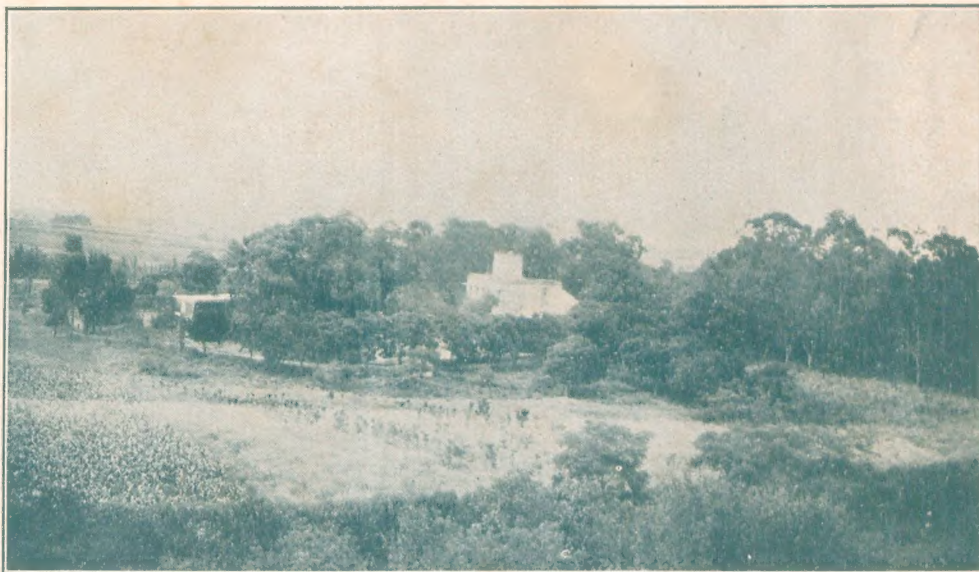


PLAYAS URUGUAYAS

El Real de San Carlos



He aquí dos tritones que no temen los embates del "mar". A juzgar por sus caras sonrientes, deben haber divisado algu nas ondinas de agua dulce...



Este edificio, rodeado de bosques, ofrece una verdadera visión medieval, constituyendo uno de los más bellos panoramas de la costa uruguaya.



El eterno "tío paciencia"... El pescador de caña, que lo que más que podrá pescar es una insolación.



Cualquier creería que estas gentes tornan de alguna tarea campestre. En cambio, son aprovechados veraneantes que vuelven de la playa



Un baño de sol en la arena. Mientras don Hipólito duerme bajo una encantadora protección, el piberío se solaza...



Residencia de nuestro corresponsal, señor Héctor H. Valverde, desde donde planea sus correrías gráficas...



Uno de los tantos chalets que se levantan a orillas del río, dando al paisaje el aspecto típico de algunos lugares de Suiza.

Fots. H. H. Valverde.




F. Fabiano. 25.